

# *Arcón de trebejos*

**RAFAEL BULLÉ-GOYRI**



**FICCIÓN**

Universidad Veracruzana

Esta obra se encuentra disponible en Acceso Abierto para copiarse, distribuirse y transmitirse con propósitos no comerciales. Todas las formas de reproducción, adaptación y/o traducción por medios mecánicos o electrónicos deberán indicar como fuente de origen a la obra y su(s) autor(es).

Se debe obtener autorización de la Universidad Veracruzana para cualquier uso comercial.

La persona o institución que distorsione, mutile o modifique el contenido de la obra será responsable por las acciones legales que genere e indemnizará a la Universidad Veracruzana por cualquier obligación que surja conforme a la legislación aplicable.

# ARCÓN DE TREBEJOS

**FICCIÓN**

Universidad Veracruzana

**UNIVERSIDAD VERACRUZANA**

*Sara Ladrón de Guevara*

Rectora

*Leticia Rodríguez Audirac*

Secretaria Académica

*Clementina Guerrero García*

Secretaria de Administración y Finanzas

*Octavio Ochoa Contreras*

Secretario de la Rectoría

*Édgar García Valencia*

Director Editorial

**Rafael Bullé-Goyri**

# ARCÓN DE TREBEJOS

Maquetación de forros: Enriqueta del Rosario López Andrade, a partir de una ilustración de Lorena Victoria Ortega Rodríguez

Clasificación LC: PQ7298.12 U5 A7 2014  
Clasif. Dewey: M863.5  
Autor: Bullé-Goyri, Rafael  
Título: Arcón de trebejos / Rafael Bullé-Goyri Minter.  
Edición: Primera edición  
Pie de imprenta: Xalapa, Veracruz: Universidad Veracruzana, 2014.  
Descripción física: 204 páginas ; 21 cm.  
Serie: (Ficción)  
ISBN: 9786075023076  
Materia: Cuentos mexicanos--Siglo XXI

DGBUV 2014/02

Primera edición, 24 de marzo de 2014

© Dirección Editorial  
Hidalgo 9, Centro, Xalapa, Veracruz  
Apartado postal 97, CP 91000  
diredit@uv.mx  
Tel/fax (228) 8185980; 8181388

ISBN: 978-607-502-307-6

Impreso en México  
Printed in Mexico

*A mi hermano*



## Un efecto pernicioso de la fuerza de gravedad

Que la fuerza de gravedad se conocía desde la antigüedad más remota, es un hecho que actualmente ni siquiera se discute. El lector podrá verificar por sí mismo este aserto contando las veces en que ha debatido el tema con sus amigos o familiares, o yéndose al bar o al café y poniendo oído atento a las conversaciones que se desarrollan en las mesas vecinas. Se dará cuenta que, en efecto, es rarísimo que alguien se oponga hoy día al hecho de que la gravedad se conocía desde los tiempos más añejos de nuestra historia. Se podrán cuestionar las modas actuales, la política mundial o la nueva física, pero jamás oír a nadie que diga, rojo de cólera: “No estoy de acuerdo con que la gravedad se conocía desde los tiempos más remotos de nuestra historia”.

Más aún, es posible constatarlo a través de una breve lectura de los autores clásicos, como Aristóteles, quien, paseando peripatéticamente del brazo de su entrañable discípulo, el gran Alejandro Magno, cayó aparatosamente levantando las sandalias por todo lo alto y exclamando en el fluido griego que lo caracterizaba y que le valió tantas y tantas honras: “Ἔρτο ἐρ ὀβρα δε λα γραπεδαδ!”<sup>1</sup>

Uno de los efectos más conspicuos de la gravedad es el sentido del humor que trae aparejado. En efecto, quién sabe por qué será, pero cuando la Tierra arrastra a alguien hacia abajo como efecto de ese fenómeno que Newton comprendió mejor que nadie, la sonrisa simple o el honrado carcajeo desternillan hasta al más pintado y más ecuánime de los seres que se hallan en las cercanías.

---

<sup>1</sup> “¡Esto es obra de la gravedad!” (N. del A.)

Eso mismo le ocurrió a Vincenzo Albertini, un humilde sastre metido a escritor, quien nos ha relatado con detalle la estrepitosa caída que le costó la vida a su señora madre, la que será recordada por muchos años en su natal provincia tarentina por haber sido la primera habitante del lugar en ascender más de siete metros tras resbalar en el húmedo piso del baño de su casa, para después caer a plomo y de cabeza en el excusado, donde se ahogó irremisiblemente.

A pesar del mortífero desenlace, Albertini nos hace gozar indeciblemente al dar cuenta de las diferentes posiciones que su progenitora adoptó mientras subía por el espacio y durante el alto total que precedió al desplome final: “Ora echaba una mano hacia atrás, ora avanzaba el pie izquierdo, todo ello acompañado de gestos faciales que me causaban una gran hilaridad”, dice en uno de los párrafos de su magistral relato. Ante el inevitable resultado de volar sin alas, como un Ícaro moderno, a la dama no le quedó más remedio, al final, que adoptar una postura que en mucho nos recuerda a Greg Louganis, el excelso clavadista, antes de descender como flecha hacia el retrete, donde se incrustó para no volver a respirar más.

Como se deja entrever, no obstante lo dramático del caso –y más aún tratándose de su propia mamá–, Albertini se solaza (y nos solaza) al describir un hecho que tiene como motivo último a la ley de la gravedad. A lo largo del relato, se adivina que su autor, con la pluma de ganso en ristre, se descoyuntaba de la risa mientras escribía. Y no podrán atribuírsele afanes matricidas, porque las caídas tienen lo suyo en eso de provocar la carcajada general, incluso en medio de una pena superlativa.

A mí, en lo particular, me es imposible mantener un gesto hierático cuando veo que alguien se derrumba como el poder adquisitivo, sin importar lo grave o sangriento de la caída. Puede ser un ancianito jorobado, una bella mujer de carnes suculentas o un niño de escasos años y cero experiencia. Al verlos venir a tierra, de inmediato siento que algo me escuece por dentro, que las comisuras de los labios ascienden y se me dilatan, que la boca se

me abre y que un feroz risoteo se me trepa desde el diafragma hasta las cuerdas vocales, para explotar instantes después sin rubor alguno.

Debo decir, en rigor de verdad, que esa actitud me ha costado ya pesares sin fin a lo largo de la vida, pero es un impulso incontenible. Me basta ver que alguien trastabillo para que ya mis manos se dirijan en forma automática al estómago (el mío, no el de la persona que comienza a descender hacia el suelo) en espera de la obvia secuela. Y todo ocurre en milésimas de segundo; durante ese abrir y cerrar de ojos, la cara de la víctima del efecto gravitatorio se contrae; los ojos se abren al principio como una cuenta bancaria, para cerrarse opresivamente después; las manos se disparan en todas direcciones en un afán inútil de asirse de cualquier cosa; la oquedad de la boca se expande en un grito mudo... y el referido ser humano muerde el polvo sin remedio. No hay apelación posible porque todo está dictado desde que se creó el universo hace ya algunos años. El que comienza a descender sigue descendiendo sin encontrar en su trayectoria un cuerpo sólido que lo detenga, cuerpo que es el suelo.

Hay muchos que al ver a una nueva víctima de la gravedad —la anciana con la cadera fracturada, el pequeño con la frente estampada en el pavimento, la joven con los glúteos hechos cisco—, corren hacia ella asustados para izarla de inmediato. Yo no puedo. Y no puedo porque estoy en esos momentos hundido en una especie de parálisis histriónica que da al traste con mi espíritu compasivo. Si hubiera vivido cuando Dios hizo caer a Lucifer, la risa causada en mí por la Justicia Divina me hubiera ganado el odio de este último para toda la eternidad. Porque si Dios quería humillar al más bello y soberbio de los ángeles, debe decirse que lo consiguió a plenitud al volverlo objeto de la gravedad. Nada menos que a él, que tan espiritual era.

Pero una cosa es la caída, de suyo siempre cómica, y otra la avergonzada facies del caído. En el colmo de la carcajada, una cara así no puede producir en el observador más que la relajación explosiva del esfínter vesical. La víctima queda tendida en el piso

y, sin importarle el dolor, mira sorprendido a todos lados poniendo un semblante de absoluta cretinidad, de idiocia total; la boca se le tensa en una sonrisa que reclama la exoneración sin trámites de toda culpa; las mejillas enrojecen sin límite, y el cerebro se dice a sí mismo: “¡Pero qué imbécil soy!”, tras de lo cual se levanta velozmente, se sacude el polvo y emprende cojeando una huida aún más rápida. Y el observador se queda con las lágrimas en los ojos que el jocoso episodio le ha provocado, el cual, más tarde, relatará a sus amigos añadiéndole la sal que merece.

En fin, que la fuerza de gravedad tiene lo suyo. No por menos Newton, tras haber sido golpeado fuertemente en la cabeza por una manzana mientras cavilaba, señaló que era inversamente proporcional al cuadrado de la distancia entre dos cuerpos. Y si lo decía el mismísimo Newton, él sabría las razones de su decir.

## Los pies y sus inconveniencias

Existe un acuerdo casi unánime de que los pies sirven para caminar, por lo menos entre los seres humanos, en quienes con toda propiedad se denominan así. En efecto, este hecho natural parece estar fuera de toda discusión, pues cada vez que los médicos han extirpado o paralizado los pies y las estructuras asociadas de alguien, ese alguien ha quedado impedido para andar. Así pues, esos apéndices colocados en la parte inferior del cuerpo han resultado ser unos adminículos indispensables para la supervivencia de la especie, por lo cual su estudio y cuidado son unas de las tareas que más atención deben recibir de los gobiernos del mundo, sean o no democráticos.

La cuestión pareciera ser ociosa, pero no lo es, pues, ¿cómo caminaríamos por las aceras o a lo largo de las habitaciones que conforman nuestro hogar si careciéramos de pies? Varios autores han discurrido que esa actividad podría lograrse mediante un complejo juego de ruedecillas implantadas en las ingles; sin embargo, además de que sería, cierto, doloroso, la apariencia física de las personas desmerecería muchísimo, pues su estatura se vería reducida varios centímetros o su belleza sufriría lo indecible al quedar los pies convertidos en una especie de carretillas. En fin, los investigadores han ideado numerosos métodos para lograr el propósito de caminar sin pies, pero los resultados prácticos han dejado mucho que desear, por lo que se ha optado por seguirlos empleando como es usual desde que el mundo es mundo, por lo que han recibido el agradecimiento sincero de quienes los portan. Empero, tales extremidades tienen varias desventajas que el lector prevenido tiene que valorar fríamente.

En primer lugar, los pies no se caracterizan por su belleza, y de ahí que sea tan frecuente en nuestra sociedad envolverlos con tro-

zos de cuero de ternera, avestruz, cocodrilo o cerdo –aparejos que nosotros, eufemísticamente, hemos denominado “zapatos”–, los que logran ocultar en mayor o menor grado su vista directa e impiden que queden hechos un asco tras un día de duro caminar. Ese celo estético no ha sido precisamente una virtud de los pueblos atrasados, entre los cuales se siguen utilizando los pies descalzos como si nada.

¿Qué belleza puede haber en esos apéndices que se proyectan hacia adelante, rematados casi siempre por cinco agregados más pequeños de irregular tamaño? Por el contrario, la parte denominada “talón” se distiende ligeramente hacia la parte posterior del cuerpo, dando al conjunto la apariencia de una plancha eléctrica; además, los añadidos finales –es decir, los dedos– están cubiertos en su parte distal superior por placas córneas que las más de las veces son muy largas –razón por la cual arañan con cierta frecuencia las piernas de la pareja mientras se duerme con él o con ella– y que algunas mujeres y ciertos varones tiñen de carmín para evitar mostrarlas. Como se ve, mucho en los pies es vergonzante.

Por si eso no bastara, los pies se dañan frecuentemente como consecuencia de la actividad caminativa, por lo que, a poco, dejan asomar pequeños o grandes glóbulos a los que nosotros, por carecer de un nombre mejor, hemos dado el nombre de “ampollas”. Dichas ampollas pueden ser la mar de dolorosas y surgen como resultado del continuo roce de los pies con el envoltorio de cuero que el hombre ha inventado para ocultarlos de la vista de los circunstantes. Si el roce persiste, en el lugar originalmente ocupado por las ampollas se desarrollan callosidades sin fin que sirven a la postre como zapatos naturales, por lo que es posible prescindir de estos sin temor a dañarse los mencionados pies. Aun así, no dejan de ser tales abultamientos un atentado al buen gusto masculino y femenino por igual y una causa de alteración gástrica, pues es sabido que la sensación de hambre se evapora de inmediato cuando se muestran abiertamente en las albercas y otros lugares públicos que exigen desnudez total o parcial.

Los apéndices señalados poseen en su parte superior, a izquierda y derecha (o a babor y estribor entratándose de los marineros), dos prolongaciones más, fruto de la conclusión del peroné y la tibia, a las que los médicos, carentes de toda piedad por el estudiante de anatomía, han denominado escafoides y calcáneo. En algunas personas, dichos añadidos se lanzan francamente al exterior como astas de novillo, lo que nuevamente da al conjunto pedestre una pésima apariencia que ya en la antigua Grecia era la desesperación de Fidias, el escultor, y que hoy día contradice los más caros anhelos estéticos de nuestra tecnológica civilización.

Dejemos aquí, de lado, por respeto al lector, la propiedad peor y más característica de los pies, pero no sin dejar asentado que ha servido solamente para enriquecer demasiado a los fabricantes de talcos desodorantes, lociones, cremas antifúngicas y pomadas variadas, lo que ha tenido el efecto colateral de alterar gravemente la distribución equitativa de la riqueza en el mundo.

En los últimos tiempos, las damas de buena sociedad aborrecen ya, con toda franqueza, uno de los usos más generalizados de tales extensiones del cuerpo humano: el fútbol. En efecto, en virtud del desmedido empleo de tales extremidades por parte de un conjunto de jugadores de tal deporte, se han visto privadas de convivir los sábados y domingos con sus esposos, novios e hijos varones, quienes se apoltronan frente al televisor a admirar el uso que a sus pies dan veintidós sujetos en calzoncillos; paradójicamente, los ya mencionados maridos, amasios o hijos varones no utilizan los suyos en ningún momento —a veces ni siquiera para acudir al baño—, por lo que se ven precisados a exigir a las agotadas y malhumoradas amas de casa las cervezas, tentempiés o golosinas necesarias para seguir con gran atención las incidencias del peatonal deporte.

Los pies son unos instrumentos que han entrado en franco desuso entre los automovilistas, quienes los utilizan solamente en dos momentos: al apretar las palancas del freno y el acelerador. Salvo ello, son por completo inútiles. No obstante, debe decirse que esa función es todavía vital por dos razones, a saber: si no se

aprieta el acelerador, el automovilista permanece en el sitio sin avanzar un milímetro, lo que hace del automóvil un verdadero estorbo para los que vienen atrás; por el contrario, si no se presiona el freno, el mencionado automovilista queda convertido en una papilla al topar con el obstáculo que se halle frente a él. Pero ya los ingenieros están haciendo lo imposible para que esos mecanismos se activen de otra manera.

Como se percatará ya el lector, los pies tienen graves inconvenientes. Aun así, como luminosamente escribe Heidegger en *Ser y tiempo*: “Es mejor poseer un buen par de pies que carecer de ellos, sobre todo si se es cartero, cobrador o futbolista cotizado”.

## El correo electrónico y los avatares de la “ñ”

Ignorante por completo pero necesitado de la tecnología de las computadoras por estos tiempos afligidos que corren, unos técnicos encrespados conectaron a la mía, años ha, ese artilugio llamado “correo electrónico”.

Gran cosa, ciertamente, porque por este medio uno puede escribir lo que se quiera a los amigos o colegas, y basta apretar una tecla para que, purrún, el mensaje les llegue casi al instante a sus respectivas computadoras. Adiós, pues, a los problemas del correo normal, que comienzan al tener que escribir sobre una hoja de papel con lápiz o bolígrafo, que casi nunca se encuentran en casa; más tarde, por rastrear la dirección del destinatario en una agenda o directorio que nunca está a la mano porque se nos quedó en la oficina o en el hogar, según sea el caso; después, si se posee uno, por encontrar un sitio para estacionar el coche cerca de la oficina de correos, que, como nunca hay, obliga a pagar una hora de estacionamiento por los escasos minutos que permanece uno en tan venerable edificio, y eso si no hay cola, porque ese es el otro problema que sigue, pues a veces —como me ocurrió el otro día— una señora gorda pregunta al vendedor de estampillas el costo de un porte a la península de Kamtchaka, a Daar-es-Salaam o a Ulán Bator, lo que coloca al susodicho expendedor en graves aprietos geográficos y, entretanto, la cola se alarga como las conversaciones de paz en el Medio Oriente. Un problema adicional es tener que practicar el rejuego lingual necesario para generar la suficiente saliva que haga posible pegar la estampilla en el sobre de referencia, toda vez que no se encuentra nunca a la vista una esponjita que haga por nosotros tan gustativa tarea. Concluye todo esto con la búsqueda de la rendija del buzón que corresponda a la carta que

estamos enviando: si local, nacional, internacional y todo eso, en lo que siempre me equivoco, pero que no importa porque todo cae a la misma mesa de los carteros, allá en el sótano de la oficina, quienes son los que deciden en última instancia si el sobre es realmente local, nacional o internacional.

No, con las computadoras nada de eso existe. Uno aprieta tres o cuatro teclas y todo está listo. El camarada receptor recibe en mensaje enviado con una celeridad que oiga usted. A cambio, se acoge la respuesta a los pocos minutos de haberse enviado aquélla. Y todo va bien, hasta el malhadado momento en que se quiere escribir algún signo extraño o, lo peor, una “ñ”. Entonces puede aparecer en la pantalla un mensaje de la computadora que a la letra dice “*Unknown command*”, que más o menos quiere decir que la máquina no tiene la más remota idea de lo que tales signos quieren, a su vez, decir.

Y hete aquí que hay que inventar, ingeniárselas para sustituir la interrogación en la pregunta directa que se pretendía redactar por una frase interrogativa indirecta. Por ejemplo, si uno quería preguntar tan sólo “¿Cómo has estado?”, tendrá que decir: “Informe me tu estado de salud”, o advirtiendo: “La siguiente frase debe ir entre interrogaciones: Cómo has estado”, con lo que se evita el uso de tan necesario signo.

Los peores problemas ocurren, no obstante, con la “ñ”. Así, si se quiere desear un feliz Año Nuevo, no es posible hacerlo porque –al menos en mi computadora, que pertenece a la primera generación, pues fue fabricada en el Mezozoico– la antedicha “ñ” se convierte en “n” a secas, con lo que el mensaje, más que para el amigo de marras, parece destinado a un enfermo de hemorroides recién operado. Claro está, se puede escribir “anho”, como si fuera uno portugués o brasileiro (no brasileño porque, insisto, la “ñ” nomás no pasa), pero el receptor se queda igualmente con la impresión de que lo estamos albureando, porque sabe desde la primaria que la “h” no suena. O, de nueva cuenta, podemos sustituir el “año” por otra palabra o palabras que, al no llevar la “ñ”, no suenen por lo menos tan mal. En consecuencia, en vez de escribir “Feliz Año

Nuevo” hay que redactar “Felices próximos trescientos sesenta y cinco días”, con lo que un mensaje corto que lleve varias eñes se convierte en una comunicación más larga que *Los hermanos Karamazov*.

Y es que la palabreja “año” puesta en el correo electrónico tiene sus intrínquilis, pues casi nunca podemos prescindir de ella en un recado más o menos decente, con lo que lo volvemos plenamente indecente. Véase si no: ¿cómo escribir “el año en que naciste?”, ¿“mi sobrino tiene siete años”? ¿“te vi el año anterior”? o, puestos ya en plan blasfemo, ¿el “año de Cristo”?

Por eso urge que los ingenieros que estudian estos asuntos nos den a los redactores cotidianos de cartas electrónicas un adelanto tal que nos permita escribir la palabra “año” sin caer en la vulgaridad, y más aún cuando la carta se dirige a una bella señorita a la que pretendemos largo tiempo ha.



## Mi locutor preferido

Es una verdadera fortuna poseer una radio para oír las noticias matutinas. Tiene uno la oportunidad de escuchar de viva voz las transformaciones que la lengua experimenta cotidianamente, aunque a veces los pocos cabellos que me quedan se me ericen cada vez que descubro mi supina ignorancia en estas cuestiones.

En efecto, una lengua que tiene mil y un años –según cálculos que hizo el maestro Antonio Alatorre– ha sufrido a lo largo de los siglos lentas e innumerables mutaciones, de modo que si escucháramos de viva voz a un hispano del siglo XIV es probable que muy poco o nada comprenderíamos. Imagine el lector, por ejemplo, que va por la calle; de pronto, ve a una hermosa joven venir en sentido opuesto. Usted, impresionado por su belleza, le dirige un piropo, a lo que ella responde diciendo: “Soy, aunque polla, muy joven para su reverencia”,<sup>1</sup> lo que lo dejaría patidifuso. Hoy, por supuesto, sería muy distinto, pues la joven le respondería algo así como: “Qué me ve, viejo baboso”. Aun así –al fin lengua viva–, era entonces español y español continúa siendo, con todo y los referidos cambios. Por eso es una fortuna atestiguar cómo se modifica la lengua en el curso de un solo programa radiofónico cuando tantos siglos le ha costado hacerlo por la vía normal.

En lo particular, he derivado del noticiario numerosas enseñanzas que me han valido lograr el estatus cultural, gramático y lexicográfico que siempre anhelé.

Ayer, nada menos, encendí la radio y me dispuse a escuchar las noticias en voz de mi locutor preferido. En esas estaba, cuando éste advirtió: “Queríamos entrevistar al dirigente sindical Fulanito, pero no pudo asistir a nuestro estudio *por la vía física*”.

---

<sup>1</sup> Lope de Vega, *Fuenteovejuna*, Acto I.

Alelado quedé, en rigor de verdad. Supuse que si el señor no había podido asistir por la vía física, seguramente lo haría más tarde por la vía metafísica. Pero tampoco asistió. Y, bueno, aumenté mi vocabulario en virtud de tal aportación lingüística, por lo que ahora, cuando alguien me invita a algún lado, señalo: “Si no llego por la vía física a las nueve, es que ya no fui”, con lo que parezco a los ojos del posible comensal como todo un erudito.

Un poco más tarde, el locutor informaba: “Zutanito, el conocido ratero, se vio beneficiado en materia de liberación”, con lo que quiso decir que lo habían dejado salir de la cárcel, simple y llanamente. Ni tardo ni perezoso apunté en la libretita negra esta nueva aportación a la lengua española para emplearla en la primera oportunidad, la que se presentó horas después, cuando cobré mi cheque quincenal. Le dije entonces a la dama encargada de los pagos: “Gracias por haberme beneficiado en materia financiera”. Desde entonces, ella me idolatra y no pierde ocasión de decirle a sus amigas refiriéndose a mí: “¡Si vieran ustedes qué experto es en materia de preparación!”. Tuvo tal éxito la fórmula que ahora no la desaprovecho por nada del mundo; así, cuando voy al restaurante, en lugar de decirle al mesero que me traiga un café, le digo: “¿Podría beneficiar mi organismo en materia de caféina?”. Al principio, debo confesarlo, el mesero no me comprendía un rábano, pero paulatinamente fue introyectando la transformación lingüística a la que he hecho alusión, de modo que ya me atiende de inmediato cuando recito la referida fórmula, y cuando me trae la cuenta me dice: “Aquí está lo que debe en materia de consumo”. Y él y yo reímos satisfechos de nuestra apabullante cultura. Lo mismo ocurre cuando estoy con mi novia. A fin de no caer en el resobado “Dame un beso”, la insto: “Benefícame en materia oral”, a lo que ella responde casi siempre entusiasmada.

Minutos después, cuando me metí al baño, pude oír a lo lejos que mi locutor preferido decía a un interlocutor a quien entrevistaba: “Si tengo capacidad en términos de días, me gustaría platicar contigo con más amplitud”. ¡Embelesado quedé, por Dios! Con esa nueva fórmula integrada a mi repertorio, podría decir a partir

de entonces a mi ya precitada novia: “Si tengo capacidad en términos de minutos, paso por ti más tarde a la oficina”. O a mis amigos: “Si tienen capacidad en términos de horas, vayamos de inmediato a un bar”. Ya no era necesaria la otra fórmula, tan trillada y ramplona, que a la letra dice: “Si tengo tiempo...”. Fue una experiencia sensacional.

Había sospechado siempre que el adulterio era un engaño que los cónyuges casi siempre practicaban con denuedo, pero esa impresión cambió para siempre cuando minutos después oí que el locutor informaba lo siguiente: “El adulterio de bebidas alcohólicas mató a varias personas en una población de Oaxaca”. ¡Oh!, ¡así que “adulterio” era lo que yo hubiera denominado “adulteración”! ¡Ignorante de mí! Mas si no era así, luego entonces sería al revés, de manera que adulteración era cuando sobrevenía el engaño conyugal. La leche podía ser adúltera, pero la esposa quedaría adulterada. Así, en pocos minutos, mi sapiencia aumentó a ojos vistas gracias al noticiario que tan atentamente escuchaba.

Pero la información, expresada en términos tan correctos, se derramaba inagotable por las bocinas, de modo que a los pocos segundos mi locutor preferido declaraba: “Nuestro entrevistado (que no era por cierto el dirigente sindical de la vía física) tendrá que esperar un poco porque llegó *a priori*”. ¡Cuánta sabiduría!, ¡qué erudición! Yo estaba tan emocionado que un par de lágrimas rodaron por mis mejillas. “¡Hasta sabe latín!”, me dije.

Tenía que dirigirme de inmediato a mi trabajo, pero la voz del locutor me tenía como hipnotizado. Y más todavía me hipnoticé cuando éste señaló, iracundo: “¡No puedo entender que un presidente *transgrediera en contra* de los derechos ciudadanos!”. La belleza del idioma se plasmaba sin más en esas breves palabras y el noticiario se transformaba casi sin sentirlo en una universidad, en un templo del saber, en una Real Academia de la Lengua Española. Y más adelante: “A Perengano lo quisieron agarrar de chivo expiratorio”. La imagen era bella a la par que cruda: un chivo expirando, con las orejas gachas y los ojos desorbitados por la falta de aire. Ante tal imagen, sobrecogido por la elocuencia de mi

locutor, no pude menos que exclamar: “¡De la que se salvó el tal Perengano!”.

Y vino después la cuestión de los esquemas, que enriqueció aún más mi acervo verbal. En efecto, el locutor me proporcionó numerosos ejemplos de la manera correcta de emplear la palabra “esquema”. De hecho, la usaba para todo, como debe ser: “En un esquema de felicidad, debemos luchar por hacer de este país algo grande...”, “El candidato dijo, en el esquema del mitin, que...”, “Bajo un esquema de producción, el campo mexicano requiere de...”, etc. Por supuesto, utilizo ahora la palabra cada vez que el destino me lo permite. Así, digo a la mucama: “En un esquema de huevos revueltos, sírveme unas papas fritas”, y a mi jefe le informo: “Llegué tarde porque estuve en la cantina en un esquema de amistad”. Tanto una como otro me ven desde entonces bajo un esquema de respeto absoluto.

Más tarde, no satisfecho aún con la magistral cátedra que dictaba a su auditorio, señaló: “Yo creo que no hay nada más real que lo que existe”. Toda una filosofía despachada en sólo doce palabras, misma que me llevó de inmediato a la conclusión lógica: luego entonces, lo que no existe no puede ser real, y por esas sendas lógicas me seguí hasta que escuché nuevamente al maestro radiofónico afirmar tronante: “... y el tipo éste se ha *abrogado* el derecho de decidir él solo...”. Yo, que pensaba que se debía decir “arrogado”, ¡cuán descaminado andaba!

La cosa seguía en serio, y yo entusiasmado, sobre todo cuando aquél señaló: “La estructura de nuestra economía es *endeleble*”, y después: “Les voy a dar a ustedes la *premisa*: la salida de ese funcionario es *eminente*”. El locutor de mi corazón remató: “Los vendedores ambulantes, debido a la acción policiaca, no pudieron continuar con su *vendimia*”, no con su venta, como un espíritu menos docto hubiera pensado. Sabio hombre éste del micrófono.

Y más sabio todavía cuando substituyó los términos “actualmente” u “hoy día” por “*a nivel contemporáneo*”. Fue magistral: “A nivel contemporáneo, los jóvenes ya no respetan a los adultos”. Fue otra frase que desde entonces, como tantas más, he acoplado a mi anteriormente pobre vocabulario, con lo que lo he enriquecido de un

modo indudable. Si quiero decir: “Hoy me siento viejo”, digo sencillamente: “A nivel contemporáneo me siento extemporáneo”, con lo que, a la par, se han agudizado mis habilidades poéticas.

Tuve que apagar la radio porque en la oficina me esperaban asuntos de gravedad mayúscula, no sin antes prometerme que al otro día y todos los días por venir prendería el aparato sin falta para ilustrarme sobre el buen manejo de un idioma que, ¡ay!, tanto creía conocer.



## Los oficios impensables

Hay oficios en este mundo que a uno le parecen imposibles, acostumbrado como está a sentarse en un escritorio, ojear documentos, poner firmas o sellos, escribir un poco, tomar un café temprano por la mañana, ir al baño de cuando en cuando, platicar con los compañeros de la oficina sin que se entere el jefe o emprender la charla con el jefe mismo; en fin, un trabajo como cualquier otro. Uno supone, pues, que todos los oficios son por el mismo estilo; de modo que cuando los políticos hablan del empleo, se le vienen a la mente innumerables oficinas, escritorios sin fin, máquinas de escribir traqueteantes o computadoras de persistente zumbido, empleadas visibles y conserjes peludos. Es lo que se llamaría “deformación profesional”.

Por supuesto, hay otros oficios que la experiencia cotidiana nos dice más o menos en qué consisten, aunque cada uno de ellos tenga características peculiares cuyo desentrañamiento ya nos es más lejano: carpinteros, peluqueros, carteros, herreros, albañiles, ganaderos, modistos, choferes y demás. En efecto, cada uno de ellos se desarrolla según sus propias pautas y constituye una especie de subcultura a la que el neófito tiene la puerta cerrada. Aun así, sabemos de tales oficios, y continuamente nos valemos de las habilidades que sus oficiantes dominan.

Así que me causó una enorme sorpresa saber que hay oficios que parecieran inimaginables para el hombre común y corriente, como el que me precio de ser. Por ejemplo, me enteré el otro día que un señor de nombre André Perroux gana dinerales en París afilando alabardas. “¿Alabardas? ¿Qué es eso, por ventura de Dios?”, se preguntará el lector. Las alabardas son una especie de lanzas que en su extremo, además de la punta que cualquier lanza que se respete debe tener, contiene también un hacha con

figura de media luna y una especie de garfio. Son las armas, pues, que el lector habrá visto en las manos de los guardias suizos que protegen al Papa. ¿Y por qué no las afila cualquier afilador ordinario, como los que pasan por la calle tocando un silbato? No lo sé. A lo mejor no hay de esos por allá. La cosa es que el mentado Perroux es el único que se encarga de tal tarea en toda la Ciudad Luz.

Claro está, la alabarda no es un artículo usual. Nadie anda cargando su propia alabarda para lo que se ofrezca, ni dice: “¿Qué alabarda usaré hoy que haga juego con esta espantosa corbata que me regaló mi mujer?”, ni tampoco se tiene una en el cajón de la cocina para cortar las zanahorias, ni otra más en el garaje para podar el pasto. Pero ocurre que en París hay montones de armaduras medievales en sus museos, residencias y castillos, muchas de las cuales portan alabardas como complemento ideal a tanto fierro. Nueva incógnita: ¿y para qué se quiere que esas alabardas estén más afiladas que la navaja de Occam si nadie las utilizará ni siquiera para defender de los ladrones el edificio correspondiente, habiendo como hay tantas pistolas? Tampoco lo sé. Tercera pregunta: ¿Y por qué razón se les da filo a las alabardas si ese filo jamás se ve mellado en ellas ya que no se utilizan para nada? Lo desconozco igualmente. Pero el señor Perroux —y sólo él, como ya he dicho— es requerido por directores de museos, mayordomos o ricachones. Va de acá para allá; entra a las ciudadelas, galerías y mansiones; saca de su maletín un limatón y se pone a darle duro a las alabardas, tras de lo cual se echa al bolsillo una buena cantidad de francos que le permiten emprender cada año una placentera travesía por las islas griegas.

Otro oficio sin igual es el que practica en Nueva Zelanda un tal Michael MacBain —de lo que da cuenta el *New Zealand Enquirer*—, consistente en localizar pericos extraviados. No perros, gatos o caballos, sino exclusivamente pericos. Es todo un experto en ese difícil quehacer. Ante una ocupación así, no cabe menos que formular algunas preguntas cuyas respuestas expliquen cómo es que al señor MacBain ese trabajo le puede rendir los suficientes beneficios como para satisfacer sus necesidades económicas. En

primer lugar, ¿cuántos pericos hay en Nueva Zelanda? En segundo lugar, ¿qué proporción de estos se extravía cada año? En tercero, ¿qué clase de responsabilidad tienen sus dueños como para perderlos con una frecuencia tal que un individuo pueda ganar lo suficiente para vivir buscándolos? Finalmente, ¿qué dice la sociedad protectora de animales en ese país ante un problema mayúsculo como el extravío constante de tales aves?

Eso, por la parte demográfica y moral del asunto. Pero también hay que preguntarse por la parte técnica. ¿Cómo sigue el rastro de los pericos extraviados el señor MacBain? ¿Estudia para ello las huellas digitales de los especímenes perdidos, si es que tienen ese tipo de huellas?, ¿quizá el rastro de plumas dejado atrás?, ¿tal vez los huevos depositados en el trayecto de la fuga?, ¿acaso la fotografía familiar de los parlanchines voladores?

Y una vez descubiertos, ¿cómo los atrapa?, ¿con una red?, ¿con un par de esposas?, ¿mediante un citatorio judicial? Y después de la captura, ¿los confía a un zoológico?, ¿los entrega a sus legítimos propietarios o se queda con ellos para enseñarlos a hablar? En fin, *mister* MacBain ha encontrado una extraña vocación psitaáfica y deriva de ella un medio de vida bastante holgado, que, como a *monsieur* Perraux, le permite emprender cruceros, pero ahora por los mares del Sur.

Un último oficio, igualmente impensable que los anteriores, es el de una obesa y vieja dama platense de setenta y tantos años, el cual gravita sobre la limpieza de antenas parabólicas de televisión. Es de imaginarse a la voluminosa mujer trepar a las azoteas, encaramarse en escaleras de sobrada resistencia, y ya ahí, en su cima, auxiliada tal vez por un jergón, una cubeta y un cepillo, estarse las horas pule que pule por los rincones, metales y alambres de la armazón.

Pero estos oficios, si bien se ve, no son en nada diferentes a varios más en su rareza. Se me ocurre, por ejemplo, ese de escarbar en la dura piedra para encontrar huesos fósiles de dinosaurio, o aquél otro consistente en domar leones y tigres dentro de una jaula de circo. No cabe duda, como diría mi tía, que hay gente para todo.



## Mi idea de la muerte

Pocos, muy pocos, imaginamos nuestra propia muerte, y cuando lo hacemos la suponemos leve, lejanísima, pacífica a más no poder y muy improbable. Al final de cuentas, si llega a ocurrir —pensamos—, será el lógico resultado de la vejez. O de alguna enfermedad, de esas que de tan comunes hasta tienen nombres que aparecen en cualquier diccionario de bolsillo. A quien dijera que moriremos vilmente atravesados por una flecha, degollados en el Metro o estrangulados por nuestro cónyuge, lo tacharíamos sin más de orate vil.

Pero vamos por partes. Una cosa es el *proceso* de morir, otra el *momento* de morir (el instante en que ocurre), y una muy distinta *lo que sobreviene* una vez ocurrida la muerte como tal. El proceso de morir es —ya lo dijimos— la enfermedad, la vejez, el deterioro cada vez mayor del organismo o la voluntad de otro que se nos atraviesa en el camino, todo lo cual desemboca en la muerte misma. No obstante, el momento, el instante de morir aterriza más que el proceso de morir, sin importar que el santiamén en que ocurre sea infinitamente más breve que este último: apenas unos cuantos segundos a los sumo. De estar más o menos vivos —y a veces vivitos y hasta coleando—, estamos muertos sin remedio en el instante siguiente. En ese momento, ¿qué se sentirá?, nos decimos. ¿Se morirá poco a poco, como si se cayera en un vórtice de inconsciencia progresiva, como en un sueño? ¿O, por el contrario, de estar la mar de lúcidos nos vemos de pronto en un hoyo negrísimo? Dejemos los intrínquilis del *ser* y el *no ser* a los filósofos existencialistas, que es un asunto que tiene una fúnebre seriedad, y vayámonos derechamente a hablar de ese *después* de la muerte.

De una forma u otra, todos tenemos cierta idea de lo que encontraremos allá porque alguien nos lo ha dicho, porque algunos que estuvieron a punto de morir aparecen en la tele o en las

películas o porque ya traemos en nosotros esa idea. Así, unos se imaginan que asumen la forma de un espíritu invisible que abandona su cuerpo material, al que pueden ver desde el techo de la habitación (si es que se muere en una, claro está). Uno sigue vivo, literalmente hablando, con la salvedad de que se vuelve etéreo e imperceptible para los demás, a la manera del hombre invisible de H. G. Wells, quien, para corporeizarse, tenía que usar sombrero, guantes, abrigo largo y muchos vendajes en la cara. Pero los muertos ni eso: ni con todos los apósitos del mundo se vuelven ya visibles. A pesar de ello, tiene su pegue esa idea —lo que sea de cada quien— porque puede uno andar viendo el mundo como si fuera una telenovela, esto es, desde el refugio del más absoluto anonimato, lo que debe ser divertidísimo. Así, es posible enterarse de lo que realmente decían de uno los amigos, la novia o el cónyuge; se puede entrar al cine sin pagar; dormir pegadito con quien se quiera (quizá cuando tenemos un escalofrío en la noche es que algún muerto se acaba de acostar junto a nosotros); conocer los más íntimos secretos de los allegados; viajar a las islas griegas o a las Baleares sin que nos cueste un centavo, y comer el Día de Muertos los tamales y el champurrado que los devotos familiares le han reservado a uno. Ha de ser —como tan atinadamente dicen los teóricos de la posmodernidad— una cotorriza.

Otros imaginan que, una vez que han pasado el trance de la muerte como tal, se les aparece un túnel más oscuro que Obama, en cuyo extremo se ve un destello más luminoso que la inteligencia de Einstein. Hacia él van volando, y cuando llegan a su destino aterrizan en una especie de parque ecológico con mucho césped, flores de todos tipos, animales inofensivos, estanques cristalinos y un clima que ni Cuernavaca, vaya. El Paraíso, pues. Y allí, según se deriva lógicamente, deben andar los muertos saltando y jugando a la pelota en cueros, toda vez que las ropas y las mortajas no tienen por qué experimentar el proceso de la muerte como sus dueños.

No debe ser un espectáculo muy agradable, pues muy pocos de los que mueren lo hacen en la cúspide de su belleza física; así que se han de ver en este lugar *post mortem* toda una serie de

espantajos celulíticos, carnes caídas al por mayor, panzas superlativas y musculaturas en declive atroz, que confundirán tanto al muerto recién llegado que no sabrá verdaderamente si se halla en el cielo o en el infierno.

Muchos más, entre quienes cavilan en lo que habrá más allá de la muerte, se imaginan aburridísimos en su ataúd, platicando —como los muertos de Rulfo o los de la Garro— con los vecinos de al lado y los de las tumbas cercanas, esperando anhelantes que llegue el Día del Juicio Final para salir a estirar los ya inexistentes músculos. Pero ya Pierre Henri Cami, en su libro intitulado precisamente *El Juicio Final*, nos relata con maestría las nefastas consecuencias de que los muertos de todos los tiempos salgan a flor de tierra en un solo día, lo que provocaría desabasto alimenticio, problemas de congestión vial, ingratos reencuentros, enormes incomodidades habitacionales y demás, por lo que este tipo de delirio no debe ser muy socorrido, y mucho menos fomentado.

Otros tantos suponen que, ocurrido ya el trance fatal, despertarán etéreos sobre una blanquísima, sutil y algodonesa nube a pesar de que se pasaron media vida angustiados por su exceso de peso, tocando una lira celestial —cuando ni siquiera se les daba en vida rasguear una guitarra de Paracho—, portando sobre el testuz una hermosa aureola dorada, unas alas en la espalda y vistiendo una túnica romana atada por la cintura con un cordel tan rutilante como la aureola misma, cuando jamás dejaron de usar gorra, playera y *jeans*. Eso al menos dijo creer una rotunda dama que de angelical no tenía la menor pinta.

Una cantidad apabullante de individuos en todo el mundo suponen que, una vez muertos, reencarnarán en una nueva persona o en algún animal, a manera de karma en el que pagarán las culpas de las vidas anteriores. En esto creo más, porque muchos de los que conozco son bestias de seguro, y a casi todos ellos se les adivina en los ojos la mirada de alguien que vive en su más profundo interior y que está pagando sus pasadas faltas al habitar un cuerpo así.

Un grupo de gente se imagina llegando a un lugar bastante terrenal donde lo aguardan sus muertos (la insoportable tía

Chole, el padre que nunca se preocupó más que de emborracharse, el hermano que le arrebató la herencia, el tatarabuelo a quien sólo se conoció en daguerrotipos), quienes le darán la bienvenida como si vinieran de regreso de un viaje a Cancún, con pastel, velitas, cubas libres y toda la cosa.

Los más pesimistas intuyen la inexistencia a secas, con todo lo que eso significa: simplemente *no ser*, así como no se es ingeniero metalúrgico en Kurdistán o albañil samoano, ya sin conciencia de uno mismo, sin imaginar ni siquiera la negrura total. Eso, supongo, es muy feo en comparación con las nubes, el Paraíso, la chorcha familiar, la invisibilidad *post mortem*, por lo que no seguiremos abundando en tan tétrica perspectiva.

Lo mejor es pensar —como lo hago yo— que mucho de todo eso, salvo lo último, ocurrirá, aun cuando las diferentes perspectivas se contradigan entre sí. Así, una vez muerto, aparecerá ante mis ojos el célebre conducto con una luz resplandeciente en uno de sus extremos, al que llegaré como si viajara en el carrito de una montaña rusa. Ya ahí, me encontraré a todos los amigos, colegas, compadres, familiares y una que otra camarada, quienes me estarán esperando en una nube fenomenal vestidos de romanos y con sus correspondientes alas, aureolas, cintillos y demás parafernalia, y sirviendo cubas, whisky, tequila y hasta champaña para degustarlos entre bocado y bocado de pastel y tacos de chicharrón en salsa verde. Terminada la pachanga, regresaré ocasionalmente al mundo como ser invisible para meterme en las vidas ajenas. Y ya en la noche, me embutiré en mi ataúd para dormir a pierna suelta mientras escucho el runrún de los otros muertos, que se platican ya no sus vidas —que ya no tienen— sino cómo les va en su muerte, o bien en el cuerpo de un león para comerme de un solo bocado a cuanto cazador furtivo hubiese en la selva.

Pero si hubiera Juicio Final, no estará de más arreglar mis cuentas pendientes auxiliado de todos los abogados disponibles para no hacer un papelón a la hora de la hora, ¡porque vaya que tengo cola que me pisen!

## Rosas salvajes

**A**lguien dijo alguna vez que los antiguos tenían los nombres la mar de extraños, y no le faltaba razón. Porque, vamos, eso de llamarse Anaxágoras, Hammurabi, Caupolicán o Nefertiti es para pensarse (cualquiera de nosotros, en la circunstancia de llamarse así, demandaríamos por la vía civil o penal a sus propios padres), y más todavía cuando se ven seguidos de un apellido castizo por demás. No obstante, sus poseedores, por el solo hecho de llevarlos, ya quedan en el camino de la fama. Porque dígase si un Eurípides Godínez o un Petrarca Ruiz no descollarían entre sus discípulos desde su más tierna infancia, independiente de sus malas o buenas acciones, capacidades o falta de ellas, atributos o defectos. En fin, la rareza del nombre hace que quien lo porte se distinga de la muchedumbre; en ese entendido, muchos padres atizan a los hijos –impunemente por lo demás– apelativos que no sólo despiertan en quien los oye una ligera sonrisa, sino una resonante risotada o un compasivo gemido.

Hay de todo, por supuesto: desde los nombres sencillamente desagradables al oído hasta aquellos que son verdaderas muestras de sadismo paternal. El lector podrá hacer sus contribuciones específicas a una antología que promete ser larga y sustanciosa, en tanto que el autor de estas líneas aporta aquí sólo unos ejemplos conocidos de primera o, a lo más, segunda mano.

Ya hace mucho tiempo que un galán ranchero aparecía con cierta frecuencia en la pantalla grande, como hoy se le dice al cine; su nombre artístico era Julio Aldama, e hizo bien en cambiarse el apelativo original; sus padres, de apellidos ya de por sí poco comunes, se habían confabulado cuando nació como si hubieran querido darle su merecido por algún grave y prenatal

delito cometido en el vientre de su madre, por lo que en el acta de bautizo respectiva quedó registrado como Augurio Aguado Turrubiates.

Alguna vez, en una ciudad norteña, hubo un médico veterinario de evidentes dotes profesionales, pero también autor de rarezas y extravagancias que no viene al caso relatar aquí. Se llamaba Ricardo Silva, pero frustraciones jamás resueltas o un nefando odio a la humanidad hicieron que a su hijo le asestara el nombre de Judas Hitler; no contento con ello, insatisfecho aún de su mordacidad, bautizó a su hija como Svetlana Stalinsnaya, o algo así. Si ese galeno se hubiese apellidado Stalin, por ejemplo, no hubiera habido tanta incongruencia en ninguno de los dos casos. No obstante ese atentado contra la estabilidad psicológica de estos jóvenes, cometido por su mismísimo padre, debe decirse que ambos sobresalieron entre sus compañeros de escuela desde su más tierna edad gracias a la ocurrencia de su señor padre, sabedor al menos de que el nombre lo es todo.

Famosos son los nombres que, a diferencia de los del ejemplo anterior, guardan una congruencia tal con el apellido que se convierten en material para Ripley. Paradigmas de ello –más pertenecientes a la leyenda que a la realidad– son, por ejemplo, Zoila Vaca del Corral o Nieves Frías de Limón. Pero el nombre de Zoila, Zoyla, Soila o como se quiera escribir puede jugar malas pasadas a su propietaria, como son los casos de Zoila Reina de Madrid y Zoila Rosa Espinosa del Rosal, enteramente ciertos y verificables. El masculino de tal nombre puede hacer que se dibujen en los circunstancias inmisericordes sonrisitas cuando su propietario se llama, verbigracia, Zoilo Chaparro o Zoilo Amado. Es de recordarse a una valiosa académica que llevaba el nombre de Lucía Bustos, quien en realidad no lucía lo que decía lucir.

Otra categoría son los nombres horriblos a secas: Bruto, Brutacio, Palemonio, Erdocio o Plañidero, por sólo decir unos cuantos. Destaca entre ellos el nombre de un reconocido maestro de principios de siglo: don Tránsito Gallo. Mi mamá fue madrina de bautizo de dos hermanos de nombres puestos ya en diminutivo:

Clarito y Reyecito, de modo que si se les quería hablar con afecto, era necesario diminutivizar lo ya diminutivo: Claritito y Reyecitito, lo que producía una sensación de pena ajena inevitable. Y hay otros que, sin ser bellos, son por lo menos más comunes, como Torcuato, Sandalio, Toribio, Robustiano, Pancracio, Romárico o Herculano.

En ocasiones, la gente escucha ciertos nombres de cosas o acontecimientos y les parece bien bautizar con ellos o con su deformación a sus retoños. Ejemplos de ello son el nombre cada vez más frecuente de Masiosare, derivado de una de las estrofas del Himno Nacional (“Mas si osare un extraño enemiiigo / profanar con sus plaantas tu sueelo...”), el cubanísimo Onecent (por one cent) y el igualmente típico de Geñero (por “ingeniero”). En esta categoría caben otros como los de Efemérides o Helicoptero (así, sin acento en la o), y son conocidos los de Usnavi (por U.S. Navy) —que también se puso en boga en Cuba gracias a la inscripción en los aviones norteamericanos que tienen su base en Guantánamo— y de Jondere (por los tractores John Deere), tan socorrido en Chiapas. Un pariente tuvo como condiscípula a una agraciada jovencita llamada Expropiación, y Marcos Aguinis narra en *La cruz invertida* el caso de Santos Inoc, uno de los personajes, cuyo nombre se le montó siguiendo la vieja costumbre de consultar el calendario para ver qué santo corresponde al día en que el niño nace; el problema, aquí, era que el susodicho había nacido el 28 de diciembre y que el santo festejado, los Santos Inocentes, estaba abreviado en el almanaque. No debe olvidarse aquel otro, igualmente abreviado: Anivdelarrev, correspondiente al 20 de noviembre, aniversario de la Revolución Mexicana.

Un químico que vivió hasta hace pocos años les encasquetó a sus hijos los nombres de Epinefrina y Octano. Debe decirse en su descargo que en verdad amaba su profesión.

Dos casos me parecen particularmente dramáticos: el de un contador público titulado, a pesar de lo cual mostraba en ocasiones cierta chispa, y el de un capitán del ejército. El primero de ellos llamó a su hija —porque le pareció un hermoso apelativo— Suripanta, en tanto

que el segundo impuso a su bebé el muy patriótico y fervoroso de Banderolo. Son hasta cierto punto comunes los nombres al parecer femeninos que se les ponen a los varones. Isabel, Guadalupe o Rosario son algunos de ellos. Cuando ocurre lo contrario, sin la traslación respectiva, el resultado puede ser grotesco: Pabla, Javiera, Ernesta o Rodriga, por ejemplo.

Por fortuna, los éxitos editoriales literarios y las telenovelas nos han impulsado a una posmodernidad que podría denominarse “apelativa”: ¿cuántas jovencitas existen hoy día con nombres tales como Amaranta o Eréndira, personajes ambos de las novelas de Gabriel García Márquez? En cuanto a las telenovelas, si la heroína de alguna de ellas se llama Yvette, toda una generación de niñas llevará tal nombre. Si los galanes llevan los apelativos de Xavier Alfonso, Romeo Ricardo o Enrique Mauricio —pues en las telenovelas siempre son dobles—, puede apostarse que los hijos de las telespectadoras llevarán con donaire esos mismos nombres. Con seguridad ya anda por ahí una que otra Rosa Salvaje. En este tenor, ojalá que no exhiban una teleserie cuyos protagonistas principales se llamen, respectivamente, Maguncio y Fornaciana, porque entonces los hijos así bautizados emprenderán una verdadera revolución contra sus progenitores.

## Las modas de los siglos

Fácil y enriquecedora es la profesión de los modistos, que ponen en los cuerpos, cuando así lo anhelan, los trapos más hórridos y disfuncionales que en el mundo han sido, con todas las agravantes de la ley y sin la menor conmiseración. Quizá el tedio de usar siempre lo mismo para cubrir nuestras desnudeces o —como dirían los escolásticos— vergüenzas; tal vez el eterno afán de lo insólito para cumplir tal propósito, lo cierto es que las modas en el vestuario cambian con los tiempos e imprimen a estos su sello característico.

Piénsese en los trogloditas, por ejemplo; la moda por ellos establecida, que duró decenas de miles de años, consistía en un mazo mal desbastado con el que conquistaban a la amada tras desmayarla de un fuerte garrotazo, al que se añadía una pilosa calzoneta de piel de oso de las cavernas o de mamut, según fuese el gusto del propietario, que se prendía de un hombro para cubrir lo más que se pudiera el resto del organismo, y acaso un calzado igualmente peludo amarrado a pies y pantorrillas por correas de cuero de ciervo. O por lo menos así los pintan.

Antes de ellos, como se sabe, Adán y Eva impusieron la moda del desnudo total —al menos mientras gozaron del Paraíso—, moda que ha vuelto a renacer esplendorosamente en las películas actuales, sean de espías, de terror, de *suspense* y hasta de caricaturas, aunque después nuestros padres bíblicos, una vez expulsados de tan muelle vida, optaron por la hoja de parra colocada en forma estratégica mediante un hilito.

Es explicable que en sus momentos gloriosos los egipcios emplearan asimismo una tela enrollada alrededor de la cintura, sólo que de seda o lino, por lo que se asemejaban al hombre actual cuando sale del baño apresuradamente a contestar el teléfo-

no portando solamente una toalla. También utilizaban un extraño bonete en la cabeza y unos cuantos collares y brazaletes. El calor extremo que agobiaba —y agobia aún— a Luxor, Abu-Simbel, Alejandría y puntos circunvecinos obligaba esta moda, al igual que los ligeros y translúcidos atuendos de las damas, según se las representa en los bajorrelieves y las pinturas de las tumbas faraónicas. Duró también tal moda cientos de años, si no es que miles.

Los hebreos de aquellos años tuvieron también su moda milenaria: las túnicas de lana con las que envolvían sus respectivos cuerpos acuden siempre a la memoria cuando se lee la Biblia. Eran para ellos absolutamente necesarias para conservar la temperatura del cuerpo por abajo de la del desierto, mucho más cálida, por lo que se requería un eficaz aislante térmico como la lana o el algodón. Los árabes actuales siguen usando esos atavíos para los mismos propósitos, lo que no deja de ser una incomodidad que hay que ver, sobre todo al momento de aliviar el cuerpo.

Las complicaciones empezaron poco después en Europa. La Edad Media se caracterizó, en lo general, entre los varones, por jubones, capas, zapatillas semejantes a chinelas, tabardos y una especie de mallas de popotillo que envolvían las piernas, lo que los hacía parecer bailarinas de ballet, pero un poco más rudos. Las damas, por su parte, lucían largos vestidos y cucuruchos en la cabeza de cuyas puntas caía un encaje, a la manera de las princesas que en las estampas contemplan desde el balcón al *trouvattore* que, abajo, rasga una lira, y que tan famosas se volvieron desde los cuentos espléndidos de Perrault y los Grimm, e incluso antes, desde que los caballeros de la Tabla Redonda andaban desfaciendo entuertos y Romeo le cantaba a su Julieta, asomada al balcón. Por su parte, en el norte, los vikingos comenzaron a usar poca ropa a pesar de los fríos septentrionales, así como grandes cuernos —por lo menos en sus yelmos y, en algunos casos, muy pocos dada su ferocidad, en sus prestigios—, al alimón con trenzas, medallones de bronce y calzas de piel de caribú.

Entretanto, en las tierras americanas otras modas se desperdigaron a lo largo y ancho del continente. En el norte, por ejemplo,

los pieles rojas empleaban sencillas vestimentas constituidas por un taparrabo y un penacho de plumas de guajolote; los sacerdotes, por su lado, se engalanaban adicionalmente con la piel y la cabeza de los bisontes que pululaban en las enormes planicies. Más al sur, los atuendos eran un poco más elaborados, aunque se mantenía la moda del taparrabo, tan socorrida en esas épocas, cuyo inventor debió volverse millonario en poco tiempo, según suponen los versados en estas cosas. En efecto, si los penachos allá se fabricaban con plumas de guajolote, por acá los había con esplendidos plumajes de quetzales, guacamayos y aves del paraíso. También los elaboraban con plumas de águilas calvas, no obstante que sus portadores tenían, a contrapelo, una pelambarrera descomunal que cubrían con esas esplendentes cimeras. Más aún, utilizaban atuendos consistentes en cabezas disecadas de jaguares para irse a la guerra, así como cascabeles de semillas en los tobillos y huaraches de cuero, por lo que cuando llegaban a casa armaban un escándalo que había que ver, despertando así a sus furiosas cónyuges.

Poco cambió la moda feudal durante el Renacimiento y el periodo isabelino, a no ser para engalanarse denodadamente. Continuó el uso de las medias de popotillo, los cortos jubones, las bombachas y las gorgueras o golas —esas prendas que rodeaban el cuello con orlas y más orlas y que debieron ser entonces tan poco favorecedoras del sano resuello como lo son hoy las corbatas—, todo eso complementado con una boina con pluma y todo, o con un capote de medio vuelo. ¿Quién no ha visto acaso el célebre retrato de Enrique VIII de Inglaterra pintado por el maestro Holbein, ejemplo insuperable de esa moda tan garabatososa? ¿O, para ponernos exquisitos, el de Jacobo I Estuardo que se halla en ese museo de nombre tan embrollado como el vestuario del citado rey: el Niedersächsisches Landesmuseum? Este último cuadro ilustra bien lo aquí dicho. Sobresalen las bombachas inmensas de filigrana y seda, la capa corta de brocado de doble vista, el cuello de encaje de Bruselas, la verde y ajustada almilla también de brocado, las bandas de lienzo que llegan a las corvas y que rematan unos hermosos moños, después las medias y, por último,

las chinelas de igual filigrana que las bombachas. Por supuesto, el pobre monarca tiene una cara que delata a ojos vistas la constipación que debió sufrir ante la dificultad absoluta que significaban los desahogos corporales. Si hoy día decimos: “Perdóñenme un minuto, que voy al baño”, en ese entonces seguramente debió anunciarse a los invitados: “Perdonadme, que voy al baño. Os veré en quince días”. En las mujeres prevalecía como siempre el largo vestido que ocultaba las supuestas impudicias femeninas y los apretados corpiños que impedían hasta el menor jadeo.

En el Barroco, ya en el siglo XVII, se añadió a la moda masculina la capa larga, las bombachas se alargaron hasta cubrir toda la pierna y las zapatillas adquirieron el tacón alto y los moños abundantes. Por extraño que hoy nos parezca, la vestimenta femenina se mantuvo virtualmente sin cambios.

El siglo siguiente, el XVIII, fue testigo de las peores incomodidades y las mayores extravagancias en el vestir. Tules, brocados, encajes, sedas y casimires cubrieron entonces las redondeces femeninas y las varoniles musculaturas en un grado que jamás se había visto. Véase, si no, la moda de las postrimerías de ese espléndido siglo: barbas de ballena ligando ajustadamente los talles; senos saturados de talco y polvos de arroz asomando espléndidos por los atrevidos escotes; mangas enormes en las casacas por donde afloraban los exquisitos encajes de Brujas; varoniles zapatillas de tacón alto y hebillón; crinolinas y miriñaques que aumentaban de tamaño los traseros femeninos; blancas pelucas rociadas también con polvos de arroz en los efebos, las doncellas, los caballeros y las matronas (en el caso de estas últimas, bien se sabe que alcanzaban una altura de hasta sesenta centímetros); ajustados pantalones de seda; maquillajes, en fin, de saltimbanqui. Y todo ello aderezado con cientos o miles de piojos y chinches.

El siglo XIX fue ya más parco en el tema de la moda, y se distinguió por el surgimiento de la levita (antecesora del actual traje de calle) y de la corbata que daba tres o cuatro vueltas al gañote, la camisa de cuello almidonado o las crinolinas de metro y medio de diámetro. Nada espectacular, pues.

Hasta entonces, las modas fueron duraderas, sin el ingrediente de fugacidad que hoy resienten. Pervivían por milenios, siglos o al menos decenios, de modo que el guardarropa legado al primogénito era casi tan actual como lo había sido en los tiempos del bisabuelo, y con frecuencia las mujeres se casaban ataviadas con el mismo traje usado por sus progenitoras, si bien ligeramente olorosas a naftalina.

Pero el siglo XX, enfebrecido por la pasada Revolución Industrial y la loca carrera de la obsolescencia, dijo adiós a todo ello; las modas dejaron de ser centenarias y se volvieron, primero, propias de la década, anuales más tarde, mensuales después y semanales por último. Por ejemplo, en los fabulosos veinte se impuso entre las damas el *chemise* cortísimo, los largos collares de perlas que llegaban al ombligo, las boquitas pintadas en forma de corazón, las profundas ojeras, los listones en la frente que ocultaban las cejas, el peinado *a la garçon* o el sombrero zambullido; en los varones, el sombrero de paja, el bastón de carrizo, el saco de cotí, los zapatos de dos colores, los anchos pantalones blancos de franela, el cuello de palomita. En los mortificantes treinta, en ellas, la permanente, el vestido de gran vuelo que descendía bien abajo de la espinilla, los zapatos de correa, el moño prominente; en ellos, como en Elliot Ness, el saco cruzado, el sombrero de ala ancha volcado al frente y a veces el bombín, el gran pañuelo en la bolsa del saco, el cabello recortado a los lados. Los cuarenta fueron una década anodina en que, a causa de la guerra, poco cambió la moda. Pero en los cincuenta, al menos entre nosotros, sobrevino el pachuco con sus dilatados sacos con hombreras y prolongados hasta la rodilla, corbatas con escenas taurinas o playeras, llavero de cadena hasta el tobillo, sombrero de enorme ala, como bien lo ejemplifica Tin-Tán, y hasta negras chamarras de cuero en remedo de James Dean en *Rebelde sin causa*. Todavía los sesenta pueden identificarse por la moda vigente entonces: suéteres de grecas, trajes y zapatos a la italiana, pelucas y minifaldas, grandes copetes. Las damas empleaban en esos liberales años el *hot-pant*, la peluca Pixie o la minifalda. Después, los setenta: pan-

talones de pata de elefante, camisas de terlenka de cuello pronunciado, patillas escalofriantes, trajes Mao y medallones de la era de Acuario en el pecho, zapatos de plataforma de veinte centímetros y hasta monokinis.

A partir de entonces, todo es torbellino. Ha habido desde ropajes fosforescentes hasta los más convencionales trajes de calle. Nada en particular. Antes, la gente se ataviaba para parecer mejor, aunque sus modas nos parezcan ridículas. ¿Quién se imagina hoy poniéndose una gran peluca empolvada para salir el domingo a pasear con la familia, por ejemplo? Pero, perdida ya la distinción entre lo bello y lo feo, y extraviado el sentido de lo ridículo, no sólo no nos arreglamos, sino nos desarreglamos. Si ya la Naturaleza nos hizo feos, contribuimos empeñosamente a ayudarla. Es repulsivo el sujeto al que se ve con playera, bermudas que llegan a la espinilla, zapatos deportivos blancos y negros calcetines, al lado de un adefesio al que suponemos su mujer, con otras bermudas floreadas que dejan al viento celulitis y várices mil, calzada ésta con sandalias de caucho, y ambos con una ridícula gorra de beisbolista vuelta hacia atrás.

¡Qué pena que nuestros descendientes vayan a distinguir por una moda así nuestros tiempos atribulados! Porque, ¿cómo es posible que toda esta historia de siglos haya desembocado en esos atroces adminículos que vuelve indistinguibles a los jóvenes entre sí y que debieran prohibirse, a la vez que perseguirse a sus inventores donde quiera que se oculten?

## Cosas de la edad

Dice alguna teoría que el maquillaje femenino es el medio a través del cual la mujer trata de compensar la vistosidad característica de los machos de su especie. En efecto, el atractivo masculino no se restringe al género humano, como erróneamente pudiera pensarse; por ejemplo, el león luce una melena que la leona ni en sueños posee, el pavorreal despliega una cola que su hembra ya quisiera para un día de fiesta, y el venado, el alce o el toro —y con frecuencia el hombre— portan unas cornamentas que sus correspondientes hembras no desearían llevar por nada del mundo.

Otra teoría dice que no, que el verdadero motivo del maquillaje es el de realzar una propiedad peculiar en el ser humano, a saber: la primacía de la vista sobre cualquier otro sentido en el macho humano, a diferencia de casi todas las demás especies, que basan en el olfato la atracción por la hembra, lo que es una ventaja siempre y cuando la susodicha se encuentre recién salida del baño. De este modo, la hembra humana logra a través del maquillaje acentuar su belleza, belleza que casi siempre fracasa en la madrugada.

Hay, claro está, más teorías, pero de cualquier manera ninguna de ellas deja contenta a la dama que se descubre cada día con más verrugas, chibolas y rugosidades en la cara antaño rozagante de sus mocedades, por lo que tiene que emplear cada vez más cremas, apósitos, lociones, mascarillas y demás mejunjes que le dejen el cutis con una lozanía que oiga usted. Se gasta el sueldo en colorettes, rímel, lápices para las cejas, delineadores, tintes capilares, cremas humectantes, ungüentos oleaginosos o pinturas de uñas, todo ello en cantidades tan fabulosas que pagarían la deuda externa de numerosos países. Y a veces, ya en la desesperación por el fracaso de tantísimos potingues, acude presta al cirujano plástico

para acentuar o reducir las partes de su anatomía que menos le satisfacen, o a recortar o estirar la piel para quedar hecha una Helena de Troya.

Y es que la mujer que ha pasado de la edad madura o que se halla en ella, después de ver una hora de televisión (lo que sería un caso insólito, pues la mayoría lo hace durante cinco o seis horas), se siente poco menos que escoria biopsicosocial.

Una vez transcurridos los escasos minutos de su programa preferido —que normalmente es una telenovela de ochocientos capítulos—, sobreviene una monstruosa cadena de comerciales entre los cuales destacan por su número los referentes a las glorias de la juventud y las virtudes inconmensurables de la lozanía facial. Por ejemplo, tiempo ha, había un anuncio en que la señora —todavía bonita, por cierto— desea adquirir en la tienda departamental, a la vera de su cónyuge, un vestido garigoleado, con florecitas y toda la cosa. El marido, sorprendido, le insinúa arteramente que ya no está para un vestido así, sino en todo caso para un honorable traje sastre, negro además, porque su belleza de antaño se ha ido al cuerno. La dama asimila estoicamente la atinada observación de su hombre, la considera inapelable y se priva del vestido. Pero ni corta ni perezosa corre a la farmacia más cercana y pacta ahí la compra de una prodigiosa crema facial que contiene proteínas de todo tipo, vitaminas al por mayor, otros tantos minerales y, por si fuera poco, un ingrediente secreto (PF o FP, váyase a saber), y se la embadurna por toda la faz cada noche. A los pocos días, el señor se percata estupefacto del milagro obrado por la crema: ¡las arrugas incipientes han desaparecido por completo, lo que se aprecia en forma nítida en el *close-up* que la cámara emprende! Así que vuela a la referida *boutique* y adquiere para su mujer el floreado atavío que antes le había negado. La dama, conocedora ya de la estratagema que le permitirá vaciar los bolsillos de su consorte en lo sucesivo, sonríe hacia la cámara, y entre los abrazos y besos que le acomoda aquél por su recobrada juventud, encuentra el espacio televisivo suficiente para recomendar sonriente a las telespectadoras la portentosa crema facial que contiene proteínas, minerales,

vitaminas y el ingrediente secreto (FP o PF) que pondrá un coto definitivo a las malhadadas rugosidades.

Otro anuncio del mismo producto relata el dramático caso de la señora que, feliz y entusiasmada, se aproxima sonriendo a su marido. Pero, ¡oh, desilusión!, el señor capta inmediatamente los espantosos y macabros pliegues cutáneos que se le forman bajo los ojos. Se queda como helado y hace una cara que delata su indecible repugnancia, al tiempo que le dice algo así como “Ya no eres la misma”. Por fortuna, la señora adquiere de inmediato toneladas de la prodigiosa crema facial, misma que se unge un día sí y el otro también hasta que las insidiosas patas de gallo se van por donde vinieron, tras de lo cual es amada con pasión por el cretino sujeto.

Las mencionadas televidentes, más que recibir el pretendido mensaje sobre las bondades del potingue prodigioso, terminan sospechando que lo que está en entredicho es cumplir años, por lo que a partir de entonces ocultarán su edad a piedra y lodo y considerarán una ofensa de lesa humanidad la simple e inoportuna pregunta.

Y es que así son las cosas. La televisión nos ha impregnado de mensajes subliminales o perfectamente explícitos de que lo único valioso en la vida es ser o parecer joven, pese a que una de las características más conocidas de la juventud es, en un buen número de casos, un coeficiente intelectual que raya en el límite inferior de la escala de la normalidad. En las raras ocasiones en que aparecen ancianos en los comerciales, el mensaje se refiere exclusivamente a la urgencia que hay de adquirir un seguro de vida o a la necesidad de ahorrar para pasar una vejez tranquila y no verse en el predicamento de caer en un lúgubre asilo tras de firmar el testamento respectivo.

Adiós a la riqueza de la ancianidad, al tesoro de la vejez, de la eufemísticamente llamada “tercera edad” o “plenitud”; abur a las experiencias aleccionadoras que da una vida, al caudal de lo aprendido en tantos años, a las glorias de la experiencia que ha desembocado al fin en la sabiduría.

Se preguntaba el indispensable Montaigne: “Si existe algo de que puedan enorgullecerse nuestros siglos, ¿no es acaso de saber entender a los sabios? ¿No es el fin común y último de todo estudio?”. Pero no, pues parece que el fin último es permanecer joven, por lo que nuestros modelos de una vida buena son los imberbes subnormales.

En el caso de los hombres, la edad madura o la franca vejez traen aparejadas una sabia disposición divina: cuando ya ninguna muchacha se siente atraída por ellos, ellos ya tampoco se sienten atraídos por muchacha alguna, con lo que la cuestión se ve más o menos compensada. No es el caso de la mujer, que, aun teniendo la edad de la madre Matiana, muere por ser permanentemente seductora. Así que en el supermercado arrasará con todas las píccimas que encuentre en los pasillos, y más aún si están en oferta.

Al menos eso creíamos hasta hace unos años. Hoy, sin embargo, los hombres ingresan velozmente al terreno de la cosmetología. Por lo menos, ya hay tintes especiales para los señores a fin de que puedan pintarse el bigote, la barba o los pocos pelos que les quedan, y que vienen en una extensa gama de colores que van desde el rubio escandinavo hasta el negro congolés, de modo que puedan explayar todavía sus dotes donjuanescas que van ya en acelerada mengua.

Y eso para no hablar de los jóvenes varones, quienes emplean en estos tiempos otros tintes –verdes, azules, anaranjados–, trenzas, tocados, aretes, pulseras, collares, rímel y demás parafernalia que los dejan con una facha andrógina que exige unos ojos perfectos para darse cuenta, más o menos, si corresponden al sexo que uno supone o al contrario; asisten a las peluquerías unisex, se depilan la pelambreira corporal hasta quedar más lisos que un bebé y se compran cremas de pepino y mascarillas de lodo. Por eso, en las noches de insomnio, doy gracias a los hados por ser un viejo carcamán al que ya no le importan demasiado estas cuestiones de la estética, por lo que cuido como a las niñas de mis ojos la panza de sesentón inveterado, mi irredimible calvicie y las canas que no me han dejado un solo pelo negro, todo lo cual da cuenta de una buena vida.

## Ejercicio sobre el poder

Todos tenemos algo por qué luchar en la vida: el amor, la sabiduría, la vida eterna, la fama que da dinero, el dinero que da poder, o el poder por sí mismo, que cualquiera de los fines anteriores puede ofrecer. Gran literatura se ha escrito sobre la búsqueda de cada uno de tales fines y las desgracias que traen aparejadas; no espere el lector que se repitan aquí, pues bastará que se remita al examen esmerado de Shakespeare, Goethe y algún otro.

En cuanto al poder se refiere, ya Federico Campbell nos ha ilustrado acerca de la melancolía que siempre trae aparejada en un célebre y sustancioso ensayo en el que campea su ingenio de siempre. Y así es. Que poder y melancolía van de la mano, lo gritan el anecdotario reporteril y el expediente psiquiátrico.

Póngase el lector en un caso hipotético: dispone de un automóvil de no demasiada antigüedad; tiene un trabajo que le da más o menos para subsistir; goza de un círculo de amistades de medio pelo; pasa los fines de semana en el seno familiar viendo fútbol o películas en la tele; una noche a la quincena se va a escuchar música, a bailar o, de plano, de anónima farra, y una vez por semana, para variar, acude al cine. Hace cola en el banco para cobrar su sueldo o para pagar el teléfono; se llega hasta el supermercado en busca de las ofertas del día o a los escaparates de alguna tienda pensando en que para adquirir algún día lo que ahí se exhibe habrá que trabajar duramente; se toma el café con los amigos dos o tres veces entre lunes y domingo, y todavía le es posible, si lo desea, volverse espectador consuetudinario de alguna telenovela. En fin, hace una vida clasediera sin mayores ínfulas. Empero, no se conforma con eso: anhela el poder. Por lo que un buen o mal día se dedica a

perseguirlo valiéndose de todos los medios a su alcance... hasta que finalmente lo consigue.

Así que una mañana se despierta usted convertido en un hombre<sup>1</sup> poderoso, en un reyecito de cuarta, en un político notorio, en un destacado funcionario, en un brillante ejecutivo. No hay quien no lo conozca porque aparece en la primera plana de los periódicos casi todos los días, y también en los noticiarios televisivos con una frecuencia más elevada que la de un radar intergaláctico.

Su vida, obviamente, se transforma. A las siete de la mañana, una mucama lo despierta suavemente; le sirve un café fuerte acompañado de unos huevos con tocino o de un menudo picoso, lo que dependerá de lo intenso de la farra de anoche; abre los cortinajes de brocado de su recámara y le prepara el *jacuzzi* a la temperatura precisa. Una vez bañado, en el dilatado vestidor lo aguarda la indumentaria que lucirá ese día —preparada con primor por su mayordomo— porque a las nueve tiene un desayuno de trabajo con otros tan poderosos como usted: una corbata Hamilton, un traje Armani, una camisa Pierre Cardin, unos zapatos Floorsheim. En fin, a las diez de la mañana, tras una generosa aspersión de Chanel, llega, no sin antes abordar un elevador privado, a su lujosa oficina en un automóvil con vidrios polarizados y chofer. Instruye a su secretaria a través del interfón de que no recibirá a nadie porque no le interesan por el momento los problemas de la humanidad. Se hace rosca hasta las once firmando algunos papeles o hablando por teléfono con otros prohombres que hasta ese momento han seguido exactamente la misma rutina de usted, o bien con la amante de turno. Al mediodía se dirige en su sensacional automóvil a su club exclusivo —seguido por otros autos atiborrados de guardaespaldas para evitar la eventualidad de que lo secuestren o asesinen—, donde juega un partido de tenis o de squash, y, después, a un restaurante suntuoso, donde ya lo aguardan en un privado unos señores tan poderosos como usted mismo (capos de la mafia, políticos gruesos, codiciosos

---

<sup>1</sup> O mujer, que para el caso es exactamente lo mismo.

empresarios, funcionarios corrompidos o simples hijos de papi), quienes lo reciben con fraternales abrazos, pero a los que es mejor no dar la espalda por si llevan puñales. A las tres y media, con un *coq au vin*, un lenguado a la *Schiumare* y una tarta de albaricoque en salsa de cerezas entre pecho y espalda, todo ello acompañado de un Mèdoc cosecha del 73 o de un Château Lafite del 78, regresa a su despacho, donde duerme una siesta en la alcoba anexa, con o sin secretaria adjunta. A las seis se dispone a recibir a uno que otro de sus colaboradores principales, a los que pone como camotes poblados con cualquier pretexto. A las nueve se pone a tono, con o sin secretaria, abriendo una botella de Dom Pérignon, y fragua con premeditación, alevosía y ventaja las estocadas administrativas, políticas o financieras que asestará a sus enemigos al día siguiente. En fin, a las tres de la madrugada regresa a su residencia de pisos de mármol, piscina, sala de cine, gimnasio, cuadras y demás instalaciones que nunca ha podido disfrutar dados sus múltiples quehaceres, donde ya duermen como benditos su mujer e hijos.

Claro está que hay cambios en la rutina: el golf los jueves; el viaje a la capital o a Cancún los martes; una vez al mes un viaje al extranjero para celebrar convenios o cerrar negocios; los fines de semana los pasa durmiendo como oso en hibernación las veinticuatro horas del día y soñando y añorando los días idos, los amores sinceros, las amistades verdaderas.

Y es que los amigos se han quedado atrás en la vida, y ya es impensable ir al café en su compañía cualquier tarde o jugar un dominó siquiera, porque sus camaradas de hoy son los trepadores y logreros que lo adulan a todas horas porque necesitan utilizarlo para disfrutar de un pedacito de su poder; sus empleados lo miran con temor y envidia, y ninguno vacilaría en traicionarlo a la menor oportunidad; su esposa lo ve sin amor y como un mero recurso a través del cual ella, de rebote, adquiere un prestigio que ha sido incapaz de ganar por sí misma; sus hijos, a su vez, ni lo ven ni lo miran porque usted nunca está en casa pues no tiene tiempo.

Recordará esas tranquilas tardes en que, en el supermercado, conducía un carrito donde depositaba los artículos adquiridos tras haber visto la etiqueta del precio y contado mentalmente el escaso dinero que cargaba en la cartera. Ahora, no es posible siquiera pensar en un pasatiempo así, pues sus sicarios lo rodearán para evitar cualquier desaguisado contra su persona, y serán ellos mismos quienes adquieran por usted la ropa interior, la camisa de cuadros, la corbata de bolitas que mejor le va al traje azul. A veces, es cierto, usted podrá escoger, pero lo hará al abrigo de su despacho, donde un sastre o un modisto le tomarán medidas, y en un catálogo le mostrarán otras mercaderías que una secretaria liquidará sin problemas.

¿Ir con su familia al cine a ver una película de acción, de amores o de espantos, comiendo palomitas y degustando un refresco? Imposible. Tendrá que contentarse con la video, y eso cuando tenga tiempo. Adiós también al tranquilo paseo por el parque, por las calles bañadas por una tibia lluvia, viendo los añorados aparadores o tomándose un café y leyendo un sabroso libro en el restaurante de la esquina sin que nadie lo moleste.

Si desea ir a bailar con su señora cualquier noche para divertirse de veras, deberá privarse del gusto, pues es mal visto en nuestra sociedad que un hombre pudiente como usted llegue a cualquier antro a libar una cuba y a mover el bote al cadencioso ritmo de un danzón, pues todo el mundo lo acosará, los *paparazzi* harán su agosto y será condenado unánimemente por su frivolidad.

Nada de colas en el banco, de dinero en el bolsillo, de llaves de la casa o del auto. *Arrivederci* a los antojitos en el mercado, a los taxis, al estadio para presenciar un partido de futbol entre el público bronco, a la zapatería, al tendejón de cuarta para comprar cigarros, a la comida económica de las fondas, a la Navidad estrictamente familiar. Ignorará a partir de entonces el precio de la tortilla y de la leche, el abrazo limpio y cordial de los amigos, el beso y la caricia entrañables, el espontáneo y desinteresado apretón de manos.

En fin, ya tiene el poder, y era eso lo que quería, ¿no?

## Los otros juguetes

Yo me acuerdo de los otros juguetes, no de estos de ahora que hacen a los niños violentos y feroces. Serán los años ya, pero rememoro aún los caballitos de cartón y crines y colas de estropajo amarillento, que nunca negro. Y sí, el caballito podía ser tordillo o alazán, retinto o roano, pero del pescuezo y de las ancas brotaban esos mechones pajizos que les daban un no sé qué de irrealidad. Uno, encima de él, se sentía como el *condottiere* Erasmo de Narni, *Gattamelata*, en el furibundo y desmesurado animal que Donatello esculpió y que Hiriart tan bien describe. O como el conde-duque de Olivares en el corcel pintado excelentemente por los pinceles de Velázquez.

Un caballo de cartón fijado con cola recia y engrudo y uno que otro clavo en una tabla con ruedecillas de madera tenía, por supuesto, sus inconvenientes: en pose siempre sosegada, el mata-lón no era imaginable galopando, por lo que cuando corría empujado por los otros niños entraba en contradicción consigo mismo. Era entonces —y lo es aún en los pueblos pequeños— elemento escenográfico esencial del fotógrafo de plazoleta, para que sus clientes, ataviados ellos con un sombrero de mariachi, y ellas a mujeriegas sobre el corcel y con rebozo, remembraran los tiempos idos del zapatismo cabalgante.

O el trompo. En el mercado o en la tienda de la esquina vendían trompos de madera con todo y piola por un peso o dos, antes de que la moneda nacional se volviera simple barredura. Y era pasión sacar los quintos del círculo dibujado en la tierra del patio. La piola se enredaba en el trompo como la boa al jíbaro, tras de lo cual venía el aviente para ponerlo a zumbar, y ya zumbando se levantaba con la palma de la mano para, a media altura y en corto y ominoso vuelo, estrellarlo contra la moneda a

fin de expulsarla del círculo si la destreza era mucha o si el tamaño de la apuesta garantizaba el alivio de la glotonería inaplazable.

También el balero (;quién juega ya el balero?) con sus cachirules y sus giros a un lado y otro del antebrazo, muñequando con habilidad para después, ¡tras!, ensartarlo en el palito, que entonces –¡oh, tiempos dorados!– no tenía las freudianas proclividades fálicas que se le supondrían hoy. Diez, veinte, treinta cachirules. Ensartado ya el balero, se desprendía de ahí con donaire jalando con el índice el cordón para reiniciar las voladas.

El yoyo, antes de volverse pronombre preferido del intelectual vanidoso, policromado por fuera y áspero por dentro (el yoyo, que no el intelectual), se barría en el extremo del cordel y, barre barriendo, se le columpiaba, se le hacía caminar por el suelo o se le giraba sobre la cabeza en un revoloteo deslumbrante para después ascenderlo hasta la mano, que le daba el impulso para la siguiente suerte.

Y no se nos olviden las canicas –las de ágata, los cayucos o las agüitas–, con sus seguidillas y sus pollas, que sacaban a otras canicas de un círculo similar al usado para el trompo, para lo cual el pulgar servía de robusto ariete, después de haber penetrado como requisito en un agujero del tamaño de un dedal.

Los yoyos, las canicas o el trompo tenían, como todos los otros juguetes, su temporada. Cuando estaba vigente la de las canicas, alguien llegaba a la escuela con un yoyo o un balero del año anterior o recién comprado, y adiós a las canicas, pues al otro día, sin saber cómo, todo el mundo llegaba con el juguete puesto de moda nuevamente por la ocurrencia del más heterodoxo de los condiscípulos.

Un mal día desaparecieron los yoyos y los trompos, o se les relegó, convertidos en plástico, a los puestos de artesanías y sin muchos consumidores, en tanto que las canicas ocupan hoy un estante en las papelerías jamás frecuentado por las dependientas, quienes se preguntan por las noches, en el tormento del insomnio, para qué demonios servirán esas pequeñas esferas.

Eran, en fin, tiempos frescos y sencillos; de cualquier cosa se hacía un juguete que realmente se jugaba y se gozaba y enriquecía a la vez el ingenio. Un palo de escoba con una rueda clavada en un extremo –fabricada con la tapa de hojalata del betún de los zapatos– adquiriría, por obra y gracia de la imaginación, la galanura de un Bucéfalo o el donaire de un Babieca, y ahí iban los niños correteando por el jardín sintiendo que eran verdaderamente el Cid Campeador redivivo y que, como él, habrían de ganar las batallas de una vida que les parecía entonces eterna. Vivían el juguete porque era su complemento natural. En virtud de ese palo de escoba, podían transmutarse también en el Llanero Solitario, en Roy Rogers o en Gene Autry, y, cuando hacía las veces de espada –ya no de cabalgadura–, en D'Artagnan o Sir Lancelot.

Las niñas, a su vez, se entretenían con las muñecas de trapo y cabellera de lana, cuyas caritas eran pintadas a mano por burdos artesanos. Pero duraban una vida, y las chiquillas las arrullaban, las dormían o las curaban como si fueran menudas Florencias Nightingales, y, sobre todo, las amaban de veras, sin que ese cariño fuera disminuido un ápice por el uso o la guarrería contraída al cabo de los años.

Pero entonces los comerciantes “sacaron” los juguetes del niño, los alienaron de él, y se les convirtió en un producto mercantil para su venta al por mayor. La ingenua imaginación de los chicos se transfirió a la creatividad de los jefes de las cadenas en serie y a los diseñadores profesionales, al tiempo que su consumo se obligó desde la televisión poniendo en aprietos a los padres en razón de los elevados costos de los nuevos juguetes. El niño se liberó de la fastidiosa tarea de pensar e imaginar, y los trastos que ahora salían de las manos de los profesionales de las grandes fábricas lo debieron hacer acompañados de un instructivo de cómo usarlos y sin las pilas correspondientes. La indispensable simbiosis niño-juguete se fracturó para siempre, y aquél debió asimilar como si fueran propios los intereses lúdicos de los adultos, quienes supusieron, inexplicablemente, que a los niños les fascinaban los elaborados automóviles a control remoto, las muñecas parlanchinas, las

réplicas de los violentísimos personajes biónicos del cine y la televisión, los fantoches hacelotodo, el armamento sobrecogedor del futuro, los grotescos *transformers*, que ahora son máquinas estuendas y un instante después feroces dinosaurios. El niño, así, se volvió un simple operador del juguete y dejó de ser su necesaria contraparte. Peor aún, los niños dejaron para siempre de jugar, inmersos e idiotizados ante las pantallas de los llamados videojuegos, donde pueden desplegar una violencia tal que ni siquiera Hitler soñó en sus más frenéticas obsesiones.

Y es de verse ahora la angustia de los padres en las fechas en que deben regalar juguetes a sus hijos, como la Navidad, el Día de Reyes o el simple cumpleaños. Se les ve vagar en los pasillos de los supermercados confundidos y agobiados ante tantos productos desnaturalizados y castradores fabricados exprefeso para el deleite infantil: ingenios electrónicos, aditamentos cibernéticos, figuras plásticas de formas insólitas, alejados todos ellos sideralmente de la añorada muñeca de trapo, de las pulidas canicas, de los trompos chilladores, del volandero yoyo, de todos esos viejos cachivaches que duraban eternidades. Y ven su congoja acrecida cuando saben —porque lo saben— que estas nuevas maravillas tecnológicas sólo subsistirán un día o dos días a lo sumo, antes de que terminen su corta vida en el basurero, levantadas por la escoba cuyo cabo se estará riendo a esas horas, consciente del Bucéfalo que guarda en su interior.

## Cosas graves sobre el turismo

A muy pocos de nosotros nos gustaría –si pudiéramos– ir a Roma, Nueva York o París a comer tripititas de leche o tacos de chicharrón en salsa verde, porque ese propósito se vería mejor cumplido en El Parián de Puebla o en el mercado municipal de Oaxaca. Si fuésemos, no obstante, a las ciudades mencionadas en primer término, apreciaríamos que los guías de turistas nos mostrarán, en cada caso, el Coliseo romano, el puente de Brooklyn o el palacio de Versalles, respectivamente, y que nos dieran a probar –también respectivamente– un espagueti a la carbonara, *hot dogs* con papas fritas y mucha salsa catsup o un fastuoso coq au vin de rechupete. Nadie, en fin, pagaría miles de dólares para echarse un vuelo hasta Osaka para comprar sombreros de charro o artesanías de Quiroga, y menos aún viajaría a Estocolmo con el propósito de adquirir botines hechos en León.

Irámos, pues, a maravillarnos con lo que esas ciudades o países poseen y que bien disponen para el turista, porque eso es lo que éste busca, no lo que ya tiene en su país o terruño. Porque hablamos aquí también de terruños. ¿O es que usted se moriría de ganas por echarse al colete un caldo largo y un filete relleno de mariscos en, digamos, Aguascalientes? ¿O una carne asada sonorense o un pozole de Jalisco en, por ejemplo, Mérida? Nunca. A la capital regiomontana acudiríamos prestos para ingerir un cabrito al pastor y a admirar el cercanísimo e impresionante Cerro de la Silla, y a la Ciudad Blanca unos papadzules, un poc-chuc y a caminar desenfadadamente por el Paseo Montejo.

Y viene al caso toda esta pesada y geográficamente erudita introducción porque aquí en México no agarramos la onda todavía en estas cuestiones del turismo, y no me refiero tan sólo a los secretarios del ramo, sino a todos cuantos tienen las manos meti-

das en esta hasta hoy próspera pero ya declinante industria sin chimeneas: restauranteros, hoteleros, guías, comerciantes y demás.

Nuestra hospitalidad con el turista está llegando a un grado tal de confusión, que consideramos que el gringo en bermudas y lentes oscuros o el francés de lentes oscuros y también en bermudas que arriban a México únicamente apreciarán todo lo que los haga sentirse como en su país de origen y, a la vez, que abominarán lo que nos es tan característico, pero que, a fin de cuentas, es precisamente la causa última de que se hayan llegado hasta estos rumbos.

Supongamos, para explicar este galimatías, que tenemos un turista y un lugar turístico; optemos, para ser más claros, por un rubio estadounidense y por el hermoso puerto de Acapulco.

Cuando el blondo trotamundos llega a ese lugar, encuentra en el aeropuerto letreros por todas partes que para indicar “puerta” dicen “*gate*” y que para señalar los sanitarios dicen “*gentlemen*” y “*ladies*”. A partir de ahí, hallará los mismos letreros en cada hotel, playa o bar a los que acuda durante su larga o breve estadía.

Sorprendido el gringo, había supuesto hasta ese momento que en México se hablaba español. Pero los meseros le preguntan solícitos en un inglés oxoniano qué se le ofrece tomar o comer tras un impecable “*good morning*” o un “*good afternoon*”, y al salir a la calle encontrará tiendas, hoteles y cantinas cuyos nombres son Redstone's, Ambassadors, Harry's Bar, Woolworth; ya medio agotado, hallará, caminando por Caleta o por las afueras de Puerto Marqués, grandes letreros que rezan: *Real estate, Cars for sale, Gin & beer, Cheap margaritas o Totally nude girls*. En la noche se va, por supuesto, a una discoteca para bailar al ritmo de Prince, The Cramberries o U2 (o lo que esté de moda en este momento), aunque puede ver por las inmediaciones mexicanísimos mariachis que han cambiado ya los botines por robustos bostonianos, muy similares a los que el citado peregrino utiliza para ir a la chamba en su natal Detroit. Cuando el hambre arrecia, a eso de las dos de la mañana, hace fila ante un carrito que vende *hot dogs with chili*, o se hace presente en el Sanborn's más cercano a sus entrañas.

Y ya en el hotel, pensativo, a oscuras al lado de una rubia y con la mirada clavada en el techo, se dice a sí mismo: “¿Y para esto vine a México? ¿Para comer hamburguesas y *hot dogs*? ¿Para hablar y oír hablar mi propio idioma en todos lados? ¿Para ver *walkmans* (¿o se dice *walkmen*?), Reeboks y un bolón de artículos de fayuca en cada tienda “de artesanías”? ¿Para ese chiste me voy a Nueva York!”. Y todo eso se lo dice a sí mismo, claro está, en inglés.

Los de la industria turística jamás se enterarán de los pensamientos de este atribulado explorador. Antes bien, duermen como candorosos querubines a esa misma hora pensando que han cumplido con su deber de impulsar el conocimiento de nuestras costumbres, productos y bellezas naturales. Pura cultura, pues. El turista, por su parte, apenas amanece toma el avión para irse a toda velocidad a la Patagonia a ver si allá puede conocer algo de Latinoamérica.

A la inversa, imagine el lector lo que ocurriría si estuviese en el mismo caso del turista que nos visita. Suponga que toma un avión para ir a conocer Roma, pongamos por caso. Cuando arriba al aeropuerto de Fiumicino ya lo está esperando el mariachi que le da la bienvenida interpretando magistralmente el son de *La negra*; a la vez que una señora de edad se le aproxima discretamente y le planta en la cabeza un sombrero de charro cuando usted menos se lo espera.

Al salir del edificio, se topa de pronto con innumerables puestos en los que se venden tortas, tepache, chalupas y tacos de nana, cachete y cabeza, arriba de los cuales hay grandes letreros que ordenan: “¡Pásele, marchante! ¡Ricos tacos sabrosos y baratos de a peso!”. Toma un taxi carísimo que lo lleva al hotel a lo largo de calles ruidosas y sucias. En cada alto de semáforo, numerosos menores arrojan jabón al parabrisas y lo lavan a chaleco, mientras que los pordioseros se arremolinan a su alrededor pidiendo una limosna, a quienes aleja el taxista gritándoles: “¡Chale, sáquense por ahí!”. Al llegar al hotel, después de que el chofer ha dado vueltas y más vueltas por la ciudad para que la cantidad que marca el

taxímetro se vaya a las nubes, se da cuenta de que le bajaron medio equipaje sin que se percatara de ello. En el hotel no hay agua caliente, el espejo del baño está quebrado, las toallas brillan por su ausencia, el televisor no sirve y la recepción no le contesta.

A pesar de todo, sale hambriento a la calle para entrarle a todo colmillo a una exquisita *lasagna* o a una botella de Brolio, cosecha 1983, pero sólo encuentra loncherías, expendios de tacos al pastor, latas de tamales y aguas de jamaica y tamarindo.

Se dirige a la Plaza de San Pedro o al Coliseo y se encuentra que hay una manifestación de maestros, por lo que no puede pasar. En el ínterin, lo asaltan tres veces seguidas, y cuando se aproxima a los *carabinieri* para denunciar el robo, estos lo asaltan también. Con el poco dinero que se ha metido en el caletín previendo tales atracos, penetra en una *trattoria* que ha encontrado de milagro para escuchar en su interior, ya de pérdida, *O sole mio* en voz de Pavarotti, pero le informan que ahí sólo venden sopes y huaraches con nopalitos, mientras brota de las bocinas *Amorcito corazón*, cantada por Pedro Infante.

Así las cosas, regresa de inmediato a México, porque para aguantar allá lo mismo que hay aquí, para qué demonios irse tan lejos. Pero en Roma, donde se inteligen perfectamente bien las cosas del turismo (no por menos fueron los romanos, como ningún otro pueblo de la antigüedad, quienes vieron pasear por las calles de su ciudad fenicios, árabes, judíos, vikingos, ostrogodos y demás), se sabe bien que quien visita esa magna ciudad anhela conocer la Plaza de San Pedro o la Capilla Sixtina, devorar un fettuccini, tomar un buen vino tinto de la región de Areto, caminar por la Vía Apia. Y eso ofrecen. Y por eso les va como les va, acumulando divisas en dólares y euros por montones. No como a nosotros, empeñados siempre en hacer que los turistas se sientan “como en su casa”, literalmente hablando, en un afán bastante torcido de la hospitalidad. Digo yo.

## Los demonios deben morir

A través de la historia, la imaginación popular ha sido generosa en eso de inventar monstruos, espantos, aparecidos, íncubos y súcubos, cuyo límite en número y apariencia raya en lo pasmoso. Ni los caldeos, los aztecas, los celtas o los incas escaparon a ese encumbrado vuelo imaginativo que ha engendrado aberraciones y absurdos sobrenaturales.

Ahrimán, Balberith, Moloch y muchos otros demonios del panteón miltoniano se encargaron de sobrecoger y aterrar al mundo antiguo, pero ni todo el desarrollo del saber y la ciencia han detenido la invasión que sobre la mente humana han llevado a cabo desde siempre otros innumerables maldecidos. Si antes fue Baal, hoy son los engendros de *Poltergeist*; si en la Colonia novohispana la Llorona reinó sobre las demás apariciones, en nuestro tiempo perviven todavía los hombres-lobo, los jinetes sin cabeza, los muertos vivientes o zombies, los vampiros y toda la pléyade de endemoniados que saturan, que hartan las pantallas cinematográficas y televisivas, a los que se han añadido, desde el incidente Roswell, los extraterrestres.

El emperador Augusto, en sus epístolas a Tito Livio, narra ya el terror provocado por la mujer-pep que asolaba la región tarentina y que arrojaba burbujas que producían lepra a quienes eran tocados por ellas, leyenda que el ilustre historiador incorporó a sus *Décadas*. Jacopo Volaterrano, en el siglo XV, dio tintes sobrenaturales a la vida de Roberto de Lecce, el famoso predicador romano —“franciscano observante de grande fama”, le llama—, quien vio aterrorizado cómo en uno de sus concurridos sermones salía de entre la multitud un demonio babeante que intentó arrojarlo a una grieta, abierta de improviso en las losas, de la cual salían lenguas de fuego. La muchedumbre lapidó entonces, “con

mucha violencia e impiedad”, a la horrible criatura, quien desapareció entre miasmas y hedores dejando ileso al apóstol.

¿Y quién no recuerda uno de los fantasmas más sobrecogedores de la literatura isabelina, el del padre asesinado del príncipe Hamlet, en la soberbia obra de Shakespeare?

La Nueva España fue ubérrima productora de consejas de espantos y aparecidos, que tan magistralmente recogió don Luis González Obregón en *Las calles de México*. Pero no debe olvidarse a un oscuro escritorzuelo, don Gome de Fernández Balcázar, autor de un delicioso librito, ya desaparecido de toda librería, intitulado *De cómo los horribles demonios se apoderan de las almas de los hijos de Dios*, en el que narra las mil y una formas que adoptan los endemoniados.

Muchos otros personajes sobrenaturales e imponentes surgieron después de la pluma y la imaginación de escritores conocedores de la atracción apasionada del hombre por lo fantástico. Destaca, por supuesto, el monstruo espléndido creado por el doctor Frankenstein con la morcilla proveniente de cadáveres humanos: un ojo por aquí, una oreja por allá y un páncreas acullá. Mary Shelley, en virtud de ser nada menos que la señora del eximio poeta Percy Bysshe Shelley, dio a la estampa el célebre libro en 1818, a la tierna edad de veinte años, sin pensar que su obra –surgida durante un íntimo certamen entre Shelley, la propia Mary, el poeta Lord Byron y el conde Polidori–, iba a espeluznar a sus lectores de los dos siglos siguientes.

Cuarenta años antes, un bibliófilo y editor de libros exquisitos, Horace Walpole, tal vez influido por la finca gótica en que pasó sus mejores años, había escrito un libro nutrido de fantasmas y engendros semejantes: *El castillo de Otranto*, dando principio a ese género conocido como la “novela gótica”, que por tantos años acalambió el cerebro de los lectores. Y entre Walpole y la Shelley hubo una escritora, Ann Radcliffe, que logró el mismo resultado con la segunda gran novela del género citado: *Los misterios de Udolfo*.

Es menester dejar en el tintero a tantos y tan variados entes sobrenaturales, pero no puede omitirse a Drácula, ese heredero de

Vlad *El empalador*, que puso en boga un escritor también inglés llamado Bram Stoker en 1897; a los espectros de *Otra vuelta de tuerca*, de Henry James, aparecido un año escaso después, y menos aún al simpático fantasma de Canterville, creación ésta debida al genio de Oscar Wilde.

Es curioso, empero, el fenómeno en que la imaginación anónima y colectiva –que no busca las glorias literarias ni tampoco hacer la crónica de los sucedidos extravagantes de un tiempo y lugar determinados– engendra entidades que azoran, que estrañan la mente, que hacen imposible el gozo de la soledad, porque de pronto adquieren una existencia propia en la que la razón resbala.

Todos hemos hecho aportaciones a esta enorme antología de lo hórrido sin que nos interese siquiera reclamar derechos de autor. Lo que contamos como ocurrido a nosotros, muchos más lo asimilan, le agregan detalles distintos y, al hacerlo, lo recrean como propio, como ocurrido a ellos, al tiempo que lo difunden en otros ámbitos, y así sucesivamente. Lo abominable, lo turbio y execrable está siempre con nosotros como si fuese una segunda conciencia, como un *mister Hyde* que se oculta en lo más recóndito del doctor Jekyll. En esa medida, arriban a nosotros los sucesos más insólitos, los demonios más diversos, y les damos abrigo para que más tarde, como los grajos, nos saquen los ojos.

En un inacabable intento de violación de nuestra realidad tangible, inventamos fábulas en las que participamos de lo atroz; nos apropiamos de las consejas oídas aquí y allá y nos convertimos, en pleno ejercicio de la imaginación desafortunada, en sus protagonistas: “A mí me pasó una vez que...”.

Porque, ¿quién de nosotros no ha vivido –o creído vivir al menos– un suceso sobrenatural? Lo inusitado es playa donde todos ponemos pie, tarde o temprano. Nuestra percepción está siempre abierta a esa posibilidad, y hasta el acontecimiento más nimio para el cual carecemos de respuestas lógicas pasa a convertirse de inmediato en una conspiración que en nuestra contra emprende Lo Desconocido.

La física está llegando a sus fronteras, la biología obra maravillas cotidianas; la ciencia como tal, y su hijastra la tecnología, alcanzan territorios impensables que superan en pocos años lo logrado en el curso entero de la historia humana, y todo ello ha derrotado al antagonista de lo sobrenatural horripilante.

Aun así, pervivimos prendidos a nuestros constituyentes más arcaicos, a esos demonios que, como explicación de lo inexplicable, hemos inventado y que todavía se niegan a morir.

Y ahí vamos, avanzando a pasos agigantados y retenidos en lo primitivo por las creencias más obtusas. Nuestra imaginación nos impulsa y a la vez nos detiene: es la Llorona del brazo de la computadora. Triste, pero así es.

## La aventura gastronómica

No hace muchos años que apareció en la televisión inglesa un tipo robusto y reidor como pocos. No era un físico célebre que hubiera resuelto el problema de la fusión nuclear, ni un locutor deportivo que nos informara los resultados del último partido de badminton. No, los conductores del programa lo presentaban en vivo y a todo color porque era poseedor de una característica notable: había comido cuanto ser vivo o muerto alberga esta Tierra nuestra. En efecto, había devorado desde ratas hasta arañas, desde cortezas de árboles estrambóticos hasta apetitosos camarones cocidos en salsa de tamarindo, y, por supuesto, desde escolopendras hasta escalopas a la Rochefoucauld.

De todo lo ingerido, mucho de ello le desagradó, pero según su experto paladar sólo existe un organismo incomible: el moscardón, que, aquí entre nos, es el nombre refinado de la vulgar mosca panteonera. Y lo es porque —de acuerdo con Timothy Anderson, que es el nombre de tan conspicuo catador— este bicho es tan amargo que provoca con frecuencia la parálisis de los músculos esofágicos, o, más regularmente, el simple e incontenible vómito, lo que el lector puede comprobar por sí mismo si lo desea.

Su peculiar filosofía de la vida lo ha llevado a proponer para sí un epitafio *sui generis* que aquí traducimos guardando la debida consonancia: “Vino a este mundo a tragar, y bien que cumplió su misión: del alacrán al gorrión, a nada negó el paladar”, epitafio éste que se hace eco de ese refrán que nos es tan propio: “Que muera Marta, pero que muera harta”.

Quien escribe estas humildes líneas opina que hace muy bien el señor Anderson al catar todo lo catable, porque ha de ser espantoso estar en trance de muerte y tener que confesar que

nunca se comieron gusanos de maguey ni hormigas chicantanas debido a un absurdo prejuicio gustativo que no encuentra respaldo en la realidad.

Por ejemplo, los cazadores de la tribu africana de los masai afirman que la vagina de elefanta es deliciosa cuando se come asada y con una guarnición de yerbabuena, y que igualmente la lengua del oso hormiguero es un platillo que haría babear a los dioses, aunque ya no indican cómo cocinarla. En este México nuestro se come todavía ese perro alopécico llamado ixquintle, la rata de campo, la víbora de cascabel, el caracol de los panteones, la iguana y un roedor delicioso: el tepezquintle.

A mí, más que las alimañas, francamente me repugna esa gente ducha en comer tacos de trompa, tripas de leche, criadillas de toro o tostadas de cueritos, pero se niega a echarse al coletto un buen plato de gusanos de maguey, unos tacos de hormigas chicantanas, unos tacos de chumiles, unos filetes de víbora o un armadillo al mojo de ajo.

En una ocasión, verbigracia, acompañaba en un restaurante a una hermosa dama que devoraba un espléndido coctel de ostiones, tras del cual se rezumbó otro de camarones. Comenté inocente que los ostiones, al fin moluscos, tenían un gran parecido físico con las babosas, y que los camarones me parecían muy semejantes a las larvas que conocemos con el tétrico nombre de “gallinas ciegas” y que encontramos en la tierra de las macetas. La dama dejó a un lado del plato la cucharilla que ya llevaba velozmente a la boca, me miró fijamente a los ojos y en su boca se dibujó una descendente curva. “¡Eres un cerdo!”, espetó, tras de lo cual se levantó dejándome con un palmo de narices y, por supuesto, con la cuenta. Apesadumbrado, no me quedó más remedio que observar con la debida atención los camarones causantes de mi fracaso romántico, y los vi blancuzcos, encorvados, agusanados pues, por lo que concluí certeramente que sí, que eran en efecto idénticos a las gallinas ciegas y que la dama en cuestión era una perfecta imbécil.

Si el lector llega a ir algún día a Oaxaca, lo que en estos tiempos es ya una proeza por lo caro que está todo, en el mercado

municipal verá chapulines fritos en cada puesto, los que, si se atreve a llevarlos a la boca, encontrará exquisitos, sobre todo como botana y al lado de una gélida cerveza. Y si va a los llanos de Hidalgo podrá disfrutar los multicitados y succulentos gusanos de maguey, los escamoles o los jumiles. Si anda por el desierto de Vizcaíno, en Baja California Sur, quizá prefiera comer un apetitoso caldo de culebra.

Lo importante, en fin, es que nadie se niegue a saborear lo que es de suyo saboreable y que no se restrinja a las trilladas carnes de res, de cerdo, de gallina y, aunque más raramente, borrego o chivo. Y si se es vegetariano, ¿por qué no probar el chayoteztle, pasar por los nopales y terminar en el plátano fermentado?

En fin, démosles a nuestro paladar y estómago unas merecidas vacaciones y la oportunidad de salir de lo rutinario y trillado para que se aventuren en el más allá del arte culinario, para lo cual no estaría nada mal que comenzáramos por probar ese inevitable alimento del futuro que será la cucaracha. En todas las casas hay, en unas menos y en otras más. Tal vez fritas en aceite de oliva, al mojo de ajo, a la vinagreta, en adobo o, como los camarones, en coctel, nos abran paso a una inigualable travesía por ese desconocido mundo de la gastronomía. Ya míster Anderson las probó y nos informa que son verdaderamente deleitables, a pesar de que las espinas de sus patas raspan un poco el gástrico cuando lo atraviesan rumbo al vientre. Así pues, con tales recomendaciones de un experto, ¿a qué temer?



## De héroes y bellacos

En la televisión, durante la llamada “barra infantil”, aparecía hace tiempo, entre muchos más, un personaje extravagante, de cara gatuna, orejas y bigotes también gatunos y cuerpo robustísimo, merecedor indiscutible de la portada de *Muscle Power*. Aventuro sin más que era el villano de la serie, pues un personaje con tal musculatura debe tener el cerebro reducido a una minúscula nuez, y un tipo con cerebro de nuez no podría jamás luchar por la justicia ya que hasta el más cretino de los delincuentes escaparía de sus manos vengadoras. Pero para mi sorpresa, resultó que era el héroe. Sentí, pues, esa confusión tan característica de los personajes de El Llanero Solitario, que cuando lo ven con antifaz sospechan de inmediato que es un forajido y que, por ende, no puede estar imbuido de la bondad y la justicia con que efectivamente lo está. Y es que no se puede racionalmente creer que un sujeto con rostro felino o cubierto de mil modos esté entre nosotros para salvar al mundo de las perversidades mil que los malandrines cometen para tomar o conservar el poder o el oro.

Pero así ocurre con la casi totalidad de los paladines televisivos o gráficos que los niños idolatran e imitan. O al menos los menores de antaño. Unos de tales campeones poseen semblantes exóticos y otros se disfrazan para hacer el bien, como si hacerlo fuera vergonzante. Igual ocurre con los villanos: siempre con disfraz para cometer sus fechorías y vejaciones, sean estas extragalácticas o meramente terrenales.

Y uno se pregunta por qué tanto rebuscamiento. Pareciera ser que la puesta en práctica de los inauditos y colosales poderes de que están dotados unos y otros requiriera obligadamente el empleo de atuendos estrafalarios, lo que ya tiene añejos antecedentes en Clark Kent o Bruno Díaz (el Bruce Wayne de los primos del

norte), incapacitados para luchar contra el mal y en pos de la rectitud a no ser que empleen, el primero, coqueto mechón en la frente y traje de malla y, el segundo, traje de negro caucho y orejas de perro pastor alemán que ocultan sus “verdaderas” personalidades. Únicamente con esos atuendos es posible su transformación en Supermán o Batman, respectivamente.

En su obsesivo afán, este último llega al extremo de anteponer el prefijo “bati” a cuanto artículo posea o utilice: batimóvil, baticueva, batiavión e incluso batichica (como curiosidad, ¿cómo le llamará a la batidora que debe tener en la cocina?), cuando, si debemos ser fieles a una precisa traducción del *bat* inglés, nuestro Bruno Díaz debiera nombrarlos, respectivamente, murcie-móvil, murcie-cueva, murcie-avión y murcie-chica.

Algo similar ocurre con los bribones. Ya Ming, el del planeta Mongo, empleaba en la serie de Buck Rogers una especie de bonete que acentuaba la verticalidad de sus cejas y la angulosidad de su rostro diabólico, y Darth Vader, el de la Guerra de las Galaxias, se ponía en la testa algo semejante a un fuliginoso platillo volador. Ambos, claro está, portaban asimismo negras y draculescas capas.

¡Tan fácil que le sería a Supermán aprehender a los malhechores sin necesidad de introducirse en estrechas cabinas telefónicas o en lóbregos callejones para mudarse de ropa!; ¡tan sencillo que le resultaría a Batman imponer sus criterios justicieros sin tener que ir a su caverna para vestir su incomodísimo traje!; ¡tan elemental que le sería a El Pingüino volar la Tierra toda sin menester del azul y anacrónico frac de director de orquesta sinfónica! Pero no, todos ellos deben recurrir al estrambótico y grotesco traje para hacer los dos primeros el bien y el último el mal.

Uno de los antecedentes más remotos de esa necesidad tan peculiar es El Fantasma, el célebre personaje de las tiras cómicas de los años treinta, rescatado por el cine hace ya algún tiempo, metido a fuerza en un atavío color lila propio para practicar aerobics, con una capucha con antifaz igualmente ajustada, y con el inconveniente adicional de tener que luchar por el derecho y la

razón en el cálido corazón del África ecuatorial, por lo que su higiene personal debió haber estado en permanente entredicho.

La explicación que daban los autores de estos *comics* de la inverosímil vestimenta de sus héroes es que, ocultando su personalidad, salvaguardaban la seguridad de sus allegados. Siguiendo la lógica aristotélica, uno no se explica claramente esa justificación, porque, veamos, ¿qué demonios ganan Batman, Linterna Verde o Aquamán con andar disfrazados? ¿A quién ponen en peligro? Podría suponerse que sólo Batman necesita el disfraz para ocultar su equívoca y anómala relación con Robin; si es ese el motivo, santo y bueno. Pero, ¿y Darth Vader?, ¿y el Hombre Araña? Además, si la seguridad de los allegados es la razón que mueve a los héroes para ocultar su identidad, habría que preguntarse si de veras tendría algún valor preservar la vida de una cretina como Luisa Lane, incapaz siquiera de columbrar que Clark Kent y Supermán son la misma persona, confundida como está por los anteojos y el traje de aquél. Si no puede hacerlo en razón de tales aditamentos, habría que imaginar su extrema confusión si, por ejemplo, fuera al mar con el reportero de *El Planeta* y éste saliera de los vestidores con lentes oscuros y bermudas: pensaría que entró en ellos una persona y salió otra completamente distinta. Y peores cosas sucederían si, pasando una noche a su lado, lo viera despertar despeinado y legañoso. Eso es, como digo antes, cretinismo puro.

A las heroínas y a las villanas les pasa lo mismo. Unas y otras son por lo regular hermosas, aunque las primeras tienen el dulce rostro de Doris Day y las segundas el desalmado de Marlene Dietrich. Casi todas, empero, usan calzoncitos brevísimos o un vestuario más ajustado que el presupuesto familiar, y algunas, como Sheena, la Reina de la Selva, un exiguo atavío acapulqueño, al igual que el abuelo de todos los héroes selváticos: el conde de Greystoke, mejor conocido como Tarzán de los Monos.

Con tantos disfraces carnavalescos, con tantas sinuosidades para ejercer la justicia y la benevolencia, y con tantos zig-zags para practicar la maldad y la traición, ya no se sabe bien a bien quiénes son los buenos y quiénes los malos.

Este mundo de irrealidades, esta extrema confusión parece tomar cuerpo en nuestro tiempo y país. A diario, los personajes que algún día nos parecieron paladinescos se tornan de pronto malvados, y a la inversa. Se va uno todos los días con las peores fintas.

Porque ocurre que cuando se supone que los líderes obreros pertenecen al bando de los campeones justicieros en virtud de su cotidiana y denodada lucha por el bienestar de sus representados, resulta que no, que son una sarta de sañudos delincuentes. O aquel político, de quien se juraba y perjuraba que era de los malos, termina siendo un prohombre inigualable y un dechado de virtudes democráticas.

¿No sería posible, acaso, que estos y otros más utilicen ropajes a tono con sus intenciones para poder distinguirlos? Así, ese funcionario sátrapa y rastrero como pocos podría ponerse unos mallones negros como su alma y un antifaz que oculte sus pérfidas intenciones, en tanto que el preclaro líder usaría mallas de colores pastel y un casco dorado y refulgente. Hasta sería posible que uno que otro *yuppie* zalamero y abyecto parodiara a ese extraño personaje de Supermán, XPJKLFRTSWVXYXVY, de modo que bastara hacerlo pronunciar su nombre al revés para mandarlo sin boleto de vuelta a la quinta dimensión.

## Dos profundas reflexiones

1) En un pueblecito perdido en el Medio Oeste norteamericano, a un *sheriff* de elevadísimo coeficiente intelectual se le ocurrió durante una noche de insomnio el remedio paradigmático, la verdadera panacea para evitar los accidentes de tráfico causados por el alcohol. Apenas le llamaron sus subordinados para decirle que habían detenido a un automovilista en palmario estado de embriaguez y aliento petrificador, quien no recordaba siquiera cómo se llamaba, y menos aún la fórmula para resolver las ecuaciones diferenciales de noveno grado, se irguió en su lecho, se encasquetó las botas y el sombrero (o el quepís: la nota periodística no informaba exactamente qué fue lo que se colocó en la cabeza) y salió como alma que lleva el diablo rumbo a la prisión (es de pensarse que debió retornar de inmediato a su casa para ponerse el resto de la vestimenta al descubrir que iba casi desnudo, lo que la nota referida también calla). Ya ahí, decidió que el beodo conductor durmiera la mona en una bonita celda. Pero apenas éste despertó dispuesto a pagar la multa correspondiente, lo que hizo el *sheriff* de marras fue llevarlo al anfiteatro municipal para mostrarle a las despanzurradas víctimas de este tipo de accidentes. Dicen que el delincuente salió de ahí más verde que un mango en febrero y que nunca en su vida volvió a tomar cuando debía conducir un auto, ni tampoco a manejar un vehículo si ansiaba echarse unos tragos.

En efecto, al menos en ese pueblo, los conductores achispados tienen ahora la oportunidad de observar gratuitamente cajas torácicas desquebrajadas, fémures al viento, intestinos desbordados, sesos expuestos. El susto, según puede verse, es mayúsculo, y más todavía la impresión de imaginarse en esas gélidas planchas de la

morgue esperando el bisturí y las tijeras del forense, y todo por no guardar la compostura cuando de conducir se trata.

Santo remedio, como se dice arriba. Los automovilistas así tratados no vuelven a sentir el menor deseo de entremezclar el ardiente fluido de Baco con el acelerador de Henry Ford. El dicho tan resobado de que nadie aprende en cabeza ajena tiene en este caso una excepción crucial. Siendo tan lógico el remedio, bien podríamos emplearlo en nuestro país para muchos otros propósitos, a cual más meritorio. Seleccionemos tan sólo dos.

A los funcionarios públicos entrantes podríamos llevarlos a atestiguar el desprecio generalizado que experimentan los funcionarios públicos salientes –a quienes sustituyen ahora en sus puestos– por haberse considerado alguna vez la octava maravilla del mundo moderno, y a los profesores incompetentes habría que conducirlos a ver de cerca a esos funcionarios públicos entrantes a fin de que vieran de bulto el horrible destino a que puede conducir su negligencia en la enseñanza de los más altos valores morales.

\*\*\*

2) A casi una cuadra de distancia de donde estoy, atraviesa la calle, con enorme dificultad, un señor que usa bastón y lentes oscurísimos. Le digo a un amigo que me acompaña que ojalá los automovilistas no vayan a atropellar a ese ciego. Una señora redonda y malencarada que me ha escuchado, me dice de pronto: “*Invidente*, señor, aunque le cueste más trabajo”. Yo le respondo: “Es lo mismo, distinguida dama, sólo que más complicado”.

Y es que en los últimos tiempos se ha soltado una insidiosa campaña eufemística de notables proporciones en pro de lo políticamente correcto. La gente tiene un miedo cerval de llamar al pan, pan, y al vino, vino. Cualquier adjetivo que antes se usaba de modo regular, hoy parece ofensa imperdonable. Veamos algunos ejemplos.

En una revista de circulación internacional veo el anuncio de unos extraños aditamentos. Como ignoro por completo para qué

pueden servir, leo cuidadosamente el texto que los acompaña, el cual dice, más o menos, lo siguiente: “Los hipoacúsicos ya no tienen por qué sufrir más. Nuestro producto, único en el mercado, los ayudará a vencer su problema”. ¡Ahora resulta que se llama “hipoacúsicos” a quienes en la escuela me enseñaron a llamar sordos a secas, como si denominarlos de ese modo los llevara a oír mejor! Para mí, estaba mejor el anterior adjetivo sustantivado. Imagínese: va usted por la calle y de pronto un amigo se le para enfrente y le espeta sin más: “Vengo atrás de ti llamándote desde hace un rato. ¡Eres un hipoacúsico!”. Yo, si fuera usted, lo madreaba, porque mientras me pongo a reflexionar lo que me quiso decir, ya las hormonas se me habrán subido a la cabeza y no podría responder de mis actos.

Ahora también se les llama “discapacitados” o “personas con capacidades diferentes” a los que antes se denominaba simplemente retrasados, y “minusválidos” a los inválidos. Se denomina a los viejos “personas en plenitud”, “de la tercera edad” o “adultos mayores”, como si ya con eso rejuveneciéramos; se les dice “sexoservidoras” a las putas y “empleadas domésticas” a las criadas, como si ya con eso no fueran a usar los brasieres de la patrona. Bonita cosa, como si el cambio de nombre aliviara su condición.

El colmo está llegando en algunos países como España, donde ya se nombra “elementos del proceso de enseñanza” a los alumnos de cualquier escuela, por móndriga que sea, y “unidades de atención hospitalaria preventiva” a los que siempre conocimos como enfermos.

Así las cosas, yo, que soy calvo, exigiré que ya no se me llame “pelón”, como hasta ahora ha ocurrido. Recurriré a cuanta instancia lingüística y literaria exista para que en lo sucesivo el nombre aceptado de dicha circunstancia sea de más caché: “hipocapiloso”, por ejemplo, aunque también exigiría otros igualmente garbosos: “hipercránico”, “minustricológico” o “discabelloso”, los que no son sino unos pocos ejemplos.

Los gordos harían igualmente cola en la Oficina de Eufemismos para conminar a los responsables a cambiarles el nombre.

Llevarían como propuestas los de “hipergástricos”, “supralípidos” o “megalogástricos”. Los chaparros no se quedarían a la zaga en esto de los eufemismos, por lo que reclamarían el honroso título de “microcorpóreos”, y los feos estarían también en la fila para requerir el de “maxihórridos”, “infrabellos” o algo semejante. Los flojos podrían exigir el calificativo de “hipolaborales” o “supraapáticos”. En fin, todo es cosa de ponerse a inventar. Pero llamar a las cosas por el nombre que siempre tuvieron, ¡eso jamás!

## El poder femenino

El varón que se siente macho, dueño del mundo y ente superior no rebuzna porque no puede. Considera que su dominio sobre la mujer es demostración palpable y evidente de la preeminencia de su género, y por ello somete, devalúa y violenta al otro sexo, al opuesto, es decir, a la mujer, aunque en la actualidad la gama de sexos intermedios que se reconoce entre el uno y la otra sea ya exorbitante. Le sirve de base para ese aberrante accionar su innegable fuerza física, el mayor tamaño de su cerebro (que no utiliza necesariamente en la misma proporción) y su estatura más elevada.

En reconocimiento implícito y paradójico de tan peregrina figuración, se han fundado e impulsado —como si hicieran falta— movimientos de liberación femenina que pretenden, entre otras cosas, la ocupación del mismo nicho ecológico y la igualdad de derechos. Pero una mirada más atenta al eterno conflicto hombre-mujer nos llevaría a concluir que, aquí y en China, las mujeres constituyen el sexo fuerte, y que lo que debiéramos hacer los varones es unirnos como uno solo para formar movimientos de liberación *masculina*, que son, en rigor de verdad, los que se requieren.

Véase. Si dejáramos vía libre a la naturaleza, la biología nos informa que las hembras tendrían hembras y nunca machos. El macho es un simple accidente o, si no, por lo menos un mal necesario. Y a veces ni tan necesario, como lo ilustra un fenómeno llamado “partenogénesis” (nacimiento a partir de virgen), que a pesar de su críptico nombre sólo se refiere a que las hembras de especies inferiores —como las ranas— son capaces de reproducirse sin tener el menor contacto carnal con los machos, siendo el resultado de tan inaudita fertilización más hembras y nunca

machos. A esas hembras resultantes les viene como anillo al dedo la conocida frase de “concebidas sin pecado”. Los machos, sobra decirlo, somos absolutamente incapaces de parir ni hembras ni machos, y en buena hora.

Aun así, cuando hay contacto sexual y el resultado de tan lasciva actividad es un macho, tendrá éste que iniciar un verdadero viacrucis para convertirse en tal, lo que no ocurre con la hembra, la que llegará a serlo automáticamente.

En primer lugar, el feto masculino deberá secretar una cantidad enorme de hormonas para evitar convertirse en una hembra, y lo deberá hacer, además, a un ritmo tal que contrarreste el efecto de las hormonas femeninas de la madre. Si no lo hiciera así, pobre de él, porque cuando nazca no sabrán los doctores qué demonios es, si hombre o mujer. La mujer, digo, no atraviesa por este predicamento porque si desde el inicio sus cromosomas han determinado que será hembra, irremisiblemente será así, y las hormonas de su madre no tendrán que neutralizar nada.

El macho deberá permanecer nueve meses en el ámbito femenino por excelencia: el útero materno, expuesto durante ese prolongado lapso a todas las tendencias feminizantes posibles, razón por la cual deberá hacer un enorme esfuerzo cotidiano para resistirlas. Todo contacto con el padre –si es que lo hay– se concretará a sentir apenas el paso de su mano leve y temerosa sobre el vientre de la madre y a oírle decir al borde del desmayo, a través de la piel materna, un asombrado “¡Recórcholis, se movió!”.

La segunda influencia directa de otro varón ocurrirá cuando el obstetra lo capture durante el parto. Pero ese momento es fugaz, pues el médico lo turnará prestamente –como si fuera oficialía de partes– a otro mundo femenino: el de las enfermeras, quienes lo limpiarán con algodones y paños y lo vestirán con preciosas chambritas de estambre para canalizarlo a los pocos minutos, directamente, al pecho materno que ya lo aguarda, redondo y ubérrimo, para amamantarlo.

Por supuesto, durante los primeros años de su vida será la madre quien se encargue de alimentarlo con cuanta papilla

encuentre en el supermercado, y de protegerlo como fiera africana del más ligero viento. Mantendrá, así, un contacto frecuente con su hijo varón, por lo que éste aprenderá, en primera instancia, ciertos comportamientos que denominaremos “delicados” en razón del ejemplo constante. Tendrá que hacer, pues, un nuevo esfuerzo para que prive en su conducta el ejemplo más lejano y espaciado de su señor padre, quien se concretará a cargarlo con indecible torpeza, a colocarle los pañales del modo más inapropiado posible, a hacerle gestos rayanos en lo ridículo y a salir al mundo exterior a batallar cotidianamente por la salud y el bienestar del recién llegado, lo que al bebé le importará un reverendo cuerno.

En esos primeros años, el hombre estará casi por entero en las femeninas manos de su madre, a las que se añadirán casi de inmediato las extremidades también femeniles de las abuelas, tías, hermanas, cuñadas o ayas. Los abuelos, tíos, hermanos, cuñados y mayordomos evadirán en lo posible el compromiso de cargar al pequeño y de mudarle sus paños interiores, y dirán a lo sumo, si no les queda más remedio: “Está simpático el chamaco”, para irse a continuación a jugar una partida de dominó al bar de la esquina. Consecuentemente —ya lo sabe el lector—, ante la falta de ejemplos masculinos en su entorno inmediato, el niño varón deberá luchar a brazo partido por extraer de donde pueda la masculinidad que genéticamente le corresponde para no mostrar más adelante un comportamiento que los timoratos denominarían “equivoco”.

Llegará la adolescencia y, con ella, el velo maternal se volverá omnipresente a fin de que el angelito no se desvíe de la senda del bien. El padre, a su vez, dirá que no comprende al idiota que tiene por hijo, quien ya para entonces, en su contienda cotidiana por la masculinidad, se reúne en pandilla con otros gañanes tan imbéciles como él, hace suyas las sandeces que oye decir, se pelea contra el mundo sin la menor razón, y fuma y toma mientras se llena de barros y espinillas.

En fin, ya crecido, liberado un tanto de la madre por las circunstancias propias de la vida, y cuando apenas comienza a respi-

rar los aires de un mundo libre de la influencia femenina, ocurre lo que parece ser el sino de la especie masculina: encuentra una novia. Y la mencionada novia comienza a ejercer sobre él una nueva influencia que, para entonces, el varón de marras creía ya olvidada. A la sobreprotección materna la sustituyen ahora los berrinches, la manipulación sin fin que despliega el sexo contrario, las pataletas por quítame estas pajas, los deliquios y los arrebatos pasionales. Esta nueva influencia es total: el hombre ha caído otra vez bajo el tacón de la zapatilla mujeril.

Claro está, él cree lo contrario. Supone equivocado que el aparente dominio que tenía sobre su madre lo ha transferido a la novia, sin darse cuenta de que ocurre precisamente lo inverso. Cuando dice, envanecido, “La traigo derrapando”, es justo él quien derrapa, y no sólo derrapa sino que se estrella por ella. La madre ha traspasado a una congénere el poder absoluto que tiene sobre su hijo, como si fueran jugadoras de basquetbol que se turnan el balón, al tiempo que lo rebotan contra el suelo cada vez que pueden.

Un día, en una de esas inexplicables decisiones tomadas en medio de una absoluta ofuscación, contrae matrimonio. Conjetura que ese logro se debe a que su ahora esposa está perdidamente enamorada de él, pero lo cierto es que ella sólo ha visto en su viril cónyuge el medio eficaz para aprovechar las delicias que trae aparejadas el poder. Que le impida a partir de ese momento ver los partidos de futbol en compañía de sus amigos, no es más una muestra bastante nimia de lo que es capaz. Va mucho más allá: le expropia el nombre y, al hacerlo, se lo apropia. Las feministas –al menos las de nuestro país– afirman que es una injusticia que la mujer lleve su nombre seguido de la preposición “de”, a la que sigue el apellido de su consorte, como si fuera de su propiedad. Pero lo hacen para despistar. Ellas saben que la supuesta posesión es de hecho un incalificable decomiso de lo máspreciado que tiene el varón: su propio apellido. Y, entonces, quien era Eduwiges Iturrigaray se transforma por arte de magia en Eduwiges Iturrigaray *de Godínez* (si es que Godínez es el apellido de su marido, obviamente).

Desde ese instante, el hombre ya no puede desenvolverse como Dios manda porque hay una mujer que lo acecha, que lo vigila incesantemente, que lo acosa a todas horas y que, además, lleva su apellido. Así, cuando el señor dice a sus amigos: “En mi casa mando yo”, la señora allá lejos, en esa misma casa, se está desternillando de la risa, descoyuntándose de la pura hilaridad.

Hay un elemento femenino más en el entorno inmediato del recién casado: su suegra. Es este un elemento que representa una verdadera amenaza para su necesario equilibrio como ser humano. Es ella quien dota a su hija de todos los recursos para la dominación absoluta del marido, pues posee una experiencia inaudita en el ejercicio pleno del poder; es ella quien la aconseja en cada circunstancia que pone en riesgo el orden matrimonial; es ella quien disminuye y humilla bárbaramente a su yerno cada vez que éste tiene el infortunio de caer en sus manos; es ella quien lo obliga de un modo soterrado a trabajar como asno para que su hija viva como reina. La suegra, en fin, es ese ser cuya sevicia supera a la de cualquier otro en el reino animal, e inclusive en todo el mundo orgánico.

Por último, el varón se ve superado por la mujer en lo referente a la duración de la vida, de modo que es rara la ocasión en que, ya en el ocaso de la existencia, pueda disfrutar verdaderamente de la libertad. Nace entre mujeres y muere entre mujeres. Si ellas lo vistieron al nacer, también lo visten al morir, y entonces le encasquetan ese traje negro que le quedaba apretado y que huele a naptalina; le hacen el nudo de la corbata tan incorrectamente que se convierte *ipso facto* en la burla de los otros hombres que lo miran en el ataúd; le ponen rímel en las pestañas y colorete en las mejillas para su vergüenza ultraterrena, y, por último, le calzan los zapatos que tanto le laceraban el talón. Si cuando nació el varón arrojaba lágrimas, al morir se va a la tumba echando maldiciones.

Es la mujer quien ha llevado al hombre a construir la civilización y la cultura. El hombre ha tenido que cazar desde la prehistoria para que la mujer se abrigara primero con una piel de mamut y, después, porte una de armiño alrededor del cuello; el

que ha tenido que morir en el interior de las minas para que la mujer pueda lucir los diamantes en el cuello, manos y orejas; el que ha inventado la pintura para que la mujer traiga los labios y los ojos matizados; el que ha concebido los aviones para que la mujer vaya de compras a París cómoda y rápidamente; el que ha construido las casas y los edificios para que la mujer los llene de cubiertitas de encaje y de ramos de flores; el que ha creado los automóviles para que su media naranja vaya por sus hijos a la escuela o a jugar baraja y se pinte los labios ante el espejo en el alto de los semáforos; el que ha creado las leyes y las instituciones para que la mujer pueda casarse, solicitar el divorcio y vaciarle la cuenta bancaria; el que ha emprendido los viajes espaciales para que ella pueda ver la Luna más de cerca oyendo poemas cursis; el que ha hecho avanzar la medicina para que ellas puedan practicarse la liposucción.

Así, el macho, si bien se ve, ha estado sometido a la hembra desde sus más remotos orígenes como especie y desde su desarrollo más temprano como individuo. Su agresividad, su persistente afirmación de la hombría mediante todos los medios a su disposición, no son más que el reconocimiento implícito de su inferioridad. El macho “bragado” es el epítome de ese sentimiento, el modelo más refinado de la devaluación de su género, porque es el que más drásticamente ha vivido y experimentado la doma, el proceso entero de amaestramiento.

Y aún así las féminas se encrespan cuando los varones nos sentamos en el plácido rincón de una cantina oyendo la canción que pedimos para ahogar en alcohol del bueno (o del malo, según nuestras particulares preferencias o posibilidades) las penas y desasosiegos que ellas mismas nos han causado. ¿Habrás visto tanta desvergüenza?

## Diez instrucciones para parecer culto

**E**n un mundo donde la cultura parece habernos dicho adiós para siempre, se antojaría ocioso ponerse a dar instrucciones para pasar por culto. Cuantimás para serlo verdaderamente. Pero quien nació en una época en que la cultura se estimaba, se valoraba como algo fundamental en cada hogar, en cada escuela, se niega a aceptar los nuevos dictados de la moda anticultural, la cual aboga por que dichos hogares y escuelas se conviertan en pesebres donde abreen borricos y uno que otro buey.

Por fortuna, no son pocos quienes abrigan esa ya casi vana esperanza de que la cultura no sea un simple artículo en desuso. Hay muchos para quienes conocer por lo menos algunos de los sonetos de Fray Luis de León, los fundamentos de la filosofía griega o la obra pictórica del Bosco, es como un latido que impulsa a degustar la vida como si fuera un buen clarete. Y sí, todavía medran por aquí y por allá algunas personas cultas, aunque se les vea cada vez más como ranciedades antediluvianas, como anacronismos semovientes, como ejemplos sin par de la inutilidad de la ilustración, del cultivo de la mente mediante la lectura, los viajes y tantas cosas más.

A pesar de ello, en cada nueva generación aparecen otros individuos que aspiran a llenarse el cerebro de cosas importantes y no sólo de telenovelas. Pero, ¡oh!, los libros son cada día más inaccesibles y, para agravar las cosas, en los restaurantes donde antes se podían leer hay ahora uno o más televisores de cien pulgadas y sonoros a más no poder que impiden hasta ese pasatiempo; además, los viajes cuestan un horror, y las bibliotecas, antes deliciosamente olorosas a papel viejo, hoy se llenan de computadoras para consulta instantánea de un tipo de archivos que carecen del menor interés para el que gusta de leer a Milton o a los Dumas

repatingado en un cómodo sillón mientras escucha *impromptus* de Schubert.

En fin, las oportunidades de acceder a la cultura están, de hecho, canceladas. El mundo es ya de quienes únicamente consideran de absoluta importancia el desarrollo artístico de la última estrellita televisiva o los amarillos titulares de la plana roja periódica. Nada más.

Pero si ya no se puede ser culto, queda sin embargo el recurso de parecerlo. “¿Y para qué serlo o parecerlo –se preguntará admirado el lector–, si está visto que la cultura ya no funciona como antes?”. Pues como simple contraofensiva, diremos aquí. Si nos hablan de *softwares* o de *gigabytes*, conceptos que están tan lejos de nuestra comprensión como la inteligencia lo está del cerebro de la enorme mayoría de los políticos, respondamos entonces con otros conceptos tan abstrusos para los demás, como, por ejemplo, el significado del Santo Grial o los estudios alrededor de la edición príncipe del *Libro de Buen Amor* del Arcipreste de Hita.

Van, pues, diez consejos para todos aquellos que, desvalidos, privados de toda oportunidad, aspiran todavía a ser cultos para de ese modo apantallar a sus congéneres.

*Uno.* Es de buen ver entre la gente culta decir de cuando en cuando un latinajo. Un profesor de estimada memoria acostumbraba decir cuando nos trataba de alentar en su curso de matemáticas: “*Sursum corda!*”. Por supuesto, no le entendíamos ni jota, y hasta pensábamos que al escarnio añadía la ofensa: “Su... ¿qué?”, nos preguntábamos. Pero, eso sí, podíamos apostar a que era el más culto de los profesores de la escuela. Siendo así, una buena manera de parecer culto es aprenderse de memoria una frase en latín y soltarla en el momento más impensado, venga o no venga al caso, pues de cualquier manera nadie podrá comprenderla y menos aún traducirla, ni siquiera usted mismo. Como bien dijera Cervantes en el prólogo a *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*: “Y con estos latinicos y otros tales os tendrán siquiera por gramático, que el serlo no es de poca honra y provecho el día de hoy”. Consecuentemente, al calor de una conversación insus-

tancial (que hoy día lo son todas) suelte de pronto –moviendo la cabeza en un gesto de resignación, mirando al vacío y con una leve sonrisa aflorando en los labios–: “Sí, hombre, *divitiarum fructus est in copia, copiam declarat satietas*”. Los demás se quedarán de a seis, y cuando usted vaya al baño, se dirán unos a otros: “¡Pero qué culto es, y tan estúpido que se veía!”.

*Dos.* Cite autores, reales o falsos, para respaldar sus ideas, aun cuando carezca de ellas. Luego entonces, en la citada conversación podrá decir algo así como: “Pues yo pienso que los chilaquiles verdes son más sabrosos que los rojos, como bien opinaba Sören Kierkegaard, de llorada memoria”. La conversación se suspenderá al instante, los amigos lo verán con admiración debido a su amplia cultura, y todos concordarán a continuación que, efectivamente, los chilaquiles verdes son más sabrosos que los rojos.

*Tres.* Eso no bastará, empero, para ganarse fama de culto. Habrá que echar mano de uno o dos títulos de libros para que se afirme cada vez más la idea de que es usted un hombre cultivado a carta cabal. Remitémonos de nuevo a la susodicha conversación. Durante ella, en referencia a los chilaquiles respectivos, podrá decir: “Esto que yo pienso no es gratuito (o sea, que los chilaquiles verdes son más sabrosos que los rojos), pues ya en el versículo 17, capítulo 23 del *Apocalipsis* se sostiene precisamente eso”. Ítem más: “Ya en el *Bhagavad Gita* se alude a ese problema y se resuelve favorablemente a mi punto de vista, como todos ustedes lo saben bien”. Como nadie lo sabe, nadie tampoco querrá lanzarse al ruedo y defender lo indefendible, por lo que optarán por pensar: “Ni loco opino. Ni siquiera sé qué es lo que está diciendo este tipo tan culto”.

*Cuatro.* Puede darse el infortunado caso que alguien le comente que está leyendo a algún autor clásico –lo que en estos tiempos, como se ha dicho ya, sería algo verdaderamente insólito– del que usted ni por asomo ha oído hablar. Incluso así, no se amilane. La conversación, pues, adquiriría el siguiente giro: “Fíjate que estoy leyendo actualmente *Madame Bovary*”, a lo que usted res-

pondería sin pensar siquiera: “¡Ah, hermoso libro! ¿Ya llegaste al episodio de la carta?”. Por supuesto, usted no tendrá la menor idea si en el mencionado libro hay una peripecia así, pero en casi cualquier libro de tamaño considerable hay siempre algún episodio que se relaciona directa o indirectamente con una misiva, y más tratándose de un novelón del siglo XIX. Y aunque no lo hubiera, ese lector supondrá que es usted un consumado maestro, pues el pobre pensará: “¿Carta? Seguramente me salté el párrafo. Este tipo sabe todo, así que mejor me callo”, y contestará: “Sí, es fascinante, ¿verdad?”.

*Cinco.* Apréndase de memoria el nombre de algún vino, de modo que cuando le den a probar cualquier marrascapache pueda usted decir, levantando la copa y mirando al infinito: “Ummm, este vinillo tiene un cierto dejo de Rioja, cosecha de 1986, aunque bien pudiera pensarse que proviene de los viñedos del Mediodía francés. Un Chateau d'Yquem, por ejemplo. Realmente estoy confundido”. Su aparente confusión no obrará en contra de su fama de hombre culto, ya que el anfitrión se sentirá de todos modos por las nubes al suponérsele propietario de un vino del que jamás había oído hablar siquiera.

*Seis.* Haga lo mismo en el caso de la pintura, la música y hasta la escultura. En el restaurante, al lado de los amigos, puede callar de pronto, ponerse a analizar absorto el cuadro más *naif* del recinto –pues siempre hay alguno en esos lugares–, y musitar por lo bajo: “Perdonen, pero ese cuadro me recordó de pronto una pintura de Bünkersfeldt”. Por supuesto, no hay ningún pintor conocido que se apellide así, pero habrá conseguido el fin último: que lo crean cultísimo. Si no bastara lo anterior, eche mano de la cara de algún parroquiano y pregunte sorprendido a los referidos amigos: “¿No les parece acaso ese rostro una escultura viva de Douglas Hardway (que aquí entre nos tampoco existe)?”. Los sorprendidos serán entonces sus amigos, quienes se mirarán entre sí y lo envidiarán por esa erupción cultural de la que acaba de dar muestra. O, al oír por los altavoces las escuálidas vocecitas de los andróginos integrantes de algún grupillo musical, que tampoco

falta en un antro de esos, exclamar: “¿Oyeron ese acorde? ¡Es idéntico a uno de los que Gluck (que sí existió) escribió para el segundo acto de *Orfeo y Euridice!* ¡Qué falta de originalidad! ¡Ya no saben qué hacer los músicos de hoy día!”.

*Siete.* Atribuya cualquier anécdota suya a algún personaje famoso y relátela a la menor oportunidad. Como siempre tendrá algún suceso que referir en relación con casi cualquier tema en el curso de la conversación, encasquételo ese suceso a una egregia figura. Por ejemplo, si rodó alguna vez por el suelo por tropezar mientras admiraba a una guapa chica que caminaba en la acera de enfrente, diga que eso le ocurrió a Robespierre, no a usted. Si se habla de aparecidos, señale: “Recuerdo que, en sus memorias, Cicerón habla precisamente de que en una ocasión le sucedió que...”, tras de lo cual relatará lo que le ocurrió a usted, no a él. Si se habla de política, indique: “En eso pienso ni más ni menos como el mismo Alfonso X, El Sabio”, y cierre la boca. Las bocas que se abrirán a continuación —esta vez de franca estupefacción— serán las de sus amigos.

*Ocho.* Apréndase la siguiente fórmula: “Lo que dices es muy semejante a lo que opinaría... en un caso parecido”, y llene los puntos suspensivos con el nombre real o ficticio de quien desee. Como jamás existe la posibilidad de comprobar el aserto (y además a nadie le interesaría, cuando ya tiene el aval de una notabilidad), quedará usted salvado y, eso sí, en muy buen nivel. Luego entonces, si alguien discute que este tenista es mejor que aquel otro, usted intervendrá de inmediato: “Lo que dices es muy semejante a lo que opinaría Heráclito en un caso parecido”. Su interlocutor quedará embelesado.

*Nueve.* Presuma de viajes y de platillos, aunque jamás haya realizado aquellos o probado estos, pues unos y otros son una indicación evidente de cultura: “Saboreando este pescado, cómo recuerdo la vez que fui a las islas Canarias, donde, como ustedes saben, se sirven exquisitas bogas, samas, chernes, salemas y la famosa “vieja”, todos ellos bañados con mojo, que es una salsa verde de cilantro y picón. Aunque no se queda atrás el plato

conocido como “papas arrugás”, que son papas cocinadas con agua de mar y degustadas sin mondar”. O bien: “Una vez, en Tanzania, comí un plato llamado *ogu tunjen*, consistente en carne salada de jirafa, hervida en baba de león macho. Una verdadera delicia”. Y así por el estilo.

*Diez.* Cada tema de conversación con los multicitados amigos (que a estas alturas tendrán casi dislocada la mandíbula inferior por tanto transitar de sorpresa en sorpresa) sirve para intercalar la puntilla cultural, que estriba en preguntar inocentemente después de una afirmación hecha por ellos: “Tienes razón. ¿Qué otra cosa, si no, está implícita en el principio de incertidumbre de Heisenberg?”. Un ejemplo adicional sería el que sigue, en relación con el gol que aniquiló ayer a su equipo de fútbol: “¿Qué el América perdió ayer cuatro a uno contra el Cruz Azul? Era inevitable. O dime, ¿no es acaso evidente que la ley del cuadrado inverso de Newton implica eso mismo?”.

Los amigos, como queda dicho, no dirán nada, apabullados como están por tan pasmosa erudición, por lo que en lo sucesivo podrá navegar apaciblemente con bandera de culto... aunque jamás un libro haya marcado su vida.

## La tele en el restaurante

El cafetín –léase restaurante– ha sido, por lo menos en mi caso, reducto de tregua, ermita de cultivo espiritual, alcázar de perfeccionamiento. Nada hay –o había al menos– más grato al paladar y a las meninges cerebrales que un café tórrido, negro y aromoso, por una parte, y, por la otra, un buen libro a la vera que trate de bizarros espadachines, amores imposibles, protones milagrosos o filosofías abstrusas.

Llegaba uno hasta el aludido cafetín cualquier tarde de frío, o de lluvia, o de calor infame, o simplemente ni fu ni fa, con el libraco bajo el brazo; después, escogía un rinconcillo apartado, llamaba al mesero con una señal imperceptible y éste acudía presuroso y solícito con la taza de café, sabor a carta cabal que eso, y nada más que eso, era lo que se anhelaba; después, con calma infinita, sacaba uno los cigarrillos del bolsillo, los colocaba a prudente distancia, cerca de los anteojos, abría el libro por la página marcada con un cartoncillo cualquiera y, cuando el café arribaba, procedía a su reposada degustación volviendo hoja tras hoja en reconcentrada lectura.

Poco importaban entonces los otros parroquianos, aunque de cuando en cuando la mirada se elevaba inconscientemente por sobre el libro para contemplar el paso cimbreado de alguna joven por entre las mesas (y más que el paso, a la joven misma). Pero era tan sólo un instante fugaz, pues los renglones del texto jalaban más que la muchacha y sus atributos, sin desmedro de la propia hombría. Mientras el café se enfriaba indolentemente en la taza, uno se perdía en los mil y un vericuetos de la trama literaria, en los razonamientos sapientes del autor del tratado, en la imaginería sorprendente que calaba el texto. Y así, entre un traguito por acá y un pase de página por allá, el tiempo se iba sin sentir.

Más tarde, pagada ya la cuenta, salía uno del café un poco más sabio o más iluminado; en la acera respiraba el aire fresco y húmedo de la tarde, y emprendía el regreso a casa con una especie de jolgorio en el corazón.

Y si no era el libro, era la sazónada plática con los amigos, quienes, como uno mismo, se dejaban caer por el café buscando un momento de solaz, para dejar olvidadas –al menos por el momento– las tribulaciones del diario vivir. En aquel momento o en los siguientes se arreglaba el mundo entero, se exponían las ideas calladas durante el encontronazo verbal con el jefe de la oficina, se relataba con cierto picor la aventura de faldas o se quedaba uno callado por el gusto simple de callarse, pero sabiendo que el humor que llevaba a ese silencio era siempre compartido por los contertulios.

Y si no los amigos, la familia, con la que se complacía uno en comunicarse fuera de los ajetreos de la diaria convivencia. Era entonces cuando se daba cuenta de la cimentación del tierno amor por ella, del crecimiento inevitable de los hijos, de la perdurable que-rencia por la cónyuge. Era, como seguramente hubiera dicho Víctor Hugo, *l'instant extrême*.

Llegó, no obstante, el aciago día en que a un propietario de algún restaurante –aún sin identificar pese a los afanes policiales– se le ocurrió la magnífica idea de violar este espacio de recogimiento mediante un televisor.

Lo imagino en los días previos a la comisión de su repugnante delito. Una noche se habrá despertado con la luz de su insigne idea: “Vieja –le habrá dicho al bodrio que se hallaba a su lado en el camastro–, se me acaba de ocurrir que si metemos un televisor en el restaurante, los clientes aumentarán como el índice de pobreza del país”. La infernal cómplice le debió responder: “Tienes razón, palomo mío”, tras de lo cual siguió durmiendo como si tuviera la conciencia limpia. Así que al otro día, muy temprano, se habrá ido muy orondo a la tienda de aparatos electrodomésticos a comprar un televisor con la mayor cantidad de pulgadas posible; después, a visitar a un herrero para que le fabricara el

soporte correspondiente, y después a algún otro para que lo colocara en el lugar más visible del hasta entonces plácido oasis. Hecho lo cual, debió treparse al banquillo, detrás de la caja registradora, para ver caer en ella billetes mil en pago a su genial invención.

¡Maldito sea!, ¡mil veces maldito!

Los otros dueños de cafés y restaurantes se subieron intrépidos al carro de la moda, y cada uno de ellos compró una o varios televisores que colocaron en los lugares estratégicos, es decir, en aquellos sitios en que el cliente tiene por fuerza que ver u oír todo lo que de ellos brota.

Mi establecimiento consentido no fue la excepción. Dejó, pues, de ser ese sagrario de paz entrañable para convertirse en altavoz deportivo, en transmisor de rampantes idioticias telenovelísticas, en propagandista de productos de toda laya y condición.

A partir de ese momento, todo cambió. La lectura se me ha vuelto tormento de Sísifo porque al llegar al final de la página leída tengo que regresar nuevamente al principio para entender algo.

Y cuando ya estoy comprendiendo con enorme esfuerzo lo que quiso decir el autor del texto, un cavernario grito de ¡*Goood!*! —que me congela la sangre porque parece ser el anuncio de la Tercera Guerra Mundial— sale de las bocinas del artefacto, por lo cual la comprensión se disipa tan volátilmente como me había llegado.

Y cuando he logrado ya con inaudito trajín capturar la esencia de un argumento filosófico la mar de complicado, un llanto mugidor se desparrama de las referidas bocinas, acompañado de un “¡No me abandones, Julián Román, porque si lo haces moriré como perro!” (aunque la que habla es una actriz, por lo que debiera morir como perra). Y adiós argumento filosófico y todo eso, dado que me quedo viendo el televisor rogando al cielo que Julián Román se largue para siempre y ella cumpla la palabra empeñada, a ver si con eso se calla.

Y cuando ya tengo en la lengua y en el cerebro el regusto del café negro y el párrafo literario de maravilla, el televisor suelta a grito pelado un comercial: “¡El detergente fulanito de tal es lo mejor para tu baño...!”. Y aquel regusto se ve masacrado inmisericordemente por el producto del comercial, porque, ¿quién puede dar un trago a la taza sin sentir a la vez un acre saborcillo de cloro en el paladar?

Mientras tanto, el mesero, otrora tan solícito y dispuesto, se la pasa echando un ojo al televisor, por lo que hay que ser contorsionista para que finalmente se fije en uno y traiga la taza de café; pero cuando el aparato deja ver dos o tres bailarinas con escasa vestimenta, se queda con la taza en la mano, mirando como ido, y el café se enfría entonces con una velocidad que produce vahídos.

Y cuando ya la conversación con los colegas ha tomado su propio impulso y estoy a punto de conocer en vivo y a todo color los intrínquilis de la relación extramarital que sostiene uno de ellos, la noticia expelida por el electrónico artilugio desvía mi atención de ese tema fundamental y me concentro en la voz del locutor, quien anuncia a grito pelado que se ha capturado a la enésima banda de malandrines que operaba en todo el territorio nacional. En fin.

Pero ante el inhumano desaguisado no me he quedado de brazos cruzados. Me he tardado haciendo los trámites del caso, pero finalmente he logrado en días pasados que el ministerio público inicie las averiguaciones correspondientes que conduzcan a descubrir el paradero del pelafustán que inventó poner televisores en los restaurantes, para su consecuente captura y ejecución sumaria frente al pelotón de fusilamiento.

## La coronación de Gladys XVI

Luce, esplendente y regia, la damisela. Fulgura sobre el trono un dosel de organdí rosado, con florones de papel desperdigados aquí y allá por el gran respaldo, y listones también de papel dorado que descienden al suelo y se abren suavemente desde ahí hasta abarcar toda la parte central del escenario como si fueran rayos de luz. Destellan las dos princesas que se hallan al lado de la reina, ataviadas con albos vestidos, más modestos y recatados, pero también de organdí, así como los dos pajes, muy parecidos a los de Carlos V de España, sólo que un poco más rechonchos. Relumbra, en fin, el gentío todo en la luneta del teatro: corbatas sacadas del armario donde reposaban desde el año anterior; zapatos recién boleados; numerosas estolas de piel de conejo; bisutería al por mayor en manos, gargantas y muñecas; aromas de jacinto en las damas, que se entrecruzan con los de lavanda y vetiver de los caballeros y con el de los agrios sudores que, en la espera pertinaz de la ceremonia de coronación, acogotan el recinto.

Gladys XVI (pues ya ha habido otras quince reinas de la feria con ese mismo nombre en los pasados años) sonrío al público, en especial a todos los galanes engominados, de bozo apenas naciente que, como ella, esperan anhelantes al señor gobernador, quien se ha retrasado ligeramente por los urgentes asuntos de Estado que ha tenido que atender a última hora en el bar del hotel de la esquina, entre tequila y tequila. Todo es, pues, derroche y brillo de lujo pueblerino.

Finalmente, se aprecia en la entrada del teatro un movimiento que por segundos acrece: unos tipos con corbata y saco abierto penetran al recinto como premonición del inminente arribo del importantísimo funcionario público, quien llega ya un poco mareado. Los murmullos se hacen más audibles y aparece, por

fin, la calva del gobernador. De hecho, aparece todo él –que viene directamente debajo de la mencionada calva–, pero desde donde se halla Gladys XVI sólo es posible verle la mollera. Si la aristocrática doncella ya sonreía, ahora ríe abierta y encantadoramente mostrando el diente de oro que, al efecto, le ha mandado hacer su papá.

El gobernador desciende por el pasillo compitiendo en risas con la soberana y deteniéndose a veces para saludar a los notables del pueblo, con quienes entrecruza rápidas palabras. El presidente municipal, un anciano escuálido, se le pega como lapa a lo largo de todo el recorrido para salir en las fotos, y el maestro de ceremonias se desgañita en el micrófono pidiendo al público un caloroso aplauso para el representante republicano que les ha hecho el inmerecido honor de venir desde la lejana capital para entronizar a Gladys XVI y, de paso, arreglar algunos negocios ganaderos en estos parajes. Por supuesto, el público atiende la exhortación y aplaude fogosamente mientras dura el trayecto del personaje, que llega debidamente protegido por sus esbirros hasta el asiento que le corresponde en la parte delantera del teatro, junto al alto escenario, por lo que ya se vaticina que para que pueda ver el bello espectáculo que seguirá a la ceremonia de coronación y no solamente los pies de quienes participan en él, deberá mantener el cuello permanentemente erguido, con el consiguiente riesgo de contraer una tortícolis de órdago.

El *show* –anuncia el maestro de ceremonias– comenzará en breve, y qué mejor que comenzarlo con la coronación misma de la muchacha a fin de que reine soberanamente desde ese mismo momento y durante toda la semana que durará la feria, y qué mejor también que el monárquico acto lo lleve a cabo el propio señor gobernador, quien colocará en el testuz de la soberana la hermosa tiara de hojalata matizada con pintura dorada para exteriores.

Así que este se levanta del asiento, voltea hacia la concurrencia, a la que saluda nuevamente con los brazos en alto y una sonrisa a flor de boca, y procede a trepar por la escalerilla que lo llevará al escenario. Ya ahí, imponente cual más, toma la diadema

que sobre un cojincillo de terciopelo rojo le ofrece uno de los pajes y avanza decidido hacia el trono.

De pronto, como en un acto propio de Houdini, como en un insólito espectáculo de magos, el obeso gobernante desaparece, se esfuma, se disipa. La gente se queda pasmada, y más pasmado aún el maestro de ceremonias, que no tiene la menor idea de qué diablos le ha ocurrido al funcionario. Los guardaespaldas corren temiendo un secuestro, una impensable teletransportación a un universo paralelo, una abducción perpetrada por extraterrestres, una huída sin más con los fondos del erario estatal. Pero un somero análisis revela prontamente que un gran hoyo en el piso de duela y un conjunto de maderos fracturados se ha formado en el lugar del escamoteo. El juicio generalizado de la concurrencia es que el gobernador se ha hundido en el tablado, y como dijera Vercingétorix, *vox populi, vox Dei*. En efecto, a esas alturas se halla en el entresuelo, más atónito que la multitud, pero, eso sí, afortunadamente ileso. El juicio es compartido casi de inmediato por los guaruras, quienes de inmediato descienden del estrado y abren una puertecilla que se halla en un extremo del antepecho del escenario desde la cual es posible entrar al sótano malhadado. El público, levantado de sus asientos, observa demudado y en completo silencio el curioso suceso. Por el contrario, Gladys XVI continúa sonriendo, acatando con ello las instrucciones paternas de enseñar el áureo colmillo pase lo que pasare y ocurra lo que ocurriere. Pero es la única. Todos los demás que se hallan en el templete corren de allá para acá —las princesas incluso— tratando de asomarse al boquete dejado por el funcionario público para ver lo que sucede allá abajo, lo que es imposible dada la oscuridad reinante, tan reinante como la soberana que sigue sentada en su regio sitial.

El presidente municipal se cuela como puede por el mencionado escotillón para contribuir al rescate. Pasan los minutos y el pueblo todo se pregunta qué habrá ocurrido debajo del escenario: ¿habrá el gobernador sobrevivido a la caída?, ¿habrá, por ventura, fenecido a causa del golpazo? Por fin, la calva del funcionario aparece de nueva cuenta, aparición que es saludada por una cerra-

da ovación del público. Pero viene ahora furibundo, enrabiado, limpiándose de los hombros y la cabeza las telarañas y el aserrín. El traje, tan azul que era, ha adquirido ahora una fuerte tonalidad plomiza gracias al polvo que ha capturado en el trayecto; por la rodillera de su pantalón asoma una pierna descarnada y pálida, y los zapatos se hallan en un estado calamitoso. El alcalde y los esbirros se apelmazan a su alrededor en un sincero afán de ayudarlo en la labor higiénica, sacudiéndole la ropa y abrigándole el calzado, pero a manotazos el gobernador emprende veloz el camino a la salida del teatro con su séquito a la zaga, al cual se incorporan los demás subalternos con caras exangües. Al maestro de ceremonias, asimismo angustiado y tratando de componer la debacle, no se le ocurre más que decir –en total divorcio de la realidad que se vive en el teatro–: “¡Y ahora, señoras y señores, el señor gobernador nos hará la distinción de coronar a nuestra reina, la grácil Gladys XVI!”. Pero éste, que se halla fuera de sí y casi del salón, en una genuina expresión del Siglo de Oro español, ladra: “¡Que la corone tu progenitora!”, tras de lo cual sale sin dar siquiera las buenas noches. El público, sin saber qué hacer, vuelve a aplaudir emocionadísimo.

Todo es confusión. El presidente municipal ha desaparecido en pos del alto funcionario estatal; los reales personajes que se hallan en el escenario, incluidas las princesas, siguen corriendo de acá para allá tratando de evitar en sus ires y venires el tremendo hoyo que ha quedado ahí, salvo Gladys XVI, quien conserva su sonrisa contra viento y marea sin moverse de su trono.

Finalmente, todo el mundo ocupa su asiento; el maestro de ceremonias impone a gritos el orden ayudado por su micrófono, se acerca a Su Graciosa Majestad y le planta sin más en el cráneo la corona que han debido extraer del sótano tras una larga búsqueda, dando así inicio formal a las festividades que la chamaca presidirá durante los próximos días y durante los cuales el republicano titular del ejecutivo –que a estas alturas está en el cuarto del hotel aplicándose fomentos de árnica– odiará todo aquello que tenga el menor tufillo a monarquía.

## La última vez

Nadie sabe cuándo es la última vez que hace el amor, a diferencia de ti, Pomposa. Empezaron los retozos conyugales (porque de eso debes dar gracias: siempre hubo esos retozos previos y no la ocupación de la plaza sin previo aviso, como ocurre con frecuencia). Te vio, le viste, se vieron las carnes viejas y ya tan exploradas, y accediste de buen modo —como siempre lo hacías—, sin saber que sería definitivamente tu última vez.

Don Sebas se te murió encima con todo y sus noventa kilos, ¡en ti, Pomposa, que no pasas de los cuarenta y cinco! Casi ni te diste cuenta de que sus bufidos se iban atemperando, que el cuerpo se le escorzaba y que los ojos se le emblanquecían, porque eso le pasaba siempre en esos cálidos momentos. Pero cuando empezaste a sentir el peso muerto de tu marido (en el sentido literal del término) oprimiéndote los hombros, los pechos, el estómago contra el colchón, fue cuando supiste que algo extraño sucedía. “¡Sebas, oye!”, le dijiste primero dando pujiditos agitados; “Ay, Sebas, no te hagas el gracioso”, le murmuraste después en las orejas entre francos sofocos; “¡Ay no, bruto!”, concluiste en el ahogo antes de saber que lo que tenías encima ya no era tu marido, sino un mero cadáver.

¿Cómo te fue a pasar eso, Pomposa? Es cierto que la gente no escoge el momento de morir, pero no puedes negar lo inoportuno que fue don Sebas, que se murió ahora sí como mosca. ¡Y a las doce de la noche, lo que es peor —porque hay que decir que hubo muchos peores en todo este asunto— ya que tuviste que esperar ahí abajo a que llegara la servidumbre, a eso de las seis de la mañana, para poder librarte del maléfico estrujón!

Pero mientras ese momento llegaba, Pomposa, pasaste de la incredulidad al terror casi en un santiamén. Doble terror, para

decirlo mejor: por tu marido muerto, pero sobre todo por tu marido muerto *encima de ti*.

¿Te acuerdas, Pomposa, de tus vanos esfuerzos por hacerlo a un lado y salirte de esa especie de fosa en la que estabas enterrada viva? ¿Te acuerdas todavía de cómo al muerto le empezó a brotar entre los labios una saliva espumosa y cristalina que gota a gota te empezó a mojar la frente y que al paso de los minutos ya era un río hediondo que te bañaba el pelo? ¿Te acuerdas de tu creciente sofocación y de los manotazos desesperados que le diste en los lomos, en los hombros desnudos, cuando ya para entonces se encontraba arribando a la Gloria?

¡Y los gritos, Pomposa! ¡Cómo gritabas, cómo gritaste en la peor de todas tus noches! ¡Y en esa postura, que es la peor que puede asumir una dama! Las horas se te volvieron centurias ahí abajo y supiste verdaderamente lo que era estar sepultada viva con un colchón a la espalda más que mullido y con el fiambre de don Sebas sobre el resto del cuerpo.

Tulitas te oyó de milagro ya en la madrugada. Pudo entrar a la recámara porque la puerta estaba entreabierta, lo que es una de las ventajas de la falta de hijos; si no, ¿te imaginas, Pomposa, lo que hubieran pensado al ver a su madre y a su padre en tan acrobática ubicación?

Y llegaron todos los demás porque las fuerzas de la sirvienta eran insuficientes para mover el corpachón: la misma Tulitas, Genaro el mozo y Avellaneda el contador tratando de desaferrar al finado, que ya entonces mostraba claros indicios del *rigor mortis*. ¡Cómo odiaste entonces a tu marido, el culpable de que te vieran desarropada tantas gentes y, además, en una colocación tan absolutamente comprometida que en nada beneficiaba a tu condición de presidenta vitalicia de las Hijas de María!

Las lágrimas que derramaste después, Pomposa, o las que te quedaban, fueron más de vergüenza que de dolor, más de sofocación aliviada que de desconsuelo irremediable. Y lo más grave fue el maldito *negligé* color púrpura, verdadera obra de arte de la lencería erótica francesa que te trajo tu marido la última vez que fue a

México y que el contador Avellaneda levantó del suelo para mirarte después incrédulo. ¡A tus años, Pomposa, usando esas cosas!

Rogaste en ese momento que el pueblo ignorara las circunstancias exactas de la muerte de don Sebas gracias a la indudable discreción de quienes más bien serían tus indiscretos salvadores. Salvadores, sí, pero a qué costo, has de haber pensado en esos calamitosos instantes del rescate. Hubieras preferido morirte tú también cuando don Sebas exhaló su último suspiro para no verte en tan perturbadora indignidad.

Por eso, Pomposa, no saliste de tu recámara en todo ese día, y ni siquiera en la noche para el velorio. ¿Para qué más despedidas ante el ataúd si a don Sebas, tu marido, ya le habías dado la apropiada y gran despedida, aunque inconclusamente? Dijiste, o mandaste a decir, que tu pena era tal que habías caído en cama. ¡Mentira, si a la cama ya no querías ni verla en esos momentos de tribulación! Y fue por eso que todo ese día y en la noche del velorio permaneciste sentada en el taburete del tocador y en el silloncito inglés del rincón.

Lo que tampoco querías ver, Pomposa, eran las caras cómplices de Tulitas, ocupada como estaba sirviendo café con canela a los presentes; de Genaro, entretenido en llorar en la cocina como idiota y como niño, que de ambos tenía, y menos aún la del contador Avellaneda —¡a éste menos: tan guapo y tan propio que es!—, que decía a todos a voz en cuello que don Sebas se había quedado dormido como pajarito y que tú ni siquiera te diste cuenta de lo ocurrido hasta que despertaste; pero que también decía en voz baja y a quien quisiera oírlo que hasta había tenido que levantar tus calzones colorados del piso después que te retiraron el cuerpo inanimado de encima. Pudiste reflexionar entonces, Pomposa, que esa había sido tu última noche de amor, porque a tus sesenta y dos años ya no estabas para emprender nuevas conquistas ni para andar en esos trotes, ni habría tampoco borrico que te acompañara en ellos.

Así fue como todo el mundo se enteró de cómo había perecido realmente don Sebas, aunque tú siguieras pensando que

nadie lo sabía, confiada como estabas en la debida circunspección de tus empleados. No te diste cuenta de que en los pésames que siguieron después la gente te decía con mordiente ironía que qué precioso sería morirse como don Sebas, en pleno y bendito sueño, como los justos. ¡Y sabían, Pomposa, porque todos lo sabían, que se te había muerto encima! Así que nadie pensaba que tus lágrimas se debieran a tu dolor, sino a que entreveías ya la falta de otras cosas más pedestres y, ¿por qué no decirlo?, también más salaces.

¿De qué te sirvió, Pomposa, que a los pocos meses del deceso, cuando finalmente supiste de su indiscreción, expulsaras de tu casa a Tulitas y a Genaro y prescindieras de los servicios del contador Avellaneda, alegando imposibilidades financieras? De ahí provino la enconada animadversión de los tres, y más tarde su acentuada maledicencia.

Se dijo entonces en evidente exageración —y muchos así lo creyeron— que, además de haberte encontrado como te encontraron, llevabas unas medias negras como las de Marlene Dietrich en *El ángel azul*, que a tus carnes las oprimía un lascivo refajo, como los que usaba Loretta Young, y que en la cabeza portabas un tocado de plumas de pavorreal a la manera de Clara Bow cuando yacías con el muerto en la cúspide; que la sinfonola tocaba al lado del tálamo, interminablemente, un tanguito lúbrico; que la tenue luz que iluminaba la recámara era de un tono bermellón, como las que alumbran las casas de mala nota, y que don Sebas todavía tenía en la mano un rebenque con cuyos trallazos te excitaba las pasiones hasta lo inconcebible. Todo eso se dijo, Pomposa.

Por eso fue que a las pocas semanas te expulsaron de la Sacra Congregación de las Hijas de María alegando mil pretextos, y por eso también es que la gente de buen tono te fue echando de su círculo en los meses subsiguientes. Y es que nunca pudieron entender que una señora tan respetable tuviera mañas tan —digámoslo así— mórbidas, cuando lo más que habías llegado a hacer en ese terreno era exactamente lo mismo que las demás damas

hacían, aunque sin estar al tanto –como tú lo estarías más tarde– de que esa había sido tu última vez.

En fin, contribuiste, Pomposa, a aumentar en el pueblo las precauciones en eso de hacer el amor, porque aunque las otras señoras siguen haciéndolo, ya lo hacen, eso sí, de riguroso ladito.



## La Mujer Araña

Un circo gitano ha llegado al pueblo apenas ayer. Las carpas azules están remendadas aquí y allá con centenares de retazos de lona que les dan una apariencia miserable, como miserables se ven los cirqueros, la *troupe* entera. Una vieja trapeceista rubia se asoma a la puerta de un carromato y deja ver unas escuálidas piernas envueltas en unas medias prehistóricas que han dejado escapar varios hilos. Los payasos que aguardan a los pocos espectadores a la entrada de la carpa tienen todos, sin excepción, semblantes desconsolados, con una tristeza realzada por el bufo maquillaje y la pelambre de estropajo. Afuera, el anunciador, ataviado de roja pañoleta y chaleco dorado, vocifera las maravillas que el circo ofrece a través de un gran embudo de lámina oxidada.

Los espectadores entran a cuentagotas a presenciar la función formal —donde habrá osos despeluchados, camellos sarnosos y perros amaestrados— porque mientras comienzan prefieren matar el tiempo en la galería de fenómenos que se encuentra a la derecha de la gran carpa, galería que consiste en una sucesión de grandes carros afuera de los cuales se anuncia, en cada uno, el engendro que lo habita, pintados en grandes carteles por un mal pintor mediante imágenes que agravan el posible sobresalto o la extrañeza que producirán a los espectadores, pero que, como estos constatarán más tarde, no tienen ninguna semejanza con los monstruos que aguardan adentro, tan maltrechos y desarrapados como los acróbatas, los animales o los payasos. Afuera, Augusto decide verlos a todos antes de penetrar a la carpa mayor, la del circo como tal.

En el primero de los carros está el hombre fuerte: *Ursus El Oso*, según se pregona, como si el nombre y el alias no fueran lo mismo. Para verlo —a éste como a todos los demás—, hay que

subir por una rampa de madera de color verde limón que llega hasta la misma entrada. En el fondo, iluminado por una luz tenue, tan verde como la rampa, un sujeto barbudo y vestido como un troglodita, con un breve taparrabos de peluche que semeja una piel de leopardo, aguarda a que se reúna el suficiente público para dar su función, función que consiste en levantar unas pesas y en doblar una barra de acero que fácilmente se adivina de caucho o de algún material semejante. Mientras eleva las pesas por encima de su cabeza o encorva la barra, grita como un energúmeno, lo que asusta sobre todo a las damas que han tenido la ocurrencia de asistir al espectáculo. Augusto sale del carromato, prende un cigarrillo antes de entrar al siguiente, y se pregunta de dónde saca tanta fuerza el hirsuto Ursus de pacotilla. Sin alcanzar la respuesta, tira la colilla y penetra en el siguiente vagón.

Es el de la mujer barbuda, un grueso espécimen que, a diferencia del fortachón, se ilumina con un reflector anaranjado. Nacen de sus carrillos tantos bucles como los que brotan de su cabeza, los que se arremolinan sobre los hombros desnudos y sobre el pecho generoso que queda casi cubierto por una oscura greña. De la parte inferior de la nariz descende, a lado y lado de la boca, el bigote exuberante, que se reúne con las gruesas hebras pilosas de la barba y se pierde en ellas. Cuenta con grave voz su historia miserable, que consiste en haber descubierto en la plenitud de la adolescencia un vello que le cubría la faz, reacio a la parafina y a los mejunjes de su tía, lo que le valió ser abandonada para siempre por ese mal hombre que era el amor de su vida. Desde entonces estaba allí, en el mismo banco y en el mismo carro, sin salir siquiera a las calles de los pueblos que el circo atravesaba para no suscitar lástimas. Y Augusto, inquisitivo, se pregunta la razón de que se exhiba entonces como lo hace ante los curiosos que desfilan por la catanga.

Un nuevo cigarrillo, y Augusto recorre los demás vagones: el del tragaespadas, que mirando al cielo y abriendo la boca incrusta en ella un largo estoque; el del escupefuego, que, a diferencia de los demás, realiza su acto en el exterior, precavidamente; el del

mago maravilloso, que extrae liebres adormiladas del sombrero de copa y adivina el pensamiento de los circunstantes; el de la gitana, que lee el futuro de quien así lo desee en una bola de cristal. Va de uno en uno y paga gustoso la tarifa que en las rampas de acceso cobran sendos adolescentes.

Queda, al fondo, un carro sólo. Es el último y corresponde a la Mujer Araña, el fenómeno más cotizado del circo. Augusto sube por el repecho y entra a un espacio lóbrego al que cierra, a lo largo y ancho del fondo del compartimiento, una gruesa cortina tan negra como las paredes del recinto. Una vez saturado el vagón, un merolico anuncia que la función dará comienzo de inmediato, tras de lo cual levanta el telón y sobreviene el espanto del público.

Tras un grueso cristal, se halla una quimera impensable. De su pequeña cabeza surge una cabellera fuliginosa y enmarañada que enmarca una cara atroz. En las cuencas de los ojos refulgen apenas unos puntos luminosos, levemente rojizos; la nariz es casi inexistente: se perciben apenas en su lugar dos oquedades; de la boca asoma un par de colmillos con manchas de sangre fresca.

Lo más espeluznante es el cuerpo, que brota de la cabeza sin que medie entre ambos el menor asomo de cuello. Es peludo, negrísimo, abultado, enorme, y se desprenden de él ocho apéndices igualmente cerdosos que se posan en el suelo sin moverse. Augusto, al verla, se estremece de pavor.

La horripilante Mujer Araña mira a los espectadores y comienza a hablar. Es una voz tipluda, de niña, pero que vibra en cada sílaba como si su dueña padeciera un indecible dolor. Augusto entrelaza las manos frente a su pecho, aprieta los dedos contra los nudillos y su frente comienza a trasudar profusamente.

“Soy la Mujer Araña —dice el engendro—. Estoy así, como me ven ustedes, por haber desobedecido a mis padres. Antes, yo era una mujer feliz, llena de ilusiones y de sueños. Había estudiado en los libros y tocaba el piano con gran maestría.

”Un día, que no sé si calificar como el más venturoso o el más funesto de mi vida, conocí un hombre al que le entregué mi

alma, la que hoy he perdido para siempre. Mis padres se oponían a una relación que consideraban inicua porque él era casado. Me prohibieron entonces volver a verlo, con la advertencia de que jamás los habría de desobedecer, a no ser que quisiera padecer los tormentos del infierno durante el resto de mi permanencia en esta tierra.

”Aun así –continúa el monstruo–, si ya le había entregado mi alma a ese hombre, deseaba fervientemente que tomara mi cuerpo para volvernos uno solo. Una noche, pues, lo cité, recurriendo a medios que no vienen al caso, en la callejuela que había en la parte de atrás de mi casa, a donde acudí evadiéndome de la rigurosa vigilancia de mis padres. Él me aguardaba impaciente, y yo, al llegar, lo estreché con fuerza entre mis brazos. Después, en la oscuridad, me poseyó.

”Antes de que nos separáramos, vi que me miraba extrañado. Yo, a mi vez, sentí un cosquilleo en las axilas, que atribuí a los efluvios de la pasión. Al pasar la lengua por mis dientes noté, para mi sorpresa, su tamaño excesivo. Ramiro –pues así se llamaba– comenzó a tocar mi cabello, que había yo lavado con gran esmero, y me preguntó si me había aplicado algún tónico o algo semejante, pues me lo sentía de sobra grueso, a lo que le contesté diciendo que no. Pocos minutos después comencé a sentir un abultamiento a los lados de la cintura, en tanto que la imagen de mi amado me parecía cada vez más borrosa. Lo último que vi en sus ojos fue una mezcla de horror y repulsión. Vi cuando corrió alejándose de mí. Después perdí el sentido.

”Cuando desperté, me hallé enclaustrada en una gran caja que se movía como si la estuvieran transportando. A pesar de la oscuridad, poco a poco me fui dando cuenta, aterrorizada, de mi conversión; en efecto, era ahora esta horripilante araña que hoy ustedes pueden ver. Dicen que la metamorfosis tomó varios días, pero yo no me percaté de ella, sumida como estaba en una especie de sopor. Una vez que la abrieron, me vi encerrada en este lugar, de donde ya nunca saldré mientras viva, pues mis adorados padres me vendieron al circo sin demora.

”Por eso les digo, señoras y señores, estimado público, que si no quieren volverse como yo, no desobedezcan a sus padres, que son la fuente de toda dicha y merecedores de todo nuestro respeto. He dicho.

Mientras el público aplaude con cierto entusiasmo, mezclado con temor y asco, Augusto sale rápidamente del vagón a tomar el aire que anhela con todas sus fuerzas, y olvidado de la función del circo que está a punto de comenzar, corre a su casa. “¡Carmela! —piensa con desazón—. ¡Ojalá que no sea demasiado tarde!”

Cuando llega, su mujer mira absorta la televisión.

—¡Maruca! —le grita—, ¿recuerdas que le prohibimos a Carmela seguir siendo novia de Anastasio?

—Claro, hace un rato salió para terminar sus relaciones con él.

—Pero, ¿qué no ves que se va a repetir la historia?, ¿que seguramente ya nos desobedeció y que se ha entregado a él? —dice Augusto, desesperado.

—¿Qué estás diciendo? —responde Maruca—. ¿A qué historia te refieres?

—¿Dónde está?, dime, ¿dónde está?

—En su recámara, ¿dónde había de estar? —dice Maruca cada vez más sorprendida.

Augusto sube enfebrecido a la habitación de la joven. Su hija duerme, o parece dormir. Augusto prende la luz y se acerca a la cama de Carmela. Ahí, con el alma congelada, contempla los pequeños colmillos que asoman ya de su boca; el revoltijo de cerdas cortas y oscuras que han ocupado el lugar de su hermosa cabellera rubia; los huecos que sustituyen ahora a su graciosa naricilla; las cuatro prominencias que, en lugar de los brazos, estiran el camisón y se mueven sin concierto, y los ojos que imploran perdón, aunque ya inútilmente.



## La familia está reunida

La niña ya no tan niña se prepara para el fin de semana. Arrea con atuendos, joyería al por mayor y tarjetas de crédito que le ha dado papi.

—Ay, oye —le dice a mami—, parece que no me tienes confianza. Si nada más voy a Huatulco a estudiar.

—Si, sí te tengo confianza, *baby* —le contesta la susodicha—. Pero eso de ir tú sola con Mario Arturo, Javier Joaquín y Gerardo Raúl, pues como que no me parece propio de una chica de catorce años. Y menos que se vayan todo el fin de semana a un hotel. Compréndeme, *baby*.

La niña, ya entrada en los quince, hace la acostumbrada rabieta y se mete a su recámara ignorando a mami. Arregla ahí bikinis, tangas y ropita buena onda para el antro (si es que llega a ir a uno, lo que sería una grave pérdida de tiempo estando sola y con tres galanes al lado).

Al salir de la recámara con todo y maletas escucha la voz de mami, que le reitera que se acuerde de regresar el domingo temprano porque el lunes tiene el examen de biología en la escuela de monjas a la que asiste. “¿Biología? Para biología, la que voy a ir a practicar a Huatulco, querida mami”, musita la chica por lo bajo.

Afuera ya la aguardan emocionadísimos los tres chamacos, a saber: Mario Arturo, Javier Joaquín y Gerardo Raúl. Saben de antemano que, como los mosqueteros, habrá una para todos y todos serán para una. Así que la chava se encarama en el automóvil del año del primero de ellos y salen los cuatro volando hacia la costa.

—Dos horas cuando más y ahí estaremos —comenta, sabihondo, Javier Joaquín.

Dicho y hecho, llegan al paraíso tras veloz viaje. Y con la tarjeta de crédito de papi rentan la suite ejecutiva del enorme y lujoso

hotel, gracias al ya mencionado papi y a su protección financiera, ese mismo papi que se encuentra a estas horas en Las Vegas, adonde fue con el pretexto de cerrar un negocio importantísimo y, de paso, ver la “Pelea del Siglo” entre dos negros colosales que tanto le desagradan a mami. O que dice que le desagradan, porque a esta hora ella también emprende el vuelo con otro morenazo colosal, vecino él, soltero y medio bruja, que solamente ve en la ya agrietada mami el medio de llegar indemne a la tabla de salvación de la siguiente quincena, y, si se puede, del siguiente lustro.

Al hermano de la niña ya no tan niña, por otro lado, le han comprado su motocicleta de gran cilindrada para que no esté molestando con el humo de la mota que se fuma a todas horas. A horcajadas en la máquina, se entretiene el mozalbete en atropellar viejitas y seducir ilusas junto con sus cuates, gracias nuevamente al desinteresado amor de papi, quien ya para entonces está agarrando camino para Aspen con una güera soberbia, ligada entre sorbo y sorbo de innumerables martinis al lado de la mesa de *black-jack*.

La niña, en Huatulco, ni siquiera llega a divisar el mar porque está mucho más a gusto en la suite del hotel, donde ella y sus amigos se la han pasado entre carrujos, pericazos y el cadencioso disco de U2, que un enorme superestereofónico y de altísima fidelidad —comprado a última hora con la tarjeta de papi en un almacén de prestigio— toca una y otra vez. A estas alturas ya ha hecho más *streap-teases* ante Mario Arturo, Javier Joaquín y Gerardo Raúl que los que lleva la güera de papi en los veinte años de burlesque —desde Tucson hasta Atlantic City— que lleva a cuestras.

Mami, claro está, no se acuerda de sus vástagos ni de papi, pues aunque no pudo llegar más que a Cuernavaca, su morenazo Rodrigo Jesús del alma está como para olvidarse del mundo todo. Muchacho tierno este, no cabe duda; no como papi, que sólo a veces hace escala en su bienaventurado hogar, ocupado como está en sus juntas de negocios y su golf, actividades que sin embargo son tan necesarias para que su familia adorada no pase hambres ni privaciones, como lo demuestran los cinco automóviles del

año que aguardan en el garaje; la alberca, en la que bien cabría el yate que se halla anclado en Cancún; los rólex, que brillan en las muñecas de todos los miembros de la sagrada familia; la inmensa antena parabólica, que recibe perfectamente ochenta mil canales, o las inversiones abundosas en las islas Caimán.

Transcurre entero, por fin, el fin de semana, y mami se da cuenta de que ya casi son las diez de la noche, mañana es lunes y papi ya debe estar llegando, por lo que levemente le dice al oído a su gigoló precioso que apriete más el acelerador del BMW.

Papi, en esos momentos, arriba al aeropuerto porque mañana temprano tiene cita con el notario para lo de las escrituras del rancho recién adquirido y del departamento rosa que le ha comprado a su secretaria; además, ya ha quedado con la güera de que lo esperará el siguiente sábado en Puerto Escondido, si es que para entonces la vedette no se ha encontrado a otro que se la lleve a Miami.

Ya pernocta el doncel en la casa familiar, más borracho que una cuba y más pasado que la Guerra de los Treinta Años, viendo entre sueños a las conejitas de Hugh Hefner en el canal televisivo correspondiente, y listo para recomenzar la pachanga apenas salga el sol.

La niña ya no tan niña, por último, llega rauda y veloz en ese preciso momento a la residencia paterna —o sea, su hogar— sabiendo ya más anatomía y fisiología que el mismísimo Premio Nobel de Medicina del año anterior, pidiendo al cielo que el periodo le llegue a tiempo tras el *weekend* de órdago que se acaba de reventar.

A las once y media todos se encuentran gozosos. Se saludan de beso y mami habla de las intensas sesiones de *bridge* que jugó con sus amigas para alivio de los niños pobres; papi relata su reciente transacción que beneficiará las perspectivas financieras de la familia; el junior charla adormilado acerca de los mil programas culturales televisivos de los cuales ha sido atento espectador todo el fin de semana, por lo que su erudición es ya impresionante, y la *baby* habla de los ocasos apenas vistos entre los momentos dedicados al estudio de las células, mitocondrias y proteínas, por lo que se retiran a hacer sus abluciones y a descansar porque ya la familia, a Dios gracias, se ha reunido una vez más.



## El guardián de la justicia

“El otro día, hace ya como un año —me dice en confianza el individuo que usa lentes de abejorro, oscurísimos (a pesar de ser las once de la noche y de que allá afuera hay una cerrada neblina), hebilla de plata, esclava de oro con brillantes mil—, el tipo que me renta la casa me andaba amenazando con botarme a la calle si no le pagaba los atrasos de los veinte meses que le debía. Y sí, le debía yo, pero no porque no tuviera, sino porque no se me daba la gana soltarle la billetiza. Me dijo que iba a ir a ver al licenciado, que me iba a meter pleito y no sé cuántas babosadas más. Me escamé un poquillo, lo que sea de cada quien. Así que me pregunté a mí mismo: “¿Qué hacer, demonios?”, y no me respondí nada porque no se me ocurría qué. En una de esas, de pura chiripa, que me encuentro a un cuate mío de cuando éramos unos mocosos, que andaba metido en la policía. Me invitó a que yo también ingresara al cuerpo, en el buen sentido de la palabra, y me dijo que la llevaba bien con el comandante y que me podía echar la mano si yo quería, que corría el dinero en serio si no me atarugaba, y que más tarugo sería yo si no le entraba.

”El sujeto sonrío y se le queda mirando al tarro de cerveza XX que tiene sobre la barra de esa mala cantina y después al gran espejo que él y yo tenemos al frente, de modo que le habla a mi reflejo más que a mí.

”Le dije que no lo creía posible porque nomás tenía la primaria, que había terminado de panzazo, y que iba a estar medio difícil que me aceptaran. “¡Újule, tú!, ¿pues a poco crees que el comandante fue a la universidad?”, me dijo mi cuate. Así que agarro y que me voy con él al otro día a ver al funcionario. Mi compadre le dijo que yo era rebueno para los trancazos y que a lo mejor servía bien para emprender la sagrada misión de la seguri-

dad pública. Casi de inmediato me aceptaron, no sé si porque le caí bien al jefe, por las influencias de mi camarada o porque vio en mí una garantía de la justicia y la protección de los ciudadanos todos. La cosa es que rápidamente me dieron esta pistolita que ves aquí —y el sujeto se levanta apenas del banco, se sube la camisa, y aparece entre el abdomen abultado y el cinturón una alarmante cuarenta y cinco con cachas de nácar— y esta charola —y saca ahora del bolsillo de la camisa una cartera llena de credenciales, la abre y aparece una placa dorada que lo acredita como agente de no sé qué policía, tras de lo cual se vuelve a sentar en el banco.

”Ya con esto, me fui a la primera misión que yo solito me di; así que agarro y que me le hago presente al dueño de la casa al que le debía yo. Y así como te he enseñado a ti estas cositas —se golpea el bolsillo con la izquierda y la cintura con la derecha—, que se las muestro también a él y que le digo: “Quihubo, así que me vas a sacar de la casa, ¿no?”. Todavía ni terminaba yo de decírselo cuando ya le estaba acomodando una bola de patadas por todos lados. Después que lo tumbo con un gancho en pleno hocico. No, hombre, si vieras qué madriza le acomodé al baboso ese. Ya encarrerado, que agarro una grabadora y una cámara fotográfica que estaban en la sala y, de paso, que le dejo bien resobada a la hija que tiene, a pesar de que ella y su madre pegaban de chillidos como si fueran marranos rumbo al matadero. El tipo nomás me miraba todo atarantado, lleno de sangre, como si no lo pudiera creer. Todavía le dije que cuidadito fuera a denunciarme, porque entonces regresaba y lo convertía en mi suegro a la de a fuerzas.

El policía me mira sonriendo con suficiencia, saca una ajada cajetilla de cigarrillos y prende uno. Apoya su mano en mi hombro y continúa:

”Pues no me lo vas a creer, pero el tipo ese que se presenta al otro día en las oficinas, y con un licenciado además, para acusarme ante mi comandante. ¡Hazme el favor! Amenazaban con que iban a hablar con la superioridad o con el tribunal superior, ya ni

me acuerdo con quién. Cuando se fueron, el jefe que me manda llamar, y ahí voy, todo temeroso; pero nomás me dijo que me estuviera tranquilo y que él iba a parar todo el asunto. Y bien que lo hizo, porque nada más pasó esa vez y no va a pasar la segunda. Al quejoso, que así le decían, sigo sin pagarle la renta y sobándole a la hija cada vez que me la encuentro en la calle. Eso sí, le tuve que dejar al jefe la cámara y la grabadora por los favores recibidos.

El sujeto de lentes oscuros se inclina sobre la barra, desgarras y escupe en el suelo una baba espesa mientras mueve la cabeza de un lado a otro en un gesto de incredulidad. Está ya muy borracho.

”De entonces para acá todo me ha resultado ahí más o menos. Y es que, mira, todo es bien fácil. Tú nomás ves a un tipo que ande en la calle ya tarde, que no se vea de buena familia, paras el vehículo a su lado y le gritas al menso: “¡A ver, identifíquese!” o “¡Quedas arrestado!” o lo que se te ocurra, y, mira, te haces de un anillito, de un relojito o de unos cuantos billetes, porque te sueltan lo que les pidas con tal de que no te los jales a la comandancia. ¡Vaya, ni siquiera tienes que sacar la pistola o la charola! Solitos caen. También puedes llegar a las casas de pirujas, y ahí, mi estimado, todo es gratis, porque si no, les armas una escandalera. El jefe no está pintado, desde luego. Así que le entrego cada tarde la cuota que se merece por haberme dado la chamba, pero que además me exige el desgraciado.

Se queda callado unos segundos, mira con ojos perdidos el calendario que cuelga de la pared donde aparece una chica desnuda y exhala con fuerza varias veces, como conteniendo las náuseas.

”Y eso que todavía estoy medio verde –continúa–. Como te digo, apenas tendré un año el mes que viene de luchar por la justicia. Pero hay elementos que, esos sí, se las saben ya de todas todas. No, hombre, ya están bien curtidos en ese rollo. A esos los mandan a los asuntos grandes: el narco, secuestros, extorsiones y todo eso. Ahí sí corre el billete en grande. Los principiantes todavía andamos en trabajos chicos: asustar a los que sabes que no tienen bronca, treparte al vehículo a una que otra chava acusándola de lenocinio y cosas así. A veces, por ejemplo, te mandan a investigar un robo.

Llegas a la casa donde ocurrió el ilícito y te echas en la bolsa lo que puedas sin que se den cuenta los moradores. Nunca hay problema porque siempre le cargan el muertito al ladrón. O te llaman para que le des una calentadita a algún detenido que no quiere cantar. Lo bueno de esto último es que, además de cumplir con tu deber, hasta haces ejercicio. Yo todavía no debo ninguna vida, pero a veces se me pasa la mano ahí en los separos y quedan mal los pobrecitos, así, como medio turulatos.

El sujeto, con amabilidad insólita, me avisa que va al baño. Y sí, ahí va haciendo cuidadosas eses entre las pocas mesas que hay en el trayecto. Regresa y se vuelve a acodar en la barra.

”¿Dónde íbamos? ¡Ah, sí! Mira, no te voy a decir que no: a veces hay que fajarse para detener a tipos peligrosos; pero si sabes que te van a dar problemas, pues vas en bola por si las dudas, no sea la de malas. O de plano les sacas la vuelta e informas que se evadieron. Los más experimentados terminan el asunto a plomazos y ni quien les diga nada. Total: dicen que los muertos se querían escapar o que solo contestaron el fuego, y ahí para todo. No hay bronca.

”A veces nos acusan de violación y esas cosas. Por eso hay que saber con quién se mete uno. Nada de niñitas ricas, por principio, porque te puedes llevar un susto con las consecuencias. Ves a una vieja, te dices que esa no va a hablar, le sacas la pistola y te la subes al vehículo. Hay que saberle, te digo. Yo con niñas popis ni loco. Tienen que ser humildes, de las que sabes que ni les van a hacer caso cuando se les ocurra acusarte. Si se ponen muy canijas, pues les das una madriza y las dejas bien calmaditas. A las ricas no. Esas te pueden poner un cuatro con sus influencias y su lana. En fin, como te digo, hay que saberle.

El tipo se levanta, se faja los pantalones y me da otra palmada en el hombro.

”Pues ahí nos vemos, mi cuate. Hoy pagas tú y mañana yo, ¿no? Y ahora me voy a seguir protegiendo la justicia y la legalidad —concluye rumbo a la salida.

## El dedo prodigioso

Sus padres recordaban con las manos entrelazadas que Eufrasio había levantado el dedo a los pocos días de nacido. Concretamente, desde aquella vez que su madre entró a la habitación donde el bebé, en una gran cuna, hacía gorgoritos, y había preguntado con ese tono almibarado que sólo las progenitoras usan cuando hablan a sus crías: “¿Dónde está mi querubín?”, a lo que el mencionado mocosuelo, ni tardo ni perezoso, elevó la manita donde destacaba como un sol el dedo índice.

Más tarde, ya en la escuela primaria, cuando el profesor cuestionaba a los alumnos, Eufrasio levantaba el dedo al menor apremio. Nunca sabía la respuesta correcta, pero su actitud hacía que su mentor jamás le preguntase nada. Era lógico: si un niño levanta el dedo es porque sabe la respuesta, de manera que únicamente preguntaba a aquellos alumnos que mostraban una actitud esquivada, huidiza. Como Eufrasio siempre erguía el índice, evitaba todo interrogatorio y se salía con la suya. Tanto lo hacía, que la habilísima estratagema se volvió en él costumbre inveterada.

En la secundaria primero, después en la preparatoria y por último en la facultad de leyes, recurrió invariablemente al mismo truco del dedo levantado en clase, por lo que se graduó con honores. Antes de eso, tal gesto se le había vuelto automático y refinado, porque unía con maestría el pulgar y el cordial y hacía surgir de entre ellos el índice con un dejo de displicencia exquisita. Así pues, en todos los niveles educativos evadió los interrogatorios magisteriales, lo que le era vital porque de aritmética, química y derecho romano andaba tan en las nubes como su dedo.

A pesar de su crasa ignorancia, también sus condiscípulos le atribuyeron sapiencias y dotes mayúsculas, porque cuando el profesor correspondiente preguntaba a los alumnos la ley de Avogadro,

el significado de la palabra “hebdomadario” o el artículo doscientos noventa y ocho del Código de Procedimientos Civiles, su índice brincaba como impulsado por un resorte por sobre las cabezas de todos, quienes se miraban unos a otros con un azoro rayano en el pasmo.

La suerte magnífica de que en toda una vida de estudios nunca le hubieran solicitado una sola respuesta se extendió —una vez obtenido el título profesional— a cuanta chamba agarró desde entonces. Durante las juntas de trabajo identificaba con gran celeridad aquellas propuestas que tenían visos de ser aprobadas, y entonces, ya en las votaciones, su dedo mágico inclinaba decisivamente la balanza. Su padre le decía siempre que llegaría en la vida a las alturas estratosféricas que alcanzaba su dígito en cuanta asamblea, convención o conferencia participaba Eufrasio. Tenía razón: su buena suerte estaba ya fuera de toda duda al cabo de pocos años.

No obstante, tenía que encontrar el ámbito natural, el terreno abonado donde pudiera explayar su destreza sin par. Y ese ámbito fue el partido. En él, alcanzó cumbres jamás vistas en el arte del que era consumado maestro. Se dedicó desde su ingreso a sacar adelante planillas discutibles, propuestas remendadas, acuerdos a trasmano, proyectos irrealizables, votaciones arregladas. Y todos cuantos se vieron beneficiados por su dedo prodigioso le quedaban agradecidos de por vida.

Un buen día, el líder lo llamó a su oficina, lo sentó en una poltrona, le escanció un whisky y le dio la buena nueva: “Serás diputado —le dijo—. Tu habilidad inverosímil para levantar el dedo no puede ser echada en saco roto. El partido y sus militantes —continuó entusiasmado— te necesitan como la florecilla necesita del rocío y el infante a su madre nutricia. Necesitamos, en fin, tu maravilloso apéndice, mediante el cual solidificaremos las instituciones patrias”.

A partir de ese momento se dedicó en cuerpo y alma al gimnasio más que a la campaña. Llegaba temprano, a eso de las siete de la mañana, a practicar el levantamiento del dedo: uno, dos, tres, cua-

tro, cuatro, tres, dos, uno, y vuelta a empezar. Después lo hizo con obstáculos y más tarde contra reloj. Así acentuó a tal grado su industria que llegó a ser la admiración de propios y extraños. Después, en las giras, se dirigía al pueblo reunido y le decía a través del micrófono: “¿Saben que haré para solucionar sus graves problemas cuando sea diputado? ¡Esto!”, y levantaba soberbiamente el índice de la mano diestra, por lo que recibía entusiastas ovaciones.

Arrolló como nadie el día de la votación. Los sufragios menudearon a su favor. No se recordaba caso igual en ningún distrito ni en toda la historia escrita o por escribirse.

Ingresó, pues, con paso firme y a tambor batiente a la Cámara. Aunque sería mejor decir a la cafetería de la cámara, donde ingería café tras café a la espera de ser llamado para lograr el quórum o para votar alguna iniciativa de ley. Durante el desarrollo de los debates se abstenía de ingresar al salón, pues entonces no se requería su presencia: no había sido nombrado diputado para esos menesteres ni era esa su función. Pero cuando la votación de las mencionadas iniciativas era inminente, penetraba al recinto, ocupaba su curul y entonces, con ese talento sin igual, levantaba su áureo dedo en favor de la consigna del líder del partido. Era sorprendente.

Una mañana, tras una noche de mucho dormir, se levantó con un ligero dolor de dedo. Pudo ver, alarmado, que éste mostraba una leve inflamación entre la falange y la falangeta. Horas más tarde salía en avión directamente al Memorial Hospital de Austin, Texas, donde le prescribieron una pomada que resultó inútil. La inflamación se le transformó en una bolita definida que le bailaba a lo largo de esa fundamental prolongación de la mano hasta que se le fijó en una de las articulaciones. En el London Surgical Center recibió la fatídica noticia: “Es inoperable. Ha sufrido sobreentrenamiento”, le dijeron en inglés, lo que entendió más por el gesto del médico que por su dominio de ese idioma, pues —como ya se dijo— de inglés no sabía un rábano.

A su regreso, Eufrasio notó al borde de la histeria que su dígito, que antes se elevaba con derechura y garbo, ahora se doblaba

grotescamente en la segunda articulación. Trató de ocultar la mano en el bolsillo, pero le era imposible llevarse la taza de café a los labios con la izquierda, por lo que se derramaba el hirviente líquido en la corbata y las solapas del traje.

Una tarde ocurrió lo que tanto temía: fue llamado a votar. Izó, pues, el dedo al escuchar el espeluznante imperativo: “¡Levanten la mano quienes estén a favor!”, pero lo hizo de un modo vergonzante, medroso, sin la exquisita finura de antaño, y la votación se perdió irremisiblemente. Eufrasio, por primera vez en su vida, supo lo que era morder el polvo amargo de la derrota.

Desposeído ya de su vital habilidad, sus colegas del partido comenzaron a percatarse de la razón de las catástrofes que a partir de ahí se sucedieron y, lo que era peor, también de la absoluta carencia de habilidades de Eufrasio en casi todos los demás órdenes de la existencia. Hasta entonces, la habilidad prodigiosa de elevar el dedo había ocultado esas múltiples deficiencias, pero al faltar ésta, sus defectos se volvieron más visibles que una cubana en minifalda. Se le vio zafio, agreste y patán, sin la acrisolada presencia y la excelente formación cultural que tiene cualquier diputado. En consecuencia, se le excluyó sin más, sumariamente, de la actividad parlamentaria, y después se le expulsó de manera expedita del partido.

Sus antiguos jefes le dieron la espalda; antes de que cantara el gallo sus padres lo negaron tres veces, y de tratarse el dedo con los mejores médicos en los más conspicuos hospitales del Primer Mundo, terminó siendo atendido por un huesero en el mercado municipal, quien resultó tan ineficaz como aquellos. Las oportunidades en la vida se cancelaron y se desvaneció la arrolladora reputación de que otrora había gozado.

Todavía es posible ver a un Eufrasio por estas calles de Dios, anhelante de recursos, pedigüeño irredento, tocando con su dedo hinchado y contrahecho, sin las glorias de antaño, el dorado timbre de las puertas del éxito, cerradas ya para siempre.

## Un concierto de Brahms

Cuando el Usuario del Transporte Público (al que denominaremos UTP en lo sucesivo) supo por interpósitas personas que el costo del pasaje en el servicio urbano se incrementaría sustancialmente al día siguiente, creyó —como siempre le ocurría— que la calidad del servicio habría de aumentar parejamente, según habían informado los concesionarios de la línea. En efecto, en una conferencia de prensa muy formal se había señalado ante los micrófonos y las grabadoras de la prensa local y nacional que la calidad del transporte, esperada largo tiempo atrás por la ciudadanía, sería un hecho a partir del día siguiente.

Esa noche casi no durmió. Ansiaba atestiguar los prodigios que al otro día le aguardarían cuando tuviera que encaramarse al camión, que ya adivinaba pintadito y reluciente. Imaginaba que el autobús llegaría con toda corrección a la parada, sin el acostumbrado chirriar de balatas y el traqueteo del mofle, y sin asemejarse a un toro recién salido del corral de toriles, embistiendo, bufando y levantando polvo, pero tampoco como tortuga reumática de avanzada edad y recluida en un asilo.

El *chauffeur* (pues ahora supuso que se le llamaría así), bañado y vestido como piloto aviador —de azul marino, con alba camisa, quepís y corbata de bolitas— le daría amablemente los buenos días y lo invitaría cortés a ocupar uno de los asientos reclinables, con cinturón de seguridad y toda la cosa, y esperaría a que estuviera sentado para reanudar la marcha, no como ocurría antes, que cuando apenas el UTP se trepaba el maldito chafirete arrancaba con extrema violencia, haciéndole emprender una veloz carrerilla hasta el fondo, donde invariablemente chocaba con gran fuerza contra los pasajeros de la retaguardia.

Una vez en el asiento –pues a partir de ahora siempre habría uno disponible para él dado que la cronometrada salida de los camiones no provocaría aglomeraciones ni viajes de pie–, se pondría a escuchar, a través de audífonos finamente sintonizados e instalados en cada lugar, el segundo movimiento del Concierto para Violín en Re Mayor, Opus 77, de Johannes Brahms o, por lo menos, la *Pavana para una infanta difunta*, de Maurice Ravel.

Quizá (aunque esto ya lo veía más improbable) el susodicho *chauffeur* anunciaría la siguiente parada en el trayecto con una comedida y bien modulada voz, como sucede en el país del norte; por ejemplo; “Distinguidos pasajeros: este servicio urbano de transporte les da la más cordial bienvenida, y anuncia su próxima parada en la esquina que forman las calles de Juárez e Hidalgo. Se les ruega a todos los pasajeros que tengan este punto como destino pasar a la parte posterior del autobús, una vez que éste se haya detenido completamente y se halle debidamente estacionado, a fin de que procedan al descenso correspondiente. Les agradecemos su preferencia y los invitamos a utilizar de nueva cuenta nuestros servicios. Muchas gracias”. Aun cuando no fuera exactamente así, al menos ya no tendría que realizar las consabidas piruetas circenses para apretar el pringoso timbre que siempre se hallaba al fondo del cacharro –cuando buenamente se le hallaba–, puesto que ahora anunciaría su deseo de bajar pulsando un llamador mucho más bonito colocado estratégicamente junto al asiento.

El UTP imaginaba también, en esa noche de delirio, un autobús en toda forma, sin los tubos y las agarraderas hasta entonces utilizados para que los pasajeros de pie, prendidos a ellos, no cayeran por tierra miserablemente, puesto que ahora, con el mejoramiento de los servicios provocado por el aumento del precio, los pasajeros no irían en el interior como vil remedo de ganado criollo. Por el contrario, irían comodísimos solicitando a la *steward* un vodka o un whisky para el camino. Por si fuera poco, los autobuses, desodorizados y pulcros, emanarían aromas de gardenia y no los rancios e insufribles hedores de siempre.

Llegó la ansiada mañana y el UTP se arregló lo mejor que pudo para estar a tono con el servicio que seguramente recibiría en su ruta al trabajo, apartó el dinero necesario que iría a parar a los manicurados dedos del *chauffeur* y se dispuso a esperar el arribo del flamante y aerodinámico vehículo.

Extrañamente, el autobús no llegó a los cinco minutos, como había supuesto, sino a los usuales veinte, y con un estrépito de amortiguadores y válvulas que de plano terminó por desconcertarlo. Cuando se detuvo mucho más adelante de la obligada parada, ya una impresionante multitud corría tras él y se apelmazaba en la puerta, como granos de arena en la estrecha boca de un reloj.

De algún modo se encaramó y vio repleto el interior del vehículo, un sucio y furibundo chafirete y no el *chauffeur* que había imaginado, y un mar de codos que se le venían encima. Las bocinas, a todo volumen, no alegraban el aire con sonatas, conciertos ni sinfonías, ocupadas como estaban en vomitar el último éxito de Las Hienas del Norte. El sujeto que medio manejaba el armatoste se sonó la nariz con los dedos índice y pulgar y se los limpió con el boleto que, a continuación, le entregó al pasajero como comprobante de su pago, hecho lo cual arrancó con gran celeridad lanzando al pasajero contra una anciana de cuya escasa cabellera tuvo que prenderse fuertemente para no caer. En lugar del “Distinguidos pasajeros...” que había fantaseado, tan sólo escuchó el tradicional estribillo del “corriéndose, corriéndose, que atrás hay lugar”, aun cuando era obvio que en ese “atrás” no cabía ya ni un alfiler tuberculoso. Después, comenzó un trayecto accidentado, plagado de acelerones y frenadas que movían al pasaje como si se hallara entre las agitadas olas de un violento mar.

Como mono en rama, pescándose de los sucios tubos como podía, pudo milagrosamente llegar a la puerta posterior en coincidencia con el arribo al punto de la ruta en el que debía descender; así que se dispuso a tocar el timbre que supuestamente estaría colocado arriba de aquélla, junto al tierno *graffiti* con el que Paco daba a conocer *urbi et orbi* su amor por Azucena (“el paco hidolatra a la Asusena”, decía), pero, ¡oh!, del timbre sólo quedaban los

restos de un cordón más cochambroso que el currículum de un diputado y al otro lado de la catanga infernal, por lo que, avergonzado, tuvo que gritar destempladamente: “¡Esquina bajaaaaan!”.

El siniestro maleante que operaba el volante se detuvo en el punto exacto en el que se hallaba la carcacha cuando escuchó el grito a través de la plasta de cerumen que engalanaba sus orejas. Y cuando se dice “en el punto exacto”, se quiere indicar que frenó drástica e instantáneamente en el punto exacto, lanzando hacia adelante cuanto objeto material había en el interior, incluidos en esta categoría los seres humanos que ahí viajaban.

El UTP pudo bajar, por fin, a media calle, en pleno río de automóviles que pasaban a su lado con velocidad suma, cuando ya el conductor asesino reiniciaba el trote de la malévola máquina. Enojado, el expasajero todavía le gritó a pleno pulmón, desmelenado: “¡Y para esto aumentaron el costo del pasaje?”, a lo que aquél respondió por la ventanilla en el fragor de la escapada: “¿Y qué querías, imbécil? ¿Un concierto de Brahms?”.

## Un crimen no tan famoso

En alguna novela de Agatha Christie de cuyo nombre no puedo acordarme, uno de los personajes muere inexplicablemente de un disparo en una habitación cerrada por dentro con tres vueltas de llave. No hay otra entrada ni tampoco arma alguna, pero Hércules Poirot, el héroe de la novela, tanteando aquí y allá, descubre un pasadizo secreto que va de dicho aposento hasta la recámara de la esposa de la víctima, quien resulta ser así la autora de tan nefando crimen.

O la Christie leyó una serie de notas aparecidas en *Excelsior* a finales del año de 1928, o la misma clase de homicidio se fraguó en las mentes de la escritora y de doña Rosaura Uribe de Topete, la asesina del viejo propietario de una prestigiosa tienda de abarrotes y ultramarinos, don Arturo Topete.

Porque ocurre que este matrimonio ocupaba una vieja casona de la capital en la calle llamada entonces Niño Perdido. Dicha casa había pertenecido mucho tiempo atrás a don Luis Orduña, un vejete ricacho y conservador que, asustado por la Guerra de Reforma, había mandado construir un pasaje subrepticio entre la biblioteca y su alcoba, corredor que tenía, además, salida a la calle, como en las películas de Vincent Price. La puerta se activaba, en la primera, mediante el giro de una voluta en el repecho de la chimenea, y, en la segunda, por la presión de una cierta chapa de madera que se hallaba bajo la ventana, según se vino a saber muchos años después quién sabe por qué artes.

Como confesaría doña Rosaura más tarde, cuando ocuparon la casa en el año de 1914, casi arrasada a la sazón por los cañonazos revolucionarios de la Decena Trágica, el angosto callejón se hallaba a la vista de todos, por lo que decidieron darle el uso para el que había sido originalmente construido. Corrían, al final de

cuentas, los tiempos de la Revolución y nadie sabía qué podría ocurrir más adelante. A pesar de todo, se dio maña el matrimonio para que nadie se enterara —ni siquiera sus íntimos—, pues cualquier delación daría al traste con sus previsiones; así que contrataron albañiles de pueblos lejanos y los hicieron trabajar durante las noches de los quince días que duró la reparación completa del subterráneo.

Adosaron, pues, un tocador en la recámara y un librero en la biblioteca a los extremos del oscuro pasadizo —dotado sin embargo de bombillas eléctricas— y les instalaron a ambos un mecanismo encubierto para que abrieran como puertas.

Pocas veces lo utilizaron, no obstante, salvo para gozar de un ocasional espíritu aventurero que diera algo de sabor a sus hastiadas vidas; por lo demás, los balazos, cuando caían, caían lejos, y el barrio era tranquilo y amistosos los vecinos.

Así las cosas, sucedió que un día doña Rosaura —mujer de media vida y aún con carnales bríos que los espaciosos arranques de su marido no habían agotado— se enamoró de uno de los nuevos empleados de aquél, un jovenzuelo moreno, de botines lodosos y corbata picada de polillas, de nombre Leopoldo Villavicencio. Leopoldo, el tenedor de libros, se llegaba a veces hasta la casa enviado por don Arturo para recoger algún documento dejado por la prisa en algún cajón, para entregar a doña Rosaura algún dinero para los gastos domésticos o para llevar la selecta despensa encargada por su patrona. O por lo menos así era al principio, porque después las visitas menudearon por propia iniciativa del empleadillo, que arribaba con cualquier pretexto: el extravío de un papel o el olvido de la cachucha; en fin, Leopoldo se daba mañas para inventar las justificaciones necesarias para su presencia en la casona de Niño Perdido.

Váyase a saber por qué, pero el caso es que, de ser recibido con fría cortesía al comienzo, acabó con ser bienvenido con pasión evidente al cabo de pocos meses. Las mejillas hasta entonces secas de la señora de Topete se arrebolaron; la vestimenta, usualmente tan parca, fue repuesta casi en su totalidad; los grises vestidos die-

ron paso a otros de colores múltiples y festivos; el formal “señor Villavicencio” cedió su lugar al familiar “Leopoldo” y después al cálido “Polito”, y los floreros escasos de la casa se tupieron de vistosos ramos de rosas rojas. La apariencia del empleado se transformó parejamente. Se terminaron el calzado encenagado, la juvenil gorra y las corbatas pringosas, y entonces fueron los borceguíes acharolados de dos colores, el bombín de medio pelo y las corbatas de pajarita, cuyo precio estaba muy por encima de los ingresos del tal Polito.

Como siempre ocurre con las pasiones ocultas, la de doña Rosaura y Polito resbaló lenta y firmemente hacia el frenesí, y de pronto surgió en ambos la idea de preservar su amor y, a la vez, el caudal de don Arturo, quien, por lo demás, ni siquiera se percataba de las evidentes metamorfosis en la apariencia de su cónyuge y de su asalariado.

Una tarde, don Arturo digería feliz un pollo, varios tacos de chorizo y dos platos de alverjones hispanos mientras informaba a su mujer la boyante situación lograda a pesar de las circunstancias políticas del país. Para rematar, la distinguida dama sirvió al anciano —pues ya era un anciano el señor Topete, de pocos kilos y vigilia tenaz, pero de salud codiciada— un café fuerte saturado de un vigoroso somnífero comprado en la botica vecina, tras de lo cual Polito, que había entrado a la casa apenas el vejete clavó el pico, lo estranguló con las manos y después lo guindó de un mecate amarrado a una alcayata que sobresalía en un muro de la recámara que había atestiguado tantas veces los lúbricos ímpetus de la desordenada y criminal pareja; después cerraron la puerta por dentro con doble llave y salieron por el pasadizo con la mayor tranquilidad.

En la noche se halló el cadáver. El inspector de la policía ordenó forzar la puerta a petición de doña Rosaura, alarmada por el inexplicable silencio de su marido y la obstinada cerradura. El espectáculo que encontraron fue el esperado: don Arturo, con media lengua de fuera, los ojos salientes y el rostro amoratado, yacía suspendido de la pared a escasos centímetros del suelo.

Bajo sus pies, un banquillo aparecía derribado. El balcón estaba igualmente atrancado. No había forma de que un supuesto homicida hubiera agarrotado al suspendido comerciante. Pese a la ausencia de la consabida nota de despedida, la opinión fue unánime: suicidio.

La autopsia, sin embargo, dio lugar a las primeras sospechas, que, empero, pasaron sin pena ni gloria. ¿Cómo –se dijo– un hombre que está a pocos minutos de ahorcarse tiene los arrestos para engullirse un pollo, unos alverjones que tan duramente caen al estómago y, por añadidura, unos tacos de chorizo, que caen aún peor? Además, los restos del somnífero en el cadáver eran todavía abundantes. Había algo raro en todo el asunto. Por si fuera poco, los negocios de don Arturo marchaban espléndidos, su matrimonio con doña Rosaura era aparentemente ejemplar y su salud podía resistir a una ráfaga de balas. No había, pues, motivo alguno para decisión tan drástica e inoportuna. De cualquier modo, había que rascar un poco para que no se viera el menor asomo de desidia en las labores policiales.

Algunos vecinos se habían percatado de las insistentes visitas de Polito a la casa en ausencia de su patrón, y un sargento descubrió, entre los papeles de doña Rosaura, la nota de compraventa de la sustancia hipnótica, pero ella afirmó, en cuanto a lo primero, que por instrucciones del finado, el tenedor de libros la ayudaba eficazmente en muchas de las labores domésticas y, en relación con lo segundo, que, en efecto, había adquirido los polvos por indicaciones de don Arturo, quien sufría de un insomnio porfiado.

La juventud de Polito, su debilidad de carácter o váyase a saber qué, lo llevaron ponerse en extremo nervioso cuando se le sometió a un interrogatorio de mero trámite unos días después del fallecimiento de su jefe. Casi de inmediato declaró su amor por la viuda y pidió –rogó más bien– que no la tocaran. Después entró en un silencio obstinado cuando se percató que los policías nada sabían de eso ni de nada más.

Pero ya era demasiado tarde; había dicho más de la cuenta, y bastó jalar unos pocos hilos aquí y allá tanto a él como a doña

Rosaura para que entre los dos despepitaran todo lo que tenían que decir acerca de este crimen no tan famoso.

Lo que era obvio suicidio, se transmutó en asesinato artero, y la señora y el tenedor de libros se volvieron huéspedes de sendas prisiones durante lustros enteros, él lamentando un día sí y el otro también el tamaño de su boca, y ella maldiciendo el momento en que se fue a enredar con un jovencito tan imbécil, tan medroso y tan bisoño.

Años después, como resultado de uno de los numerosos temblores que ahí suceden, los picos dieron cuenta de la casa de Niño Perdido, dañada hasta sus cimientos por el fenómeno, y en su lugar, paradójicamente, se estableció una tienda de abarrotes y ultramarinos, igual a la que poseía don Arturo Topete, sólo que más moderna y ya sin los pasadizos secretos que inflamaron la mente de su anterior propietaria.



## Una vieja amistad

El día que Román mató a su novia durante esa fiesta de cumpleaños todos nos sentimos azorados y perplejos. El bárbaro e inaudito crimen nos llegó al fondo a todos los que éramos amigos de ambos. Román, ese muchacho calmoso, escuálido y achaparrado se nos volvió de pronto un homicida; es como si durante todo el tiempo de nuestro trato hubiera habido en su interior un engendro que de pronto surgía, violento y sañudo, y que nosotros desconocíamos absolutamente.

A mí me lo contaron al otro día del suceso, cerca de la madrugada —porque todo eso ocurrió cerca de las diez de la noche—, y tuve que encaminarme muy temprano a la casa de Cristina para convencerme de que era cierto, aunque ya en todo el pueblo era noticia.

—¡Que Román mató a Cristina! —me había dicho Raúl por el teléfono.

—Estás loco. No me estés fregando que estoy todavía dormido —contesté.

—¡Es en serio! ¡La mató anoche, en el baile!

—No bromees con eso, hombre —respondí ya escamado, pero me volví a dormir una hora o más, hasta que, de pronto, tras rumiar en la subconciencia el suceso, desperté como si me hubieran echado un balde de agua helada.

Todos los de la palomilla éramos apenas unos adolescentes, y Román era el más joven de todos. Andaba por los dieciséis años apenas. Según nos contó, se había enamorado de Cristina tres meses atrás, en un Jueves Santo, cuando los dos se encontraron a las puertas de una capilla. Ella esperaba a su madre y él a su hermana, quienes se hallaban en el interior. Él se presentó ante ella con una corrección decimonónica y se ganó de inmediato su

corazón. Aun así, tímido como pocos, no se atrevía a más. La acompañaba en ocasiones y no pasaba de ahí. A mí me revelaba sus penas, y yo, un poco más experimentado en cuestión de amores —si es que a esas edades se puede ser versado en algo—, le aconsejaba lo que debía hacer. De veras que andaba como loco por la chiquilla, que por lo demás ni siquiera era muy bonita.

—Ya decidete, Román. Pídele que sea tu novia. Se nota que le gustas.

Él bajaba los ojos, incrédulo pero a la vez envanecido:

—Un día de estos. Nomás que se me quite el desasosiego.

Llegó el día en que encontró valor y Cristina le correspondió de inmediato. De puro contento se puso una borrachera con licor de toronjil, y los demás nos dedicamos a cuidarlo toda esa tarde porque quería hacer mil locuras, como ir a pedir la mano de Cristina o llevarle serenata; declaraba a voz en cuello su amor en plena calle y reía y lloraba al mismo tiempo. Nunca había visto tanto enamoramiento, lo que sea de cada quien.

Después le tuvimos que bajar el cuete para que su familia no se diera cuenta. Le dimos agua salada para que vomitara y le hicimos comer a cucharadas la salsa más picante que encontramos en una taquería. Y aún así seguía llorando y riendo como un imbécil. Creíamos, de verdad, que Cristina le había dado algún elixir de amor.

Durante los días que siguieron los veíamos como tórtolos, aunque entonces las cosas eran muy distintas de como son hoy. Tomarse de la mano o darse un beso ligerísimo en la mejilla eran actos amorosos casi atrevidos. Pero eso les bastaba a los dos.

Román iba a verla todas las noches a las siete. Llegaba a la esquina de su casa y silbaba como lo hacían los arrieros; entonces Cristina salía oliendo a agua de azahar, con el cutis limpio de todo maquillaje porque tenía entonces sólo catorce años. Lo hacía, claro está, a escondidas, porque era impensable siquiera que sus padres le dieran permiso de ser novia de Román. Platicaban diez o quince minutos entre continuos sobresaltos, temerosos de que la madre la fuera a llamar o que llegara el padre de

improviso. Se despedían después con un leve beso, y cada uno se llevaba el alma inundada de pasión. Y lo mismo sucedía al día siguiente. Como ya desde entonces era muy celoso, hacía como que se retiraba, pero en realidad se quedaba espiando desde la esquina a que no fuera a llegar nadie más para hacer lo mismo aprovechándose de su ausencia.

El día que Román mató a Cristina amaneció hermoso. Era la fecha en que ella cumplía quince años. El sol nos pegó fuerte toda la mañana, pero a mediodía se empezó a descomponer por los cerros del sur. Poco después las nubes comenzaron a bajar hasta el suelo y a cubrirlo todo con una bruma pesada. Como a las tres se inició una lluviecita lúgubre y continua, y el resto de la tarde se fue como si estuviera ya calada de tragedia.

Los padres de Cristina habían preparado una fiesta muy sobria en su propia casa para celebrar su cumpleaños. Los invitados eran tan sólo unos cuantos parientes y los amigos del colegio. No habría ni treinta personas entre todos, según me dijeron después. Una vieja consola tocaba algunos discos con música de tríos, y en las sillas, adosadas a las paredes de la sala, se sentaban las personas mayores. Los muchachos se concentraban en la puerta y las chicas entraban y salían del baño para arreglarse el pelo o darse un toque de carmín en las mejillas. En la sala, entretanto, se repartían emparedados y refrescos para los jóvenes y las señoras, así como cubas libres para los caballeros.

A todos nosotros nos había invitado Cristina, menos a Román para evitar, según creo, toda suspicacia innecesaria. Yo ya ni me acuerdo por qué no fui. Pero dicen que la fiesta transcurría tranquilamente y que como a las seis Cristina y su padre inauguraron el baile con el vals *Fascinación*, que estaba de moda entonces en todas las fiestas de quince años. También dicen que ella se veía bonita y alegre, pero yo sé que extrañaba a Román más que nunca, porque también me contaron que su sonrisa parecía fingida y que disimuladamente se asomaba a la ventana cada vez que podía.

Comenzaron a bailar los jóvenes, entre un bocado y un trago de refresco, los bailes que se acostumbraban en esa época. Ellos,

de traje y corbata; ellas, con vestidos de amplias crinolinas. Apenas cabían en el reducido espacio de la sala, de donde habían sacado los muebles al patio, con excepción de la mesa del comedor. Sobre ella se hallaban los emparedados y la limonada y, en el lugar de honor, un pastel de dos pisos, rosado, con una muñequita de dulce que semejaba a la quinceañera, a los pies de la cual se inscribía su nombre con una letra de merengue gruesa y complicada.

A pesar de todo, Román llegó a la fiesta pasadas las ocho de la noche, y, cuando llegó, Cristina se encontraba bailando con Arturo, el más feo de todos nosotros, cuya cara era un mazacote de barro enrojecidos. Cuentan que Román se puso lívido al verla en los brazos de Arturo, a pesar de que la forma de bailar de la pareja era la más casta del mundo. En ella se asomó una sonrisa, pero no lo vio directamente en su empeño de fingir; no obstante, cuando terminó la pieza, Cristina se aproximó a Román para ofrecerle un refresco, como si fuera uno más de sus amigos, pero éste se dio la media vuelta y salió de la casa con los ojos como de loco. Cristina, confundida, se encogió de hombros y regresó a bailar con Arturo.

Diez minutos más tarde, Román regresó, se acercó a la muchacha, sacó de sus ropas un cuchillo enorme y le despedazó el estómago. Después, salió corriendo dándose de tajos en el pecho. Casi nadie se dio cuenta sino hasta pasados varios segundos, cuando Cristina se apoyó en una silla y se empezó a desangrar con la mirada perdida, tras de lo cual se desvaneció. Arturo estaba como idiota, sin saber qué decir ni qué hacer. Todo había sido demasiado rápido. Cuando los contertulios se percataron del crimen, ya Román iba como a media cuadra.

Ante los gritos de todo el mundo, los hermanos de Cristina corrieron detrás de Román, que iba sangrando mucho, y fue por la sangre por lo que le pudieron seguir el rastro hasta el puente de La Purísima, donde estaba a punto de arrojarse al vacío. Uno de los hermanos lo detuvo del cuello de la camisa, y luego entre todos lo arrastraron hasta el sanatorio que se hallaba en las cercanías. Cristina murió media hora después en ese mismo hospital, cuan-

do a su novio, ya preso, le cosían las heridas y deliraba en la sala de operaciones adyacente.

A los veinte años, Román mató a otro recluso en el penal de Hidalgo, por lo que lo condenaron a otros veinte de prisión. Tres años más tarde controlaba la droga en el penal y ya debía más vidas. Decían también que entraba y salía de ahí cuando quería.

\*

Hace unos años me encontraba en un bar en compañía de los amigos. Un individuo rechoncho que se hallaba en una mesa del fondo me veía fijamente. La cicatriz en la frente, el bigote que le caía a los lados de la barbilla y la mirada torva le daban, en conjunto, una apariencia tenebrosa. Yo, que no soy precisamente un caballero andante, me movía intranquilo en la silla, pues todo indicaba que el tipo buscaba algún pretexto para hacerme alguna ofensa y, con ello, buscar una pendencia que yo no deseaba. Por fortuna, los que estaban conmigo sumaban cuatro; de cualquier manera, la peligrosidad que se le adivinaba al sujeto me hacía dudar de sí, en un percance tal, seríamos suficientes.

—El señor del fondo le envía esta copa —me dijo el mesero.

Me encontraba en un conflicto: aceptarla significaba que estaba dispuesto a iniciar una amistad o que, de plano, me tomara por marica; rechazarla podría tomarse como la ofensa que justificara la bronca que ya veía inminente. “De los males, el menor”, pensé; así que la acepté y desde lejos se la agradecí cortésmente con un movimiento de cabeza y levantando la copa en alto.

El mesero se aproximó nuevamente:

—Que el señor lo invita a su mesa; que quiere hablar con usted.

El tamaño del tipo, el bigote, la negra mirada, desalentaron desde luego en mí una negativa. Así que me levanté sintiendo que el alma se me salía del cuerpo y me encaminé a donde se hallaba.

—Qué pronto te olvidas de los amigos —me dijo sin levantarse y, por primera vez, sin verme directamente. Miraba más bien su vaso de cerveza y movía la cabeza de un lado a otro, como negando.

Estaba yo en una de esas situaciones tan frecuentes en las que no se sabe el nombre del interlocutor, por lo que tuve que fingir que lo había reconocido para que no se ofendiera.

—¡Cómo crees, hombre! Lo que pasa es que estoy medio cegatón y de lejos no te reconocía. ¡Qué milagro, hombre...!

Siguió a esta serie de excusas una conversación insustancial en que él me preguntó por mi familia, a la que se veía a leguas que conocía bien. Y yo haciéndome cruces por la identidad del tipo. Le respondía con generalidades: “Y qué pasó, ¿sigues donde siempre?”, “¿qué dice la chamba?”, “¿y la familia?”, en fin, puras tonterías que me permitieran ubicarlo y reconocerlo. Pero nada. Las respuestas de él eran igualmente tan generales que hacían imposible mi propósito.

Al poco rato encontré algún pretexto, me disculpé y le di un abrazo formulando mis mejores deseos.

—A ver cuándo comemos juntos o nos echamos una copa.

—Yo te busco. No te preocupes: sé muy bien dónde vives —respondió con una sonrisa irónica. Yo me quedé helado.

Cuando regresé a la mesa donde estaban mis amigos, uno de ellos me dijo:

—Ten cuidado con él. ¿Qué no ves que es un sujeto muy peligroso?

—¿Por qué? ¿Quién es? Por más que quiero, no puedo recordar quién es.

—¡Cómo que no te acuerdas! ¡Es Román, el que mató a Cristina hace casi treinta años! Ahora es el jefe de la policía.

## “Pero sólo a mí me pega”

La mujer, en la acera, ya casi no siente los golpes. Se tambalea cuando recibe el enésimo porrazo en la cara. Su llanto persistente se agudiza con cada nueva trompada, pese a que ya son indoloras de tan frecuentes. La hembra se queja y se cubre el rostro con ambas manos. El hombre contempla a su víctima, estudia dónde queda un resquicio sin defensa en el físico de la mujer, prepara el golpe y, chas, se lo atiza en el hombro. Ella, en medio de su desesperación, siente que se le desgaja el brazo. Al tiempo, le dice el macho, dolido de los extremos a los que se ve precisado a llegar: “¿Es que siempre tengo que pegarte para que entiendas, carajo? ¿Es que no podemos jamás solucionar las cosas como personas civilizadas? ¿Qué no te das cuenta del ejemplo que le estás dando a los chamacos?”.

En ese momento, raudos, justicieros, llegan dos policías uniformados, e increpan al machín, quien haciendo acopio de infinita paciencia les explica las justificadísimas razones de su iracundia:

—Mire, mi jefe —le dice al más viejo—, salí de la cantina y llegué hace media hora a la casa de usted y ésta (el pronombre retumba) no estaba. Se salió como si nada y dejó solos a los chamacos, hágame usted el favor.

Los policías, convencidos absolutamente de las incuestionables razones del paleolítico espécimen, y dolidos también de la escandalosa irresponsabilidad de la mujer, optan por recomendarle al feroz sujeto que, si le quiere seguir tundiendo a su mujer, lo haga entonces en la santa paz de su hogar para no alterar el orden público. Él así lo comprende —pues por algo tiene médula espinal—, por lo que agradece a los uniformados su preocupación por el bienestar familiar, tras de lo cual agarra del copete a su venerada consorte y se la lleva a jalones a su nidito de

amor para seguirle zumbando sin la fastidiosa aunque necesaria intervención de la ley.

\*\*\*

En el parque, en pleno domingo, a las siete de la noche para ser exactos, se oyen gritos de los paseantes, quienes como movidos por olas van de acá para allá velozmente para dejar espacio a la mujer que, en medio de una carrerita desordenada, busca un mínimo refugio para protegerse de su enconado marido. Nadie interviene mientras el troglodita le atiza a la morena fémina.

En eso, un adalid, protector de damiselas en desgracia, llega a la escena y no cree lo que sus ojos ven. Un fugaz estudio de la situación lo convence de que es más pesado, más grande y más vigoroso que el agresor, quien no pasa de ser un renacuajo de media cuarta. Así que, una vez calculadas las posibilidades de ponerlo como Dios puso al perico, interviene decididamente en el pleito marital.

Se adelanta, pues, y detiene al miserable campeoncito mientras un señor gordo le dice que mejor no intervenga porque es asunto de dos nomás. Pero el adalid ha aprendido desde chiquito que a las mujeres no se les toca ni con el pétalo de una rosa y, además, está familiarizado con las proezas de Don Quijote de la Mancha, Ivanhoe, Amadís de Gaula y todos y cada uno de los Caballeros de la Mesa Redonda, quienes no vacilaron en defender doncellas, ya no digamos del ataque de esmirriados machitos como éste sino de dragones feroces y flamígeros a más no poder. Consecuentemente, ignora la advertencia del gordo y le planta al aguerrido macho un implacable mamporro entre ojo, nariz y ceja que le hace polvo la zona intermedia comprendida entre los tres puntos antedichos. En el suelo ya, el campeón sin corona apenas puede concebir que alguien ose intervenir en asuntos que son de su única y exclusiva competencia.

El adalid, en el preciso momento de decirle que se levante y que le pegue a él si se siente tan rebosante de testosterona, siente de pronto que una bofetada le atraviesa la cara. Sorprendido,

mira hacia abajo y ve a una arpía desdentada, a una vieja greñuda que le informa que es la madre de la joven que ha estado haciendo las veces de costal de entrenamiento boxístico; que, luego entonces, el Supermán que yace en el pavimento es su correspondiente yerno, quien tiene todo el derecho del mundo si quiere endilgarle a su mujer una sarta de correctivos, que para eso es su marido. La sorpresa del adalid se incrementa aún más, a la manera del costo de la vida. Desconcertado, le lanza al fulano una mirada todavía amenazadora, evita a la bruja y sale de la multitud en medio de las risas de quienes sí entienden que el golpeteo de las esposas es el derecho irrenunciable de todos los maridos.

\*\*\*

Acude al médico una mujer con la cara convertida en un calvario. Moretones azulados o verdosos, cicatrices e hinchazones la cubren por doquier: de la frente al mentón y de oreja a oreja.

El médico la mira pensativo cuando ésta le informa entre lágrimas: “Fue mi marido”. El galeno le dice que la vida no puede ser un permanente cuadrilátero, que una relación entre dos personas no puede cimentarse en los porrazos y que es mejor que abandone al sádico antes de que le ocurra una tragedia irremediable.

Ella lo mira incrédula, después mueve la cabeza de un lado a otro, baja la mirada y contesta sonriente, cohibida y plena de orgullo: “Es que, ¿sabe usted?, sólo a mí me pega”.



## Una noche de cine

Es de noche y llueve de arriba abajo. La fila ante la taquilla del Cine no es grande, pero los que aguardan en ella esperan, con ansiedad apenas oculta, que avance lo más pronto posible para comprar el boleto, ingresar en la sala y disfrutar de la cinta que se exhibe en esa función de “sólo para adultos”. Arriba, en la marquesina, se anuncia violentamente el título: *La monja ardiente*. Por supuesto, los periódicos del día ya se han ocupado de mostrar más o menos el argumento mediante una fotografía en su sección de espectáculos, imagen en la que se aprecia a una de las hijas de San Vicente de Paúl izándose el hábito de un modo nada pudoroso para enseñar la pierna, lo contrario de lo que se esperaría de una santa mujer de su condición. No sólo ello, sino que la mencionada fotografía se acompaña de una provocativa leyenda que a la letra dice: “Era religiosa... ¡pero tenía el diablo por dentro!”.

La monja de marras no tiene el tipo –y esto es definitivo– de aquellas otras a las que estamos acostumbrados: gorditas, de escasa estatura, picadas de viruela, de lentes con armazón de carey, más o menos morenas y ya entradas en años. ¡No! La de la película deja ver lo rubio y lo juvenil por todos los derroteros de su organismo, sus labios están teñidos de *rouge* y sus pestañas soportan cantidades fabriles de rímel. Si es miope, seguramente tolera más o menos bien la deficiencia visual porque carece de los familiares anteojos. Por si fuera poco, se le advierte un salaz lunar al arrimo de la entreabierta boca. Una chulada, pues.

Claro es que los futuros espectadores se regodean ya desde la entrada adivinando las maravillas cárnicas que apreciarán más tarde, si no en vivo, sí por lo menos a todo color. A todos ellos –que se ubican entre los veinte y los treinta años, aunque hay uno que otro que ya ha atravesado la cincuentena– se les notan desde la

lejanía los ojos concupiscentes, lascivos, aunque los ocultan bajo las cejas, que obran las veces de viseras para que los demás no se percaten que son ellos quienes tienen el diablo por dentro –incluso más que la actriz, la que por lo menos ha cobrado lo suficiente por mostrar sus innegables encantos–, pues pagan gustosos el boleto de entrada nada más para ver.

El vestíbulo del cine se llena del mefítico vaho que las anhelantes bocas expulsan. No hay vergüenza posible entre los espectadores porque todos ellos se reconocen en los demás: son los mismos deseos insatisfechos, los mismos traumas mórbidos, la misma ineptitud erótica que los impulsa a aguardar impacientes el comienzo de la función. Se ven pocos amigos, es decir, grupos de dos o más; la mayor parte de ellos asisten solos en esta noche lluviosa de cine.

Aún deberán aguardar a que la función anterior concluya en esa meta a medias que es el recibidor. Entretanto, vagan de aquí para allá sin reposo y despreciando los asientos disponibles. Optan por ver las carteleras. Y se escuecen por dentro.

Quieren darle gusto a la vista, al oído y al gusto, en ese orden: los dos primeros mediante la cinta y el último a través de las palomitas de maíz que piden a la encargada de la tienda sin rubor alguno. Del olfato mejor no se diga nada: el cine hiede a demonios, a los mismos demonios que llevan en su interior los espectadores y la actriz a la que están a punto de ver.

Las puertas se abren de improviso y dejan el paso franco al interior de la sala. Entran, de plano, como bisontes huyendo de Buffalo Bill, y ya ahí se disgregan. El espacio personal que exigen es de por lo menos cinco metros a la redonda sin ser humano a la vista. El desasosiego los impulsa a silbarle al cácaro cuando apenas se han sentado y subido debidamente los pies en el asiento de adelante, al que llenan con los lodos que les cubren los zapatos en esta noche pluviosa.

No faltan tres o cuatro parejas de novios que van a aprender mediante el ejemplo la manera en que deben practicarse los arrumacos y otras tantas cosas para no hacer el ridículo a la mera

hora, ni tampoco de casados que se han llegado hasta el cine para recordar tiempos idos o el modo en que debieron hacer esas mismas cosas en sus tristes pasados.

Las luces se apagan una a una. Se escuchan risitas nerviosas y uno que otro silbido emocionado. Se proyectan los títulos de la película acompañados de una tonadilla voluptuosa, tras de lo cual aparece un convento medieval ubicado seguramente en algún lugar cercano a Copenhague. Ninguna de las monjas que circulan por el edificio está de mal ver, salvo la madre superiora, quien es la pastora de aquellas almas a las que en mala hora le ha tocado conducir y quien porta un discreto bigotillo, una papada con apariencia de jamón serrano y unas asentaderas de talla XL.

A lo largo de la película, no sólo la monja del anuncio, sino todas ellas –con la única excepción de la consabida madre superiora–, agarran cuanto ser humano medianamente masculino cae entre sus garras: sacerdotes ancianos, seminaristas guapetones, maduros curas y poderosos cardenales, a todos lo cuales se pasan por las armas. Se disparan como cohetes *Tomahawk* contra todo lo que se mueva ante la desesperación de la madre superiora, que entre tanta lindura resulta ser, en realidad, la inferiora. El convento danés es francamente un relajó. Y la cinta apenas ha comenzado.

En una escena ardorosa en que la protagonista principal seduce bárbaramente a un viajero descarriado que ha tenido la osadía de tocar a las puertas del claustro, se oye una tímida voz femenina en la parte posterior de la sala que dice por lo bajo: “Ya ves, viejo, te dije que así era”. Al tipo, aun en plena oscuridad, se le enrojece la cara a ojos vistas y anuncia: “Oh, tú, espérate y verás. Ya aprendimos, ¿no?”.

La ventilación de la sala es ya insuficiente ante sudores tan mayúsculos. Una jovencita espectadora le besa el cuello a su doncel sin lograr que él despegue los ojos de la pantalla, porque, bien mirada, la lúbrica y celestial actriz se lleva de calle a la enamorada y terrestre jovenzuela.

De pronto, las luces se encienden para un intermedio. ¡Así, sin previo aviso, cuando mejor estaba poniéndose el asunto! Pero, con todo e intermedio, los espectadores no salen al vestíbulo a comprar las usuales golosinas, en parte por los calambres provocados por la película, y en parte porque en cualquier momento puede recomenzar la escena donde la actriz y el galán...

Continúa la función después de minutos eternos, y ya para entonces han brotado barros y espinillas hasta en los rostros de los cuarentones casados. Por último, la cinta concluye con la muerte en el cadalso de la esplendorosa estrellita de cine porno por haber querido chantajear a un obispo, que ya antes había sufrido una violación tumultuaria por parte de todas las reclusas, y con un letrero que dice "Fin". Es la moraleja final.

Después, ya en la calle, todos se pierden en la lejanía llevándose entre pecho y espalda la satisfacción más grande del mundo, y todos también, como la monja diabólica, queriéndosele ir a todo lo que se mueva.

## “Si con tres no puedo...”

La mujer no tiene, este día, ni un triste peso en la faltriquera. Les más, ni siquiera faltriquera posee. Ayer apenas si ganó lo necesario para medio comer ella y sus tres hijos. Tuvieron por toda cena un tibio té de hojas de naranjo porque a la estufita se le acabó el petróleo y no hubo para comprar más. Previsora, guardó los cuatro bolillos para desayunar, remojados en el té sobrante, recalentado gracias a la bondad de una vecina igual de fregada que Etelvina, que es justamente la mujer de la que se habla.

Lleva andada media ciudad y no encuentra un trabajo de ocasión, algo que lavar, que trapear, que planchar. La desconfianza es grande en las amas de casa: ya nadie quiere meter en su hogar a una extraña nomás porque sí, y menos con tres hijos. Con tantos robos como se ven en estos días, ni quien se aviente el boleto. A lo mejor —no lo dicen, pero sí lo piensan— hasta asesina es. Y esa idea se reafirma cuando la ven macilenta y mugrosa, con el suéter anaranjado que le regaló hace ya tantos años, en una feria, Gumaro, quien se fue de la casa hace como tres semanas, cuando se enteró de que Etelvina había quedado preñada otra vez. Claro, el trabajo de mandadero no le daba para sostener a la vieja y a las crías, así que optó por irse a vivir con la conserje, quien siempre le hizo carita desde que entró a trabajar en la ferretería y que sabía ganarse su lana por fuera del negocio de modos no muy morales que digamos. De mantenedor a mantenido, pues ni que pensarle.

Al dolor del abandono se suma el otro, más acerbo, de ver que sus hijos no tendrán qué comer en este día, a menos que ella consiga lo necesario para comprar uno o dos huevos, unos pocos de frijoles, algunas tortillas... Hasta hace cosa dos meses podía la familia irla pasando gracias a que en una casa la contrataron de

servienta, pero se salió de ahí a los pocos días y a nadie dio explicación alguna, ni siquiera a Gumaro, que la tachó de vieja loca por esa decisión.

La panza es leve aún y se le confunde con la otra que le han dejado los escuincles, el descuido, las lombrices evidentes; siente con rigor este malhadado embarazo: hay tan poco que comer y todavía se le ocurre vomitar en las mañanas la magra cena de ayer.

Al principio no le quiso decir nada a Gumaro porque ya sabía lo que le esperaba: los porrazos acostumbrados, la echada en cara de un novio anterior con el que ni siquiera tuvo nada que ver, la golpiza a los críos para desquitarse, la parranda de rigor de dos o tres días hasta que volaba el último centavo. Al menos así había sido con los dos últimos hijos, porque cuando nació el primero hasta pachanga hizo para demostrar a sus amigos que no había estado cruzado de brazos con una hembra al lado. Pero Gumaro se dio cuenta bien pronto de lo que cuesta mantener a un chamacito y que es puro cuento eso de que siempre traen la torta bajo el brazo. Así que cuando Etelvina le dijo que iba a ser padre por segunda vez, y luego por tercera, Gumaro se encorajinó y le dio hasta con la cubeta.

El tipo sospechó, sin embargo, lo que Etelvina traía entre ombligo y espalda una vez que a ésta, todos los días, le ganaban los vómitos muy temprano. No le dijo nada, pero la miraba mucho, como diciéndole que la iba a matar si le salía otra vez con su domingo siete. Así que Etelvina se estuvo calladita y aguantándose las náuseas mañaneras hasta que su marido se iba al trabajo; cuando Gumaro se iba, ella se precipitaba al patio a devolver a la madre Tierra todo lo poco que se había embuchado.

Lo pensó mucho antes de reconocerlo, lo que era inevitable porque Gumaro parecía ya más celador que cónyuge: “Oye –le decía éste–, ¿y la regla”... “Está muy raro que te andes mareando”... “A mí se me hace que ya estás cargada otra vez”...

Un día Etelvina no pudo más y le despepitó su preñez. Gumaro nada hizo cuando oyó la noticia. Nomás echó su escasa ropa en un maletín de plástico y se fue como quien va a la tienda

de la esquina. Ni un beso le dio a ella o a los niños, ni un adiós, nada. Etelvina supo que nunca volvería, por lo que desde ese momento empezó a buscar alguna chamba para hacerse cargo de todo lo que se necesitara en los días por venir, que ella ya adivinaba negros y atribulados.

Desde entonces ve a sus hijos enflaquecer sin remedio, y la punzan sus llantos cuando los deja con la vecina. Ni modo, hay que buscar los frijoles. Y ganar lo suficiente para abortar lo antes posible. “Si con tres ya no puedo –piensa–, ¿cómo voy a poder con cuatro?”.

Al mayorcito ya lo sacó de la escuela. El gasto del pasaje del camión para llevarlo y traerlo era ya impensable. Ella no gasta en eso porque anda de casa en casa caminando; agarra un rumbo y no lo suelta hasta no haber tocado todas las puertas. Ni modo que trabaje de piruja, pues quién va a querer arreglarse con una vieja panzona, para que todavía le achaquen después que resultó ser el padre del resultado.

Le sale por fin una lavada. Unos cuantos pesos, es cierto, pero ya alcanzan para dos días de comida si se los administra bien, y hasta para apartar unas monedas para la operación que le hará quién sabe cuándo la espantacigüeñas del seis. Así que se dirige al tendajón más cercano y ahí compra una latas de comida, dos o tres huevos y un poco de pan, todo lo cual envuelve la empleada en un viejo periódico cuyos titulares Etelvina no lee porque no sabe, pero que da cuenta del conmovedor discurso que apenas ayer ha pronunciado en contra del aborto una caritativa dama, comisionada diligente de alguna pía asociación y encargada de crear conciencia entre los ciudadanos –y sobre todo de las ciudadanas– para que no caigan en ese espantoso delito que degrada a la mujer, dama cuyo hijo es justamente el padre del hijo que espera Etelvina, a quien embarazó una tarde de muchas amenazas y mucho alcohol en esa casa en que hasta referencias por escrito le pidieron.



## Así no se puede

La noche había caído densamente. Más viscosa todavía por los nubarrones atezados que desde la tarde cubrían el horizonte y que de modo imperceptible, al transcurrir los minutos, habían cubierto por entero toda la bóveda celestial, para decirlo poéticamente. La lluvia, sin embargo, se detenía en aquellos celajes como si careciera de ganas para descender a las empedradas calles. Entretanto, centellas de un dorado blancuzco recorrían a intervalos el panorama.

Mauro se encontraba solo. Cuando la noche se hizo franca, los vio venir uno a uno. Ya él los esperaba. El pequeño foco que se hallaba sobre su cabeza, en vez de ahuyentarlos, los atraía persistentemente. Pudo ver las fauces del primero de ellos, de las que escurría una baba viscosa, así como sus ojos anhelantes y enrojecidos. Después llegaron muchos más, rodeándolo, y en las bocas de todos ellos se adivinaba similares espumarajos, colmillos semejantes que buscaban hincarse en la carne suave y apetitosa. Sus garras se extendían hacia adelante, como si quisieran alcanzarle. De sus gargantas brotaban sonidos ásperos y desapacibles.

Mauro no les temía. Por el contrario, noche a noche los esperaba excitado con el cuchillo en la mano. Sabía que podría con todos ellos, aunque hacerlo le tomara horas enteras. Moviendo la charrasca con maestría, despachó al primero y casi inmediatamente al segundo. Los demás se hacinaban a su alrededor en una aglomeración convulsa, agitada, febril. Mauro no se daba abasto. Se sentía desfallecer. Un hilillo de sudor rodaba de su frente por el esfuerzo colosal.

“Definitivamente –se dijo–, este oficio de taquero es inhumano. Mañana me traigo a la Chole para que sirva a todos estos clientes mientras yo preparo los tacos. Así no se puede”.



## Terpsícore

Desde que la muchacha llegó a la galería, no le despegué el ojo. Ella ni siquiera reparó en mí, lo que, por otra parte, me tenía más tranquilo porque la pude mirar y remirar sin crear situaciones bochornosas innecesarias.

Era hermosísima y, sin conocerla, la bauticé como Terpsícore, pues no era posible que se llamara de otra manera si se atendía a la música que su presencia trasminaba y a la poesía de sus movimientos. Pasaba lentamente de un cuadro a otro, y ante cada uno erguía la cabeza, agitaba la cabellera moruna y sus ojos verdes se clavaban en todos los detalles.

Caminé tras ella adivinando la trayectoria de su mirada, de modo que cuando ésta se aproximaba a mí como el haz de un faro, volvía la mía hacia otro lado sin dejar por ello de ver de reojo a la moderna musa.

Llegamos al fin de la galería, yo manteniéndome siempre a unos diez metros de ella. Como no había salida por ese extremo, Terpsícore hubo de regresar por donde había venido, de modo que tuvo que acercarse y pasar a escasos centímetros de donde me hallaba, impregnando el aire que yo respiraba de fragancias seráficas.

De pronto, al verme, se detuvo sin más, se volvió resueltamente hacia mí, levantó el dedo índice señalándome, lo agitó como si me fuera a reprender y se vino de lleno viéndome a los ojos y con un mohín que no supe en ese momento qué tipo de sentimientos expresaba. Yo pensé que me iba a golpear o, ya de pérdida, a reconvenirme por la ofensa de mirarla a trasmano. Cuando estuvo a un metro de mí, gritó: “¡Pero si eres tú! –me dijo asombrada–. ¡No lo puedo creer!”.

Yo volví la cabeza a mi derecha, luego a mi izquierda buscando al sujeto al que se dirigía en términos tan entusiastas, pero me di

cuenta de inmediato de que no había nadie más que yo, por lo cual supuse al borde del infarto que la amazona me hablaba a mí. Pero, ¡era tan joven! Inferí sin más que debía ser la hija de algún amigo, pero que debido a los cambios orgánicos tan acelerados que manifiestan los jóvenes de hoy día —y más aún las mujeres— había perdido todo recuerdo de ella, acostumbrado como estaba, quizá, a verla con tobilleras y jugando con una muñeca. Si la hipótesis tenía algún viso de verdad, requería ganar todo el aplomo posible para no verme tan mal en este inesperado trance, sobre todo porque en el ínterin la bella joven me había ya plantado innumerables besos en las mejillas aprovechando mi absoluto desconcierto.

—Pues claro —contesté nerviosísimo—, ¿quién más podría ser?

—¡Es que estás cambiadísimo! Oye, cuéntame, ¿sigues donde siempre? —me dijo abrazándome con una familiaridad que me hizo ponerme todavía más exaltado, sobre todo cuando aspiré el tenue olor a orquídeas que despedía su escultural anatomía.

—En el mismo lugar, ¿y tú?

—Ya sabes, también donde siempre; al menos desde la última vez que nos vimos en el café, ¿te acuerdas?

Pero yo no tenía la más remota idea de que alguna vez la hubiera visto en un café. Lo recordaría —lo juro— como recuerdo mi primera comunión.

—Por supuesto. ¿A poco crees que ya se me están olvidando las cosas de puro viejo? —le respondí al borde del desmayo, mientras la hembra me incrustaba la mirada de sus ojos aceitunados.

—¡Ay, cómo crees! —sonrió candorosamente— ¡Si estás hecho todo un galán!

“¡Ya ligué! —pensé—. De aquí nos vamos a algún bar y después a mi departamento. Esto lleva lumbre”. Así que empleando toda mi donosura, le espeté sin más:

—Y qué, ¿no me vas a aceptar una copa?

—No puedo ahora, manito —e hizo un fascinante mohín de congoja—, porque estoy esperando a Pedro Rogelio. Le va a encantar saludarte. Pero cuando llegue nos vamos los tres a un café para platicar a gusto —dijo recuperando su solar sonrisa.

¿Pedro Rogelio? ¿Y quién demonios era Pedro Rogelio? A ese menos creía conocerlo, pues me acordaría por el nombre tan chabacano.

Terpsícore continuó:

—Oye, cuéntame, ¿sigue en España tu hijo mayor?

—¿En España? —balbuceé.

—Me dijiste que se había ido allá cuando te divorciaste de Malvina, ¿no?

¿Malvina? Caí de pronto en la cuenta de que mi Terpsícore me estaba confundiendo con otro: ni tengo un hijo en España ni estoy divorciado, y menos todavía me hubiera casado con una mujer llamada Malvina.

Pero ya era demasiado tarde para echarme atrás y aclararle su confusión, sobre todo después de los efusivos besos que me había acomodado en las mejillas. Si le decía: “Disculpe, señorita, pero creo que me está confundiendo con otra persona”, la pondría en una situación decididamente insufrible; si de suyo es horrible incurrir en tales equívocos, que una confusión así lleve a besar a un completo extraño debe ser un pasaporte al purgatorio. Mi condición de caballero me impedía, pues, hacer nada al respecto.

—Sí —respondí con gran precaución—, pero regresó hace menos de un mes. Ya ves que Madrid es insoportable en esta temporada —afirmé con suficiencia.

—¿Madrid? ¿No me habías dicho que estaba en Valencia?

—Sí, pero eso fue antes —corregí el traspie haciendo gala de un exquisito humor—. Y tú, ¿qué me platicas de Pablo Ricardo?

—Pedro Rogelio, burro. Ahorita lo vas a ver, pues ya no debe tardar. Quedamos de vernos dentro de cinco minutos —detalló viendo el costoso reloj—. No sabes qué gusto le va a dar, de veras.

“¡Cinco minutos! —medité a toda prisa—. Si a ese tipo se le ocurre ser puntual, todo el pastel se va a descubrir. Tendré que despedirme de este bombón lo más rápidamente posible.”

—Pues qué gusto me ha dado. En fin, a ver qué día platicamos largo. Me tengo que ir porque olvidé que me están esperando —dije

mirando a todos lados esperando que no se hiciera presente Diego Romualdo, o como se llamara el galán de mi Terpsícore.

—¡No me digas que ya te vas! —y la joven hizo otro mohín de desencanto verdaderamente encantador que me atragantó.

—Sí, fíjate que tengo que ir al veterinario —mentí descaradamente.

—Vamos a hacer una cosa: te invito a comer mañana a la casa. Te voy a preparar los camarones en salsa bechamel que te gustaron tanto la otra vez, ¿te acuerdas?, bien acompañados de una ensalada de champiñones y un postre de zarzamoras. Digo —prosiguió—, para recordar los viejos tiempos, ¿no?

Era la oportunidad para negarme poniendo algún pretexto, pero tan sólo susurré al ver sus ojos refulgentes:

—Fantástico. Yo llevo un vino blanco, si no te parece fuera de lugar. Y ahora me voy —le dije dándole un calmoso beso en la mejilla, muy cerca de la oreja y aspirando sus deliciosos efluvios—. Ya mañana saludaré a Pancho Fernando como se debe.

Y salí de la galería como alma que lleva el diablo, cruzándome en la puerta con un tipo con aspecto de ropero vienes que seguramente era Paco Ronaldo, el rorro de la belleza aquella, tan confundida que el día siguiente debió pasarlo en la cocina preparando los mentados camarones, mientras Pepe Rolando, su galán, se quedaba con la botella abierta de buen vinillo chileno, preguntándose cómo estaría al cabo de los años ese su viejo amigo, que quien sabe quién carambas sería.

## Ilegalidades

No sé por qué, pero yo había supuesto que en un país que había hecho escarnio de sus leyes durante mucho tiempo, todos los ciudadanos, agotados y exasperados por tanta impunidad, se unirían como uno solo para exigir el cumplimiento cabal de las normas sociales. Me imaginaba que en los nuevos tiempos no habría un solo individuo que no únicamente no robara, violara o matara, sino que se preocupara por no arrojar un papel en la acera o por no pasarse el alto de los semáforos. Todo empezaría por estas pequeñas cosas, pues, ¿cómo exigir a los de arriba el cumplimiento de las leyes si nosotros los de abajo hacíamos lo mismo, toda proporción guardada? ¿Cómo decirles a los políticos que no fueran bribones si nosotros éramos expertos en sobornar a los agentes de tránsito, secretarías o funcionarios? ¿Cómo acusarlos de robar si a la primera oportunidad nos quedábamos con las monedas adicionales que por error nos daban en el cambio?

Así que un quince de septiembre, instalado plenamente en este presente tantas veces anhelado, salí en el auto a dar la vuelta por aquí cerca. Los pajaritos trinaban en los árboles, las mariposas volaban de flor en flor, el aroma del otoño se esparcía por doquier y yo iba feliz oyendo por la radio el tercer concierto para piano de Beethoven.

De pronto, vi por el espejo retrovisor un auto compacto que se me acercaba a gran velocidad. Lo había intuido desde antes, desde que unos momentos atrás empezó a llegar a mí, cada vez con más potencia, un sonido que de inmediato asocié con un grupo de *rock* gruesísimo denominado Sick. Las notas de la hipersónica tonada se enmarañaban con gran celeridad con los acordes del segundo movimiento de mi concierto hasta que finalmente los dominaron por completo; y más todavía cuando, ante el alto

del semáforo, tuve que detener la marcha. En eso pasó a mi lado, como bólido infernal, el pequeño auto de bocinas más grandes que el vehículo mismo. Lo conducía un mozalbete de unos quince años escasos que se acompañaba de otros tres tan imberbes como él. Juzgué que, dada la velocidad que llevaba, seguramente padecía un severo trastorno gastrointestinal que lo obligaba a llegar al baño cuanto antes, o que iba a recoger a su querida madre de la casa *non sancta* de la que a esas horas debía estar saliendo, pues sólo así se explicaba esa vehemencia automotriz. En el semáforo siguiente se detuvieron los cuatro chicuelos, más obligados por los varios automóviles que había adelante que por un aparente respeto a las normas de tránsito. No me quedó más remedio que emparejar mi coche con el de ellos, de manera que los tímpanos me vibraban desbocados por la guitarriza con la que me estaban tupiendo los de Sick. Me le quedé mirando al carilampiño *chauffeur* y éste a mí. Si mi mirada exhibía un odio intenso, la de él mostraba una burla superlativa, así que volteó a ver a los otros gañanes y les expresó fehacientemente sus dudas sobre el estado civil de mi señora madre. Todos rieron. El mozalbete lucía además unas trenzas rojizas y llevaba aretes en todas las coordenadas de su risueña y forunculosa faz; los otros tres, en cambio, se cubrían las cabezas con el pelo peinado en puntas que semejaban la corona de la reina Isabel II, al tiempo que portaban lentes de mosca, detrás de los que se escondían como si tuvieran vergüenza de algo, lo que era impensable, pues ese era un sentimiento ajeno a ellos por completo.

Un milésimo de segundo después de que se prendió la luz verde en el semáforo, el mancebo ya estaba materialmente pegado al claxon de su compacto, más estridente todavía, por lo demás, que el ruido de las bocinas. Cuando empezaron a avanzar los demás automóviles, encontró la forma de avanzar a toda velocidad zigzagueando entre aquéllos, y medio minuto después se perdía en el horizonte ignorando por completo el resto de los semáforos, del mismo modo que ignoraba la ubicación geográfica de Sri Lanka o el nombre de su verdadero padre.

Con el hígado destrozado por el episodio, continué conduciendo con la maestría que me caracteriza. Y en esas iba cuando un taxista me rebasó por la derecha, cerrándoseme adelante y deteniéndose de improviso a la mitad de la calle a recoger a una familia que le había hecho el alto. Imposible avanzar porque el taxi —repleto de banderitas y banderolas tricolores, leyendas pintadas en la defensa que decían “¡Viva México, cabrones!” y otros muchos y muy variados símbolos patrios— ocupaba los dos carriles de la rúa. La familia, compuesta por el padre, la madre, la abuelita, una tía y cuatro esperpentos que supongo eran los hijos de la feliz pareja, portaban en bolsas de plástico lo que presumí sería la despensa de los próximos tres años, porque eran bolsas y más bolsas. El chofer descendió con la mayor calma del mundo, abrió la cajuela y se hizo a un lado para que los miembros de la familia introdujeran en ella su pesada carga alimenticia, para después emprender un calmoso ascenso al automóvil.

Corteses primero, los miembros de la familia trataron de subir a tirones a la abuelita, pero la anciana se topó con que los cuatro bodeques ya ocupaban la totalidad del asiento trasero, por lo que el padre debió ordenarles que bajaran del taxi. Hecho lo anterior, la mujer ya pudo treparse y estar más desahogada; después subió la tía y a continuación la madre. El padre se encontró de pronto con que ya no cabía. Así que les debió decir a sus retoños —que ahora se hallaban en el asiento delantero— que descendieran otra vez y se acomodaran en los correspondientes regazos de las tres damas para que él pudiera ir junto al taxista.

Mientras duraba la operación de acomodo, los autos que venían atrás del mío rugían con gran fruición. Los bocinazos menudeaban, y ahora era la sacra progenitora del taxista —si es que acaso tenía una— la que era recordada festivamente por los demás automovilistas gracias a la imprudencia de su motorizado hijo. Pero a éste le valía un comino: reposaba en su asiento con el brazo izquierdo colgando por fuera de la ventanilla mientras apoyaba el derecho sobre el volante como si fuera una estatua viva dedicada

a la Desidia. Una de dos: o carecía de predecesora o no la amaba en absoluto.

Cuando el taxi quedó rebosante de seres humanos, el chofer emprendió la marcha dando un arrancón que habría sido la envidia de James Dean en *Rebelde sin causa* y se brincó a la torera el rojo del semáforo. En la esquina, el agente de tránsito movió la cabeza de un lado a otro sonriendo ante el desparpajo del patriótico chofer, que con seguridad dio alcance algunas cuadras adelante al no menos patriótico mozalbeta del auto compacto.

Llegué a donde iba –lugar que al lector no tiene por qué interesarle–, y, al descender del auto, un tipo me dijo que no podía estacionarme ahí porque era zona reservada. “¿Reservada? –le dije–. ¿Reservada por quién o para qué, si es una calle?”. “Para mí, mi estimado –respondió–. Y a menos que quiera que le lave el carro, quítelo de inmediato, porque no pienso cuidárselo y no me hago responsable si le pasa algo.”

Por supuesto, no lo quité. Así que fui a donde tenía que ir y al regresar me di cuenta que el vehículo tenía en ambos costados unas hermosas y artísticas rayas hechas a navaja que en mucho recordaban los grabados de Durero. Sentí que, como al coyote de las caricaturas, poco a poco me iba subiendo la ira: de los pies se me fue a las rodillas, de las rodillas se pasó a más arriba, y de más arriba al estómago, y de ahí al pecho, y así hasta llegarme a la cabeza. El “cuidador” me miraba con burla infinita: “Se lo dije, mi estimado. Fueron unos chavos medio pasados”.

Me le acerqué, calculé con gran precisión y le acomodé un terrible mamporro que no sólo no lo tiró al suelo, sino que lo puso tan furioso que terminé a los pocos segundos como si me hubiera torturado la Santa Inquisición. Consecuentemente, me regresé a mi hogar, donde pergeño estas líneas, me ungen con pomada de árnica y me aplican fomentos de agua caliente, mientras acabo de perder las esperanzas de que se cumpla alguna vez la ley que supuestamente se haría respetar a carta cabal, según han anunciado los nuevos mandones.

## La réproba Friné

E stiro la mano y busco a tientas la placa del reloj digital que se halla sobre el buró para acallar la repentina estridencia de una música de trompetas que sale de la pequeña bocina. Pero no hay ningún reloj despertador. Apenas veo los números rojos del reloj en mi muñeca: las seis de la mañana, las seis en punto. La notas que brotan del piano de Richard Clayderman (¿es él?) se pierden en esta aurora gris que solamente intuyo a través de la gruesa cortina, y ceden el puesto al ruido remolón pero creciente de la lluvia que empieza.

Me vuelvo entonces hacia el buró de la izquierda. Entreabro apenas los ojos y veo una pulsera barata, de cobre dorado, con tres piedrecillas rojas con apariencia de rubíes, que descansa sobre el borde de un cenicero repleto de ceniza y colillas blancas; una pinza plástica para el pelo asoma detrás de una lámpara amarilla. El portarretratos con la fotografía de Josefina no está. No, definitivamente no estoy en mi recámara.

Entre una modorra pesada, oigo que la lluvia se hace más fuerte, y, pocos minutos después, casi atronadora. Se escucha ahora una melodía tan lánguida como esta mañana plomiza. “Seguro que es Ray Conniff”, pienso antes de caer dormido nuevamente.

Las nueve y diez, informan los cuadrados números digitales cuando vuelvo a verlos. “¡Carajo, las nueve y diez!”, repito con una voz que de pronto se me ha convertido en la de un bajo profundo y que lucha por brotar de una garganta entumecida por la profusión de tabaco y alcohol. Me siento en la cama y me miro en un gran espejo que está enfrente y que tampoco reconozco. Pero columbro en él la misma imagen de cada mañana: soy yo, no hay duda: el vientre crecido, los cabellos vueltos un caos, la barba negreando en una cara abotagada, los bigotes en fuga hacia

las mejillas y la nariz. Ahora recuerdo: estoy en un motel. La mujer que hasta hace unas horas me acompañaba no está a mi lado. La música que escucho brota de una altavoz que se encuentra en el techo de la habitación.

Lentamente me levanto y el dolor de cabeza, que hasta entonces me había parecido irritante, se me vuelve intolerable. Voy al baño, donde con toda seguridad se asea Friné (sé bien que no es ese su nombre, pero no me importa). En el trayecto pienso confusamente: “¡Las nueve y veinte! ¿Cómo es posible? Debo llegar a casa. Josefina me va a hacer un escándalo”. La puerta del baño está entreabierta y nada se escucha adentro. Pienso que Friné está frente al espejo maquillándose para que yo no descubra su estrepitosa fealdad matutina. Regreso a la cama y vuelvo a tumbarme en ella para que pase este dolor de cabeza que me empieza a volver loco. Ya saldrá del baño.

Vuelvo la mirada hacia el sillón donde debe hallarse, como anoche, su breve vestido rojo y sus medias negras. Sé que en el suelo está lo demás, incluso mi propia ropa, de la que me he despojado con torpeza, por lo que debe estar lastimosamente arrugada. Pero de pronto la realidad me da un ramalazo: ¡no están las prendas de Friné, y, lo que es peor, tampoco las mías!

Me levanto de un salto, aterrado, y corro al baño. ¡No hay nadie! Reviso a toda prisa la habitación. “¡Maldita sea! ¡La infeliz me ha dejado en cueros!”, pienso. De pronto, me asalta una idea que me congela: “¡El coche, demonios!”. Me lanzo hacia la puerta del cuarto y desciendo atropelladamente las escaleras que dan al garaje privado. Está vacío: “¡Mi coche! ¡No es posible! ¡Se llevó el coche!”. Noto que de pronto he comenzado a sudar como un condenado. ¡Friné (o la que decía llamarse Friné) se ha escapado con todo: mi ropa, mi cartera, mi coche, y yo ni siquiera me he dado cuenta por lo ebrio que estaba!

Regreso a la recámara convertido en un idiota. No conozco a Friné, ni siquiera sé dónde vive, y apenas me acuerdo de su cara porque mi trato con ella comenzó y terminó de noche, entre oscuridades apenas aclaradas por los ocasionales letreros de neón

y por el destello de los faros de los autos. La levaté en el bulevar tras el breve intercambio de palabras necesario para acordar los términos de nuestro trato y después pasé a comprar esa botella de ron que, en el buró, con la pinza para el pelo y la pulsera de cobre, es el único recuerdo que queda de esa noche. Recorro palmo a palmo la gastada alfombra en busca de mi cartera o de mis llaves, levanto violentamente el colchón, sacudo el cobertor y las sábanas, las almohadas. Nada: estoy como Dios me trajo al mundo, sin un centavo, sin el auto, en un motel, a las nueve y treinta de la mañana, en un día en que un diluvio ha decidido anegar esta maldita tierra.

Mi hijo. Sí, Fernando es la única solución —resuelvo—. Ya tiene dieciséis años y puede comprender. Es hombre también, por lo que puede entender por partida doble. Así que a las once, finalmente, decido hablar a la casa. ¿Y si me contesta la vieja? Le diré que tuve un contratiempo y que después le explicaré. Un robo... ¡eso es!, ¡un robo me puede servir de excusa! Le diré que me robaron y que me llevaron a despoblado. Ahora bien, si contesta Fernando, le daré instrucciones para que me traiga la ropa necesaria a este maldito motel al que nunca debí haber entrado. Que se venga en lo que pueda. En un taxi. Pero que venga con la mayor discreción.

Levanto el teléfono y le pido al encargado que me marque el número. Escucho la inmadura voz de Fernando casi de inmediato. Es la ventaja de tener a un hijo enamorado, pegado todo el tiempo al aparato porque la novia le habla a todas horas.

—Mira, hijo. Quiero que hagas lo siguiente... Sí, estoy bien; dile a tu mamá que no se preocupe... Óyeme, hijo, ponme atención... Sí, ya te dije que estoy bien; después te explico... —digo con la boca pegada al teléfono—. Necesito que me hagas un favor, pero no le digas nada a tu mamá, porque necesito que esto quede entre tú y yo. Mira, sin que tu mamá se dé cuenta, ve a mi clóset y sácame un traje, una camisa, calcetines, calzoncillos, una corbata que combine y unos zapatos —le indico con la boca pegada a la bocina, como si ella me pudiera oír—. Necesito que me los traigas

al motel Las Mil y Una Noches, el que está aquí en el bulevar, ya a la salida... sí, a la salida; debes conocerlo, ¿no? ¿Que no tienes dinero para el taxi? Dile a Inés que te preste del gasto, que yo después se lo repongo; que te dé suficiente porque lo necesito... sí, que yo se lo repongo apenas llegue a la casa. Pero vente ya, rápido... no, no es lo que tú crees, shhh, que no te oiga tu mamá. El cuarto es el ocho, ¿me entiendes?, el ocho. Le dices al encargado que me traes esa ropa porque la necesito, ¿oquey?

Cuelgo. El sudor que me baña es más abundante ahora. Hay tiempo de darme un duchazo mientras llega Fernando. Ya en la ducha, me maldigo mil veces. “Alguna pastilla ha de haber puesto Friné en el vaso de ron. Nunca duermo así. Eso fue, con toda seguridad, porque no oí nada, ni siquiera cuando arrancó el coche. Que ella y toda su familia se vayan al demonio. Que se pierda la ropa y el dinero, pero no el coche, eso sí que no. No le voy a dar el gusto a esa suripanta de andar luciendo un coche que no es suyo... y tan caro, además. Debe estar de acuerdo con los empleados del motel. Me las va a pagar; juro por Dios que me las va a pagar”. Aprieto los puños y descanso la cabeza en la pared de azulejos, entre las llaves del agua, y dejo que el agua fría me escurra por la espalda.

Regreso a la cama y me envuelvo una sábana alrededor de la cintura. Pasan los minutos, casi una hora, de lo que puedo darme cuenta porque el reloj es lo único que Friné me ha dejado, quizá por temor a despertarme si me lo quitaba de la muñeca o por la posición que tenía yo cuando se marchó.

Oigo que la cortina metálica del garaje se levanta, y casi de inmediato tres suaves toquidos en la puerta. La entrebro apenas con mil precauciones. Es Fernando. Cuando abro finalmente el chamaco permanece afuera. Está confundido y yo no tengo agallas para decirle que entre. Le doy las gracias y tiendo la mano para tomar la ropa que me entrega envuelta en una bolsa de plástico. Los zapatos vienen en otra, en el interior de la primera. Cuando abro las bolsas, me percató que el traje es café, los zapatos negros, la camisa azul, los calcetines gris claro y la corbata

verde. “No comprendo a los jóvenes de hoy”, me digo enfurecido porque voy a parecer payaso de circo con tan insólita combinación. Adivinando mi enojo y adelantándose a mi segura protesta, Fernando me susurra desde afuera: “Es la ropa que estaba más a la mano”. Lo perdono de inmediato.

Me visto rápidamente y salgo del cuarto. La ira que me come por dentro se acrecienta por el ridículo atuendo que me veo obligado a usar, por la barba crecida, por el cabello revuelto y ya empapado, por el aliento putrefacto que sé que exhalo, por la lluvia persistente, por el dolor de cabeza que no cesa. Fernando nada dice y sólo mira al suelo.

Caminamos sin decirnos nada hacia la salida del motel, donde no se ve un alma, y ya en la calle me cubro la cara como puedo. ¡Habrás visto: un abogado ilustre que sale de un motel en compañía de su hijo, vestido como gigoló y con cara de pordiosero! Sólo pido al cielo que nadie me reconozca, pero mi furia, una furia de la que no me creía capaz, sigue aumentando a cada momento.

Por fortuna, un taxi pasa en ese instante. Le hago la parada a manotazos y frena diez metros adelante. Empujo a Fernando a su interior, y sin más le ordeno al chofer: “Lléveme a la agencia del ministerio público más cercana”. Mi hijo me mira sorprendido. Al ver su mirada, le espeto: “Cállate. Tú no entiendes”.

El auto huele profusamente a gasolina y a mugre, y una náusea sorda me comienza en el estómago y se me asienta en la garganta. Unos cuantos minutos después hago una especie de entrada triunfal al augusto recinto donde todo el mundo me conoce. Oigo saludos que no contesto y apenas adivino a los empleados de la oficina que me miran extrañados. Entro sin tocar al despacho del funcionario encargado, me paro frente a él y el furor que me quema me hace tartamudear. A gritos, sin darme cuenta que Fernando me escucha, le hablo del bulevar, de la botella, del motel Las Mil y Una Noches, de la pulsera, de las pinzas para el pelo, de la ropa robada, del coche escamoteado y, por supuesto, de Friné, a quien voy a demandar para que la refundan para

siempre en la cárcel. No, no sé quién es ni dónde vive; sus señas particulares las ignoro por completo porque la habitación estaba más oscura de lo que me gusta, pero puedo indicar cuál es el sitio donde ella espera a los clientes cada noche. Y también, de paso, acuso al dueño y a todos los empleados del hotelucho, a quienes supongo cómplices del ilícito, aunque, por supuesto, carezco de pruebas. Es lo único que puedo decir al agente del ministerio público que, aunque la disimula a la perfección, está que se muere de risa.

Además de Fernando y del alegre empleado, me escuchan atentos, para mi terror, los reporteros de la fuente, que se han colado a la oficina y con quienes inevitablemente tendré que hablar después. Son tres. Me los llevo a un corredor y les ofrezco dinero por su silencio, dinero que les pagaré después, lo juro, porque en este momento sólo tengo para el taxi que me lleve a casa. Me prometen a su vez que nada de este ridículo asunto verá las prensas.

Ya más o menos tranquilo, me dirijo a mi hogar, donde me recibe una Josefina angustiada, a quien le explico que fui asaltado por unos facinerosos que me han llevado a despoblado privándome de todas mis pertenencias, incluido el coche recién comprado. Invento. Invento que eran tres; que uno de ellos usaba playera a rayas; que otro era negro o muy moreno; que en el otro no me fijé, pero que usaba botas vaqueras; que el lugar adonde me llevaron era una casucha en las afueras; que me amenazaron con privarme de mi vida y de la de toda la familia. Le hablo de una inverosímil fuga, del teléfono que me prestaron en un tendajón mediante el cual pude comunicarme con Fernando, a quien le ordené que no le dijera nada a ella para que no se asustara sin motivo; le digo, en fin, que esa odisea no se la deseo ni a mi peor enemigo. Es increíble la capacidad que tiene uno para inventar cuando se siente el agua hasta el cuello, reflexiono. Ella da gracias a Dios y me dice que lo importante no es la ropa, la cartera o el coche, sino la vida y la cabal salud. Fernando, entretanto, mueve la cabeza de un lado a otro, se da la vuelta y sale sin decir nada.

Después de eso, subo a la recámara y me vuelvo a bañar para quitarme el espantoso olor del jabón del motel que traigo metido en la nariz, me rasuro a fondo, me visto decentemente y me voy a la notaría.

El resultado de mis gestiones ante los reporteros aparece al otro día en los tres diarios de la ciudad. El más importante pone la noticia en interiores: “Conocido abogado es desvalijado por una hetaira”. Otro, más amarillista, publica a ocho columnas: “Prostituta despoja de sus pertenencias al Lic. A.”. El último, que ha hecho del escándalo y el desenfreno su línea, titula también a ocho columnas: “Meretriz atraca a conocido abogado y lo deja sin calzoncillos”. En los tres se relata con excesiva crudeza mi desgracia y se le añaden detalles nunca ocurridos. En el segundo de ellos, por ejemplo, se habla de una juerga desmedida, que en el tercero se convierte en orgía de maricas y lesbianas.

Escribo estas líneas dos meses después del suceso. El coche birlado no ha aparecido todavía ni tengo la menor esperanza de que lo encuentren alguna vez. Mi notaría, encabezada por mí, un verdadero monstruo de salacidad –según se comenta en esta pía ciudad– está a punto de cerrar al perder a innumerables clientes. Los documentos del divorcio solicitado por Josefina –quien exige la totalidad de los bienes– están listos en el juzgado desde hace varios días para mi firma obligada. Fernando hace tiempo que no me habla por haberse vuelto la burla de su escuela y haber perdido hasta la novia; mis amigos huyen de mí como si fuera leproso. Y Friné, la réproba Friné, al igual que el coche, no aparece por ningún lado.



## El elíxir de Mariani

En 1880, Angelo Mariani era honrado por Giacomo Vincenzo Pecci, mejor conocido como Su Santidad León XIII como “Benefactor de la Humanidad”. Mariani, un regordete químico parisino a pesar de su italiano apellido, había lanzado al mercado algunos años atrás un elíxir que ya para entonces era reputado como panacea; además, comercializaba con gran éxito vinos, rombos y pastillas curalotodo. Célebres médicos se encargaron de propalar las virtudes de tales potingues, cuyo ingrediente principal eran las hojas de un arbolillo que medraba allende el Atlántico, en las regiones andinas, donde la consumían al por mayor mineros, llamas y guanacos: la coca.

Por cuestiones climáticas y edafológicas, la posibilidad de que el peruano arbolillo creciera en suelo francés estaba descartada de antemano; por ello, Mariani importó cuanto hoja pudo para procesar sus elíxires en una tétrica bodega, primero, y después en un laboratorio en toda forma, encontrando casi de inmediato una clientela sin precedentes en virtud de que, según la publicidad, curaban la postración, aliviaban el cansancio, el hambre y la sed, y sanaban la consunción, la lipotimia, la atonía, la indigestión, el cólico miserere, la difteria y mil enfermedades más. Cientos –si no miles– de médicos prescribían el conocido desde entonces como “Elíxir de Mariani” para el sarpullido, la apoplejía, los furúnculos o el mal de San Vito, y muchos ilusos afirmaron estar plenamente convencidos de que el brebaje era la culminación de la medicina, el *non plus ultra* de la ciencia de Galeno, pues.

La historia había comenzado más de trescientos años antes, en el año de gracia de 1555, cuando un explorador español, don Agustín de Zárate, se llegó hasta las minas que la Corona beneficiaba, y pudo apreciar ahí que los mineros incas pasaban días ente-

ros sin probar alimento, beber agua o descansar, al parecer porque masticaban primero, y después se comían, las hojas del mencionado árbol al que llamaban “coca”. Como todo explorador que se respetara en esos años, redactó debidamente un informe dirigido a Su Majestad don Felipe II, noticia que, conocida después por los chambelanes reales, pronto se hizo pública y dio lugar a leyendas y mitos copiosos. Aun así, pronto el reporte fue relegado a algún polvoriento anaquel, por lo que el portentoso vegetal, al igual que el informe que había dado cuenta de su existencia, rápidamente cayó en el más absoluto olvido. En todo ese tiempo sólo se le consideró una curiosidad botánica, una extravagancia fitológica, mas al terminar la Colonia otros europeos –geógrafos holandeses, zoólogos alemanes, naturalistas ingleses y uno que otro botánico italiano– arribaron a las altas tierras andinas y la coca fue descubierta de nueva cuenta.

Los españoles –según dijeron– se habían quedado cortos en la descripción de las maravillas que obraba la planta; la estudiaron, la probaron y resolvieron que sí, que ciertamente era un prodigio. Y entonces Angelo Mariani, oscuro comerciante salido de los barrios bajos de alguna ciudad ítala, no perdió tiempo. Aguzado como pocos, con un finísimo olfato para el dinero, inundó a la vuelta de pocos años los mercados europeo y norteamericano con sus mejunjes, elaborados todos ellos con el prodigioso extracto de la hoja mágica.

Entretanto, los químicos de todo el mundo se encargaban de buscar el “principio activo” de la coca, puesto que suponían –y suponían bien–, que *no toda* la hoja poseía efectos curativos, sino que en ella se escondía algún ingrediente milagroso causante de sus pasmosas virtudes. Uno de ellos, Albert Niemann, anunció desde Alemania el descubrimiento del anhelado principio activo: un alcaloide al que denominó, haciendo gala de una originalidad sin límites, “cocaína”.

En efecto, la cocaína producía casi todo lo que se había dicho, o eso se creía al menos. Sobre todo, poseía indiscutibles propiedades como analgésico local; producía insensibilidad total en la len-

gua, la boca y la garganta sin impedir los movimientos propios de la deglución, a diferencia del éter, el cloroformo y el gas hilarante, por lo que, junto a ellos, la cocaína integró un estupendo póker de ases que revolucionó la cirugía y la medicina en general.

Angelo Mariani seguía, a su vez, en pleno ascenso comercial, y más todavía cuando comenzó a pegar en sus productos etiquetas muy visibles que a la letra decían: “Cuidado con las imitaciones”. Pero si bien contaba con la hoja de la coca, la obtención de la cocaína pura estaba más allá de sus alcances, y también de sus intereses.

En Berlín, un oftalmólogo apellidado Köller, agobiado por los ayes de sus pacientes cuando tenía que introducirles el bisturí por los ojos, tuvo la feliz ocurrencia de inyectarles cocaína como anestésico local, tras de lo cual salían del quirófano tan dichosos como él mismo; y un norteamericano, R. J. Hall, tuvo la misma idea, sólo que en el campo de la odontología, que entonces era verdaderamente torturante. Antes de estos adelantos, el enfermo de cataratas o de dolor de muelas pasaba las de Caín cuando caía en las manos de sus aliviadores, pues son de imaginarse los alaridos que escapaban por las puertas de los consultorios, tanto de los unos como de los otros.

Así pues, el consumo de la cocaína con fines médicos se extendió por todo el mundo. Incluso se le empleó para curar la adicción a la morfina, lejanísima prima de aquélla... y se inventó un famoso refresco de cola, potente brebaje que todavía hoy hace las delicias de los jóvenes y viejos cuando se le mezcla con ron y unos cubos de hielo, refresco cuyo ingrediente principal fue durante muchos años precisamente el extracto de la hoja, no la cocaína, su principio activo, como se dijo después.

No hay, sin embargo, panacea garantizada. Algunos médicos comenzaron a notar que algunos pacientes a los que se prescribía el Elíxir de Mariani o la cocaína tenían grandes dificultades para abandonar esas sustancias cuando las consumían durante un tiempo prolongado. ¿Es que por ventura la coca y la cocaína eran tan adictivas como la morfina? ¿Eran acaso estos curalotodos

unos gigantes con pies de barro? Dos investigadores también alemanes, Poeppig y Von Tschudi, entre muchos otros, se dieron a la tarea de analizar expedientes, recolectar informes y preguntar a los pacientes, y con ello pusieron a temblar a los restos del viejo Angelo Mariani, que ya para entonces yacía en la cripta familiar sin el dinero que tan gustosamente había llevado a sus bolsillos mientras estuvo vivo. No hay mucho que añadir: Von Tschudi y Poeppig fueron acusados de retrógrados medievales.

La verdad salió a la luz ya bien entrado el siglo XX. La evidencia de que la cocaína producía “hábito” llegó a ser incuestionable, sobre todo cuando dos médicos declararon públicamente su adicción. El primero de ellos es hasta cierto punto desconocido: Frank Ring, pero no así el segundo: Sigmund Freud, el mismísimo padre del psicoanálisis.

Adiós, pues, a las discusiones; adiós al Elixir de Mariani; adiós al extracto de coca en el susodicho refresco, sustituido por la cafeína en estos tiempos que corren.

Desde entonces, prohibición; en consecuencia, tráfico ilegal; por consiguiente, ganancias sin par; por ende, crímenes monstruosos; luego entonces, gobiernos penetrados hasta sus cimientos por las mafias. Y todo por una planta que durante siglos los indígenas andinos consumieron sin mayor problema. Lo que son las cosas, diría Mariani.

## El niño alucinado

El pequeño, con cuidado extremo, incrusta la aguja en la suave mucosa de su labio inferior. Su cuello se tensa de pronto al sentir un dolor vivo, que es opacado paulatinamente por el creciente bienestar que experimenta como efecto de ese caldo. Ha disuelto antes varias pastillas en agua, y esa solución es la que ahora se administra.

Vacía lentamente el contenido de la jeringuilla y de un tirón se la arranca. Prueba la sangre dulzona que mana por el pequeñísimo orificio y guarda el artefacto en el bolsillo izquierdo del harapo que tiene como pantalón; del otro, extrae un pañuelo rojo, lo desenvuelve y aparta diez píldoras de distintos tamaños y colores; se las coloca en la lengua y se aproxima a un grifo cercano en el terroso callejón. Al poco tiempo se le deshacen en el desmedrado estómago.

El mareo, la deliciosa sensación de calor y la confusión empiezan poco después. Incapaz de mantenerse en pie, se sienta primero, se hace un ovillo después, y por último se tiende de lado junto al muro verduoso. El frío, que hasta hace poco le calaba, comienza a esfumarse, al igual que la escasa gente que ve a lo lejos, las pobres casuchas de ladrillo descolorido, los árboles ennegrecidos en esa hora oscura. Es casi de noche.

Ante él, los fantasmas empiezan a salir de todos lados y la casa vecina se vuelve de pronto un monstruo enorme, pesado, que viene y se aleja, en tanto que los transeúntes que atraviesan la bocacalle dejan de tener sustancia para convertirse en sombras incorpóreas que se diluyen para reaparecer por instantes más allá o más acá.

No siente ya temor, sino un valor desmesurado que lo satura por completo. Las manos, que mueve desmayadamente frente a

los ojillos semicerrados, le parecen de pronto mansas tarántulas que se agitan y ríen. Solo siente como suyo, como verdaderamente suyo, el corazoncito desaforado que le late en las sienes, en la espalda, en las rodillas ateridas.

Todo se ha llenado de irrealidad, de imágenes multicolores, de destellos. Los momentos de fugaz conciencia que intentan poner orden en todo ese desconcierto son vencidos raudamente por la algarabía de inocuos demonios saltarines y traviesos. El niño los conoce bien y los sabe invencibles en su abigarramiento.

Sabe también que la lucidez creciente que se ha de abrir paso a través de las horas los irá matando uno a uno, pero ahora su frenesí es total.

El estómago vacío ha calmado sus exigencias, la cabeza danza entre delirios y los brazos y las piernas han perdido ya la energía desbordante y fascinadora de la infancia. Los otros demonios, los que siempre están presentes en su realidad inmediata, se han fugado otra vez.

Está el pequeño sumergido en una paz completa y divertida, y de su boquita escurre un hilo de espesa baba. Imposible hablar y no importa: no hay nada que decir y sí mucho de qué solazarse en este nuevo mundo de raros e inofensivos espectros, de chispas eléctricas, de gráciles centellas.

Transcurren horas infinitas y el cerebro del niño gana lentamente espacios a la confusión. La casa, de modo paulatino, recupera sus líneas rectas y sus manchones de humedad que hasta hace un momento eran semblantes de carcajada. El frío reinicia su lucha por penetrar hasta los huesos abundantes y notorios de este esmirriado cuerpecillo. La imagen de los padres alcoholizados y soeces abandona el olvido y se instala otra vez en la memoria, en cada fibra nerviosa, en cada cicatriz, en cada hueco dejado por el hambre.

Se yergue más tarde con mucho esfuerzo y permanece sentado contemplando el universo doloroso que ha recuperado casi por completo y del que hubiera deseado evadirse para siempre. Por último, se levanta, y con pasos de anciano comienza a buscar el

hueco de una escalera, el vano de una puerta, cualquier espacio cubierto que aminore el frío atroz que se le ha echado encima.

Otros niños como él, en cualquier parque, sueñan con juguetes mínimos, con el inseguro bocado de mañana, con caricias maternas que no obtendrán. El pequeño se tumba junto a ellos buscando afanosamente su calor. Después, más solo que nunca, se queda mirando las estrellas.



## **Esa vieja medicina o cómo superar el temor a las inyecciones**

**R**epulsa, a primera y segunda vistas, el anónimo grabado del siglo XVI que retrata una operación quirúrgica y que se encuentra en algún museo de difícil nombre de algún lugar de nombre más complicado aún. En una habitación de techo bajo tapizado con flores de lis, se halla una elegante cama con patas talladas con preciosura sobre la cual hay una almohadilla en que apoya la cabeza el enfermo, quien se halla rodeado de siete personajes ocupados en diversos menesteres. Hay en el grabado dos mujeres que realizan tareas indiscernibles, un afilador de cuchillos, un criado que llega al aposento llevando alimentos y vino, y otro más que calienta paños en un hornillo. Llama especialmente la atención un gato que se entretiene en el suelo con lo que parecen ser desechos orgánicos.

Entre esos personajes sobresalen los dos cirujanos que están a punto de practicar al doliente una trepanación. El cirujano mayor –de calzas, bombachas, gola, jubón y medias– sostiene en la mano izquierda un cincel que ya hincó en el cráneo del desgraciado, colocado boca abajo, mientras que con la derecha prepara el martillo con el que dará el golpe. El cirujano menor, de capa larga y excéntrica escarcela, observa imperturbable la inminente acción.

Por supuesto, no hay anestésico, pues la anestesia consistía en esos duros tiempos de la medicina en un poco de opio que adormecía levemente, en una botella de vino para propiciar la embriaguez, o en sangrías que debilitaban tanto al paciente que le provocaban un sueño que, sin embargo, no bastaba en modo alguno para evitar el intolerable dolor provocado por la cirugía. Sobrecoge imaginar lo que siguió a esta escena congelada en el grabado.

Pero ya la trepanación la practicaba desde los tiempos prehistóricos el hombre de Neanderthal, si bien con otros propósitos y otras herramientas, según nos dicen los arqueólogos. Si los médicos del siglo XVI empleaban utensilios de fabricación minuciosa, los primitivos utilizaban como cinceles huesos endurecidos con el fuego y una simple piedra como martillo.

Como se ve, los instrumentos y las técnicas que se empleaban en la cirugía premoderna bastan para quitar el hambre incluso al más despiadado observador. Destacan entre ellos el aceite hirviendo para las heridas infectadas, el hierro al rojo vivo para sortear las hemorragias o una sierra rudimentaria para amputar los miembros. Howard Pyle, por ejemplo, viejo médico de la corte de Isabel I de Inglaterra, relata que si algo le molestaba particularmente al operar, era el polvillo que se desprendía de los huesos seccionados por el serrucho, que le causaba tales estornudos que debía suspender por varios minutos la cirugía, para desgracia del paciente, quien se hallaba atado con correas y cadenas y tan lúcido como se puede estar en un trance como ese.

La amputación de miembros era una de las operaciones que contaban con el mayor número de adeptos. En los círculos médicos ilustrados aún se comentan las proezas del doctor Keiner, quien en sólo un año, el de 1876, practicó más de nueve mil, lo que de cualquier manera no era tan inusitado en tales épocas. Si se conocían de antemano los funestos resultados de una cirugía así, bien se hubiera podido hacerla más misericordiosa recurriendo al tajo del hacha que al lento y bestial corte de la sierra. Pero no: el hacha era una herramienta de verdugos, no de cirujanos; así que los galenos recurrían a la segueta para ganar respeto y posición social. En fin, pareciera que la cisura de los músculos con navajas todavía teñidas con la sangre del anterior paciente, o el abrasamiento de las heridas mediante el hierro candente, eran operaciones que respondían más a la ferocidad del cirujano que a la necesidad de aliviar las mortificaciones del enfermo.

Como se puede ver, sin los medios asépticos que se descubrieron tres siglos más tarde, los resultados de tan groseras cirugías

eran desastrosos: una pequeña herida o una fractura tenían como secuela casi irremediable la gangrena o la septicemia, y, de ahí, la tumba.

Pero durante los tres siglos que siguieron, esos bárbaros procedimientos no se mejoraron grandemente en la cirugía en particular ni en la medicina en general. En esta última, que se basaba en la teoría hipocrática de los humores, se recurría casi invariablemente a las sangrías, vejigatorios, sudores y purgantes –pero sobre todo a las sangrías– para aliviar, también en teoría, cualquier enfermedad, con independencia de sus causas y síntomas. Recuérdense tan sólo la fístula anal de Luis XIV de Francia, operada una y otra vez sin el consuelo de un poco de anestesia, o las extracciones dentales practicadas por barberos repulsivos validos de tenazas.

Vayamos, sin embargo, más atrás en la historia. Concretamente al periodo clásico grecolatino. En esa época había una receta de uso consuetudinario para prácticamente cualquier enfermedad: los vomitivos. Al igual que las sangrías después, los vomitivos entonces se utilizaban tanto para la neumonía como para el beri-beri, para las fiebres tercianas o para el entripado. No sólo eso: el buen vomitivo debía ir acompañado de la lavativa, de modo que el aparato digestivo del paciente quedaba más pulcro que el quirófano de un hospital moderno. Por supuesto, muchos morían en el proceso, toda vez que tales remedios se administraban con suficiente frecuencia como para que los miserables se deshidrataran sin más.

La Edad Media no tuvo muchos cambios en cuanto a los remedios usados, si bien se añadieron y privilegiaron otros, como el exorcismo, el agua bendita y las imploraciones a la divinidad, que, en rigor de verdad, siempre fueron inútiles para curar las enfermedades que tanto abundaban en ese negro periodo. A pesar de ello, destacaron grandes médicos entonces, sobre todo árabes, gracias a quienes el desarrollo de la medicina no sólo no se vio detenido, sino que incluso avanzó en ciertas regiones del sureste europeo.

En París, ya durante el Renacimiento –concretamente en 1509–, cuando se realizaba un torneo de caballeros, Enrique II de Francia fue herido bárbaramente por el conde de Montgomery. Relata Luján:<sup>1</sup> “En la primera carrera, ambos jinetes rompieron sus lanzas pero se sostuvieron sobre las monturas a pesar del ímpetu del encuentro. Cambió el rey su lanza y sorprendentemente, contra todas las normas, el conde de Montgomery, distraído, conservó el fragmento del asta rota en sus manos. En el segundo choque, esta parte de la lanza resbaló en la coraza del rey, y levantando la visera, le alcanzó la parte superior del rostro, entre las dos cejas”. Ganó la altura de la nariz y la extremidad inferior de la ceja izquierda, después siguió hacia la sien y, de ahí, al cerebro. Así herido, Enrique recibió la atención personal de Andrés Vesalio, entonces la máxima autoridad entre los cirujanos. Había, no obstante, que diagnosticar la magnitud de los daños padecidos para, a partir de él, emplear el tratamiento mejor. Vielliville nos relata el modo en que se llevó a cabo la horripilante verificación del diagnóstico: como obviamente no había en esos añejos tiempos ningún aparato de rayos X que permitiera ver el estado del cerebro, se utilizó a cuatro prisioneros del Grand Chastelet, a quienes en plena salud se les incrustó una estaca de una manera parecida a como había sido herido el rey. Una vez muertos, se analizó detenidamente la lesión producida para darse una idea los médicos de la magnitud del daño sufrido por Su Majestad. De nada sirvió, porque la herida era impresionante. Así que los médicos se concretaron a recetarle pociones febrífugas y los consabidos purgantes. Como era de preverse, Enrique II murió a los diez días, más por los remedios aplicados que por la herida.

Por los mismos años, Michel de Montaigne, el padre del ensayo moderno, sufría horriblemente. Padecía el mal de piedra –que hoy llamaríamos cólico nefrítico– y buscaba un alivio para esta enfermedad tan extraordinariamente penosa. Reacio a someterse a los

---

<sup>1</sup> Néstor Luján, *En la cabecera de los protagonistas de la historia*, Planeta, Barcelona, 1978.

inhumanos procedimientos quirúrgicos que ya entonces practicaban médicos como Ambrosio Paré y Pierre Franco, optó por un remedio no muy acostumbrado entonces: los baños termales.

Debe advertirse que el baño, en los tiempos de Montaigne, era absolutamente infrecuente. Se cuenta que Isabel I de Inglaterra, la Reina Virgen, afirmaba que únicamente se bañaba una vez al mes, “fuera o no fuera necesario”. En efecto, sólo se remojaba la gente por instrucciones del médico o por un pleno convencimiento filosófico, no por higiene, y además se hacía con tanto temor que con frecuencia se aseaba medio cuerpo a lo sumo; incluso, el santo temor que inspiraba el agua hacía que se le cortara con leche. No es de sorprenderse, pues, que los baños termales de Montaigne fueran considerados como un tratamiento propio de locos. Pese a ello, los dolores sufridos por el escritor francés lo llevaron a recorrer los balnearios de Plombières, en la frontera franco-alemana; de Bagnères, en Francia; de Baden, en Suiza, y de Lucca, en la Toscana. En todos ellos no sólo se sumergió hasta la cintura, sino hasta la cabeza, pero los malhadados cólicos no lo abandonaron por un instante sino muchos años después, hasta su muerte, debida probablemente a un infarto y ocurrida en una iglesia mientras oía misa.

William Shakespeare, de igual modo, murió de unas fiebres contraídas durante una cena. El remedio que se le aplicó durante su agonía fue bastante más caritativo –según el espíritu de los tiempos– que los baños de Montaigne. De hecho, fue muy dulce. En efecto, el doctor John Hall trató de aliviarlo de su dolencia mediante lo que consideraba la panacea para cualquier enfermedad: un elixir de violetas (la *viola odorata*), que se suponía efectívisima para los enfriamientos, la bronquitis y la tos. Las hojas, frescas, molidas y aplicadas como emplasto, se empleaban para la mastitis, las congestiones pulmonares y los tumores, pero también, cocidas como té, para librar de la embriaguez y la resaca subsecuente. Pese a todo, a Shakespeare las violetas no lo libraron de la muerte, ocurrida quince días después que la de otro genio: Miguel de Cervantes Saavedra.

En el siglo XVII las cosas no mejoraron. Es ilustrativo el caso de otra reina, ahora Ana de Austria, la esposa de Luis XIII de Francia e inmortalizada por Alejandro Dumas como casquivana en *Los Tres Mosqueteros*. Resultó que un mal día la susodicha soberana amaneció con un tumor mamario. Claro está que para que se notase la protuberancia es que el cáncer ya había avanzado irremediablemente; en consecuencia, los médicos reales recurrieron a los consabidos eméticos a base de ipecacuana, sangrías y lavativas, así como a un unguento de belladona. En ese trance, se hizo presente en la corte un merolico de poca monta, Jean de Ailhaud que, valido de un exótico e ininteligible vocabulario, hizo que la real paciente confiara enteramente en él y se dejara aplicar unos polvos que eran un revoltijo de yerbas secas y molidas, tales como escamonea, guayaco, jalapa, sen y acíbar. Por razones que desconocemos, la reina experimentó una cierta mejoría y, como pago, nombró barón de Castelot al médico impostor. Como era de esperarse, semanas después Ana de Austria empeoró, por lo que se le tuvo que practicar una cruenta incisión en el seno para dar salida al pus. Ya entonces la paciente experimentaba escalofríos y fiebre, y le brotó una erisipela que plagó sus brazos y su espalda, la que se trató con agua de cal que le produjo agudísimos ardores. Después de que apareció una metástasis pulmonar, se le indujo a tomar opio en grandes cantidades, y finalmente los médicos, agotados, le recetaron descanso, con lo que ellos también descansaron de las noches pasadas en vela. Tan a pecho tomó ese reposo que se le volvió eterno descanso.

En esos años y en los inmediatamente posteriores destaca un remedio para la gota aconsejado por los médicos, remedio que hoy nos provocaría náuseas incontrolables si siguiéramos al pie de la letra sus recomendaciones, como las seguían, en efecto, los enfermos. Éste era el terrible “baño de tripas”, consistente en introducir el pie afectado durante horas enteras en heces humanas “rebajadas” con sangre de cerdo. Como todos los remedios de esos tiempos, era totalmente inefectivo; es más, como se supondrá, era enormemente dañino, sobre todo si se tenía alguna heri-

da en el miembro estropeado, lo que producía severas infecciones y todas sus secuelas con la prontitud y la frecuencia esperadas.

Ya hemos hablado antes, si bien de pasada, de la famosa fístula anal de Luis XIV. Abordemos ahora más abundantemente el tema, ya que no la fístula. Este pobre rey –pobre sólo en cuanto a su paupérrima salud– fue a lo largo de su vida purgado dos mil trescientas cuarenta y dos veces, recibió más de cuatrocientas lavativas y fue sangrado en incontables ocasiones debido a sus múltiples problemas de salud. En fin, cuando se supo que el monarca padecía esa fístula, se reunió en el castillo real a todos los fistulosos que se pudieran descubrir para experimentar cuantos remedios estuvieran al alcance (lo de siempre: cataplasmas, vomitivos, purgantes, sangrías y hasta baños de asiento). Cuando se vio que todo era ineficaz, se optó por operarlo. Se utilizó para ello un bisturí de plata, diseñado expresamente para él, al que se denominó “bisturí real”. “Se le colocó en el borde del lecho –relata Luján– con un travesaño que sostenía el vientre, abiertas las piernas y sostenidas por los boticarios”; después de la operación, se cosió la herida “con hilos cubiertos de un linimento compuesto de yema de huevo”. Luis XIV no se quejó ni una vez.

Lo increíble es que la mayestática operación se puso de moda. Marqueses y duquesas, condes y princesas querían también operarse, tuvieran o no fístulas, y se enojaban tremendamente cuando se les decía que no había necesidad de una cirugía tal. No obstante, el Rey Sol no murió de la fístula ni de sus consecuencias, sino de una gangrena que primeramente se había considerado una simple ciática. El remedio fue el más impensable: leche de burra y un brebaje de sabor tan espantoso que el paciente se negó a tomarlo. Como puede presumirse, era inevitable que el soberano muriera el primero de septiembre de 1715, apenas un mes después que los médicos se percataran de los primeros dolores.

En fin, si hemos hablado tan abundantemente de los males de algunos personajes famosos, lo hemos hecho en razón de que es en sus biografías donde se halla una descripción más o menos confiable de los tratamientos utilizados en sus tiempos, los que de

cualquier manera se empleaban con la gente más pobre del mismo modo que con los más pudientes. Una pierna amputada, por ejemplo, se cauterizaba de modo semejante en unos y otros, es decir, con un hierro calentado al rojo vivo, y se trataban las fiebres tercianas mediante vejigatorios, ya sea que se portara una capa de armiño o un triste jubón de lana.

Pero dejemos Europa y vengamos a nuestro continente, donde los remedios no eran nada diferentes de los del Viejo Mundo, si bien se condimentaban con productos locales. Siendo una región feraz, había un considerable número de plantas, y muchas de ellas tenían efectivamente propiedades curativas. Su inventario cabal abarcaría páginas enteras, pero rescatemos aquí el palo santo, la mimosa, el epazote zorrillo, la tila o la manzanilla. En efecto, utilizadas como tisanas o cataplasmas, machacadas o fumadas, dichas plantas se emplearon durante cientos de años para aliviar desde los dolores del parto hasta los cálculos vesicales, si bien muchas de ellas, gracias a los mecanismos para su aplicación, obraban únicamente como placebos, esto es, como un falso remedio que actúa positivamente debido a un efecto psicológico. Por supuesto, no faltaban las invocaciones a las diversas divinidades para que relajaran los sufrimientos del enfermo; de modo que las plegarias, mezcladas con los remedios y los ritos cristianos puestos en boga durante la Colonia, produjeron un sincrético catálogo de mejunjes contra las aflicciones de una longitud considerable, catálogo que hasta nuestros días se sigue empleando. Así, vemos en los países iberoamericanos que todavía realizan el tronido del empacho, la limpia espiritual, los sortilegios para alejar el mal de ojo y muchos más, si bien esos “tratamientos” se han bautizado con nombres distintos en cada lugar. Conviven, además, de modo muy estrecho, con las técnicas médicas modernas más avanzadas, y no es infrecuente que los enfermos entremezclen los ritos del chamanismo con la tomografía axial computarizada, todo con tal de aliviar sus males.

De cualquier modo, hasta hace no muchos años los remedios seguían siendo la mar de brutales. Son espeluznantes, por ejem-

plo, las descripciones que hacen Ralph Roeder y otros biógrafos de Benito Juárez, el insigne presidente mexicano, de los medios a los que se recurrió para salvarlo de la muerte en el no tan lejano año de 1872, dentro de los que destaca el uso repetido del agua hirviendo aplicada a su pecho, la que, según se cuenta, le levantó una extensa ampolla de varios centímetros de grosor, recurso que de todos modos fue inútil para aliviarlo de la angina que lo llevó a la muerte.

Y no se diga de los tratamientos dentales, pues hasta los años cincuenta del siglo pasado se utilizaba un taladro de pedal para las obturaciones, el que saturaba los consultorios de mucho polvillo dental y de un penetrante olor a quemado. Tampoco dejemos en el tintero las amigdalectomías. En los principios del siglo recién concluido, el médico, para lograr la extracción de esas glándulas, las quemaba con un cautín, tras de lo cual se extraía la parte calcinada con unas pinzas. Toda vez que la operación era en extremo dolorosa, sólo se chamuscaba un poco cada vez, de modo que una operación completa podía durar varios días. Una mujer así operada relataba que no era tanto el dolor lo que la molestaba, sino “la humazón” que la ahogaba.

Si el olor de los hospitales modernos nos parece crispante a quienes no practicamos la noble profesión de la medicina, el de los galerones de antes debió ser irresistiblemente nauseabundo, al que se sumaba el asimismo repugnante hedor de la comida que ahí se servía. El mismo Hayward habla con respeto de los médicos y sus ayudantes, tan acostumbrados a la fetidez de las salas que –según decían– podían reconocer cuándo había un “excelente mal olor quirúrgico”.

Nos quejamos hoy día de las inyecciones intramusculares y de las intravenosas, nos parece insufrible el taladro dental y aborrecemos el lavado gástrico. Son tormentos intolerables, según nos parece. Una simple jaqueca nos tumba en la cama y un raspón en la rodilla nos impide trabajar días enteros. Pero póngase el lector a pensar lo que le habría sucedido si hubiera vivido y enfermado en los siglos pasados, de haber sufrido una fractura compuesta

que desembocaba en la amputación, una infección mínima que reclamaba el hierro o una hemorragia que exigía el aceite humeante, y se percatará que no todo tiempo pasado fue mejor.

Medicina computarizada, cirugía de precisión hasta la micra, portentosas prótesis semibiónicas, anestesia perfecta, sorprendentes trasplantes de órganos, antibióticos, vacunas, analgésicos y vitaminas a granel; eso y mucho más es lo que gozamos hoy, y todavía nos quejamos de que se nos aplique de cuando en cuando una simple inyección intramuscular casi indolora. Habrase visto.

## El caso de los papeles doblados

El cadáver de la mujer yacía en la acera empedrada. La sangre de la garganta casi cercenada por completo escurría hasta la calle, donde formaba un gran coágulo con la apariencia de una pasta rojiza y densa. En la boca abierta se adivinaba el anhelo de un grito que no había logrado escapar, de un lamento enmudecido por la filosa hoja de una navaja.

—Es joven —dijo Gonzaga, para después alejarse de improviso hacia la bocacalle para poder vomitar copiosamente sin excesiva vergüenza.

El teniente Cipriano lo miró impasible. Era Gonzaga casi un niño, pero había querido ingresar al magro cuerpo de policía como recurso para sostener a la madre y dos hermanos después de la muerte del padre. Esmirriado, pálido y de pelo requemado por el sol, Gonzaga luchaba contra sí mismo cada vez que veía muertos, pero invariablemente perdía la batalla. Cipriano lo había conservado como ayudante porque era un joven despierto y avisado, lo que ratificó Montoya cuando llegó a hacerse cargo de la policía local en retribución de los servicios prestados en la capital.

—Siempre le pasa lo mismo. Nada más ve un cadáver y vuelve el estómago.

—Pobre —respondió el capitán Montoya, recién descendido de su Studebaker 1946—. A mí me pasó lo mismo durante años, hasta que al fin me impuse a la sangre. Yo no sé si por ver a tantos —después le preguntó al teniente:

—¿Ya saben quién es la muchacha?

Cipriano levantó los hombros y escupió. Era un hombre viejo, de cabellos emblanquecidos y mirada desagradable. Tenía ya muchos años de policía, y el grado de teniente lo había ganado

hacía ya tiempo gracias a su indiscutible eficacia y a sus numerosas artimañas.

—Parece que trabajaba en una casa por aquí cerca, según me dice uno de los policías, pero todavía no sabemos el nombre.

El capitán Montoya miró hacia el final de la calle, donde comenzaban a dejarse ver unos tenues jirones amarillentos entre lo negro de la noche que anunciaban el próximo amanecer. La pequeña ciudad dormía todavía, a no ser por algunos arrieros que pasaban por la calle principal con cargamentos de leña, o los placeros que se disponían a tender su mercancía en las afueras del ayuntamiento. Eran, de cualquier manera, muy poca gente todavía.

—¿Ya la revisaron? —preguntó Montoya levantándose las solapas del abrigo negro al sentir el helado viento matutino.

—La bolsa nada más. No traía en ella más que unas cuantas cosas: un monedero con puros tostones, una pañoleta azul y el retrato de unos niños. Han de ser los hijos, supongo.

—Y un papel que tenía entre el cinturón y la piel y que encontró el teniente —intervino Gonzaga, que había vuelto de la bocacalle limpiándose la barbilla con la manga de la camisa.

—¿Entre el cinturón y la piel? ¿Dónde está ese papel?

Cipriano sacó del bolsillo interior de su gabardina una hoja de papel común y corriente doblada en ocho. Se la entregó. No había nada escrito en ella ni mostraba ninguna otra huella.

—Aquí no dice nada —dijo Montoya al desdoblarla—. No me parece que tenga importancia. A lo mejor la traía para escribir algún recado.

—Pues salvo eso, no traía nada más —concluyó Cipriano cruzándose de brazos.

Montoya lo miró. El teniente, más alto que él, vestía un terno azul, una corbata verde y unos zapatos cafés. Sobre el atuendo cargaba una gabardina beige. El conjunto, pensó, estaba para espectáculo de feria. Extrajo a su vez un pañuelo de la bolsa trasera del pantalón y se sonó ruidosamente.

—Usted, Cipriano, encárguese que lleven el cuerpo al doctor Antúnez antes de que los vecinos despierten y se arme aquí un

alboroto, y después lléveme a la oficina las pertenencias de la difunta para revisarlas bien.

—A sus órdenes, mi capitán.

—Una última cosa: ¿quién descubrió el cuerpo y cuántos más lo han visto?

El teniente Cipriano señaló al policía, que se encontraba con otros dos, alejado unos metros del grupo que formaban él, Montoya y Gonzaga.

—El cabo Rodríguez lo descubrió cuando andaba en su ronda. Después nos llamó a Gonzaga y a mí, que estábamos en la oficina. Más tarde —hace unos minutos— llegaron los otros dos policías cuando ya estábamos aquí. Nadie más ha andado por el rumbo.

—Bien. Dígale a Rodríguez que averigüe el nombre de la muchacha y la casa en que trabajaba, y que me vaya a ver después con su informe —instruyó Montoya, tras de lo cual subió a su auto, lo arrancó y se marchó en medio de un sonoro chirriar de llantas.

\*\*\*

La oficina de la policía era un antiguo bodegón de paredes amarillas repleto de cajas de cartón, viejos archiveros, algunas mesas de madera y, adosado a la pared del fondo, un viejo escritorio de persiana donde atendía el capitán Montoya. Cuando llegó el cabo Rodríguez, ya Montoya iba a la mitad de una taza de café fuerte endulzado con panela.

—Mi capitán...

Montoya, sin verlo, le hizo una seña para que aguardara un minuto, terminó de escribir unos garabatos en un cuaderno y se volvió al cabo alisándose los grandes bigotes.

—¿Ya tiene algo, cabo?

—Sí, mi capitán. Se llamaba Ernestina Ascencio, era de la costa, aunque sus patrones no me supieron decir exactamente de dónde, y, según dicen, no andaba con nadie y era muy trabajadora. Creo que también me dijeron que tenía veintisiete años.

—¿Cree usted que le dijeron, o en efecto le dijeron? —preguntó Montoya volviéndose y mirando al cabo con una sonrisa burlesca que contrastaba con el ceño fruncido.

—Me dijeron, perdón, señor —respondió incómodo el cabo.

—Díctele a Rosita todos los detalles, y cuando haya terminado, firme el informe y entréguelo usted mismo.

—A la orden, capitán —respondió el policía, dirigiéndose con rapidez adonde se hallaba la secretaria, una obesa mujer cuarentona, de pelo negro y rizado y la boca tan llena de carmín que era lo único que se distinguía en la cara blanquísima. Teclaba atronadoramente una antigua y pesada máquina Oliver, deteniéndose de vez en cuando para devorar una torta de pollo.

Se aproximó el teniente Cipriano.

—Aquí está lo que traía la mujer, mi capitán —le dijo entregándole una bolsa de papel de estraza.

Montoya colocó el paquete en sus largas piernas y procedió a extraer el contenido, que fue colocando en la cubierta del escritorio. Eran solamente un sostén barato de copas aguzadas, unas pantaletas rosadas de franela, una blusa de percal y una falda de lana. Todas las prendas estaban cubiertas de sangre. Cipriano le entregó también el monedero con unas cuantas monedas, el pañuelo azul y el retrato; los niños que aparecían en él eran muy pequeños, morenos y sonrientes.

El teniente esperó las órdenes de Montoya, pero éste se hallaba concentrado revisando las prendas, de modo que regresó destilando su permanente malhumor a la mesa carcomida en la que reposaban algunos papeles, viejos legajos y oficios varios, donde él y Gonzaga redactaban los informes que elaboraban de sus escasas actividades policiacas.

—Este capitancito no va a poder con el caso, estoy seguro —dijo el teniente llevándose a los gruesos labios una gran taza de café aguado—. Sólo porque acaba de llegar de la capital en su coche último modelo ya cree que las cosas aquí son iguales que allá. Y no. Las cosas aquí sólo las entendemos los de aquí, ¿o no, Gonzaga?

—Si usted lo dice...

—Pues ya verá usted cómo se confunde y empieza a cometer disparates, aunque este sea el único asesinato que tenemos en el pueblo desde hace más de un año. Desde enero, si no mal recuerdo.

—Febrero de 1945 —corrigió Gonzaga—. Yo creo que es un caso fácil, mi teniente; únicamente tenemos que encontrar el arma homicida e interrogar a los conocidos de la mujer para saber en qué pasos andaba, porque eso de que la mataron nomás porque sí, no lo creo; hay que averiguar también si tenía marido o algún novio —que sería entonces el principal sospechoso— y, por último, el motivo. Así que no creo que el capitán Montoya no vaya a poder con este crimen.

—Parece que usted sabe más que yo sobre lo que hay que hacer, ¿no? Pues comience rápido porque eso va a ser tarea suya, ya que tan apegado está a los métodos del capitán —miró irónicamente a su subordinado—. Usted lee muchas novelas, Gonzaga. A mí, en cambio, me gusta más agarrar a cualquier sospechoso y sacarle la verdad a punta de madrazos. Como que es más corto el caminito, ¿no cree?

—Si usted lo dice...

—Al parecer, no conoce otra frasecita. Ya váyase inventando otra —dijo Cipriano moviendo la cabeza de un lado a otro. Gonzaga apretó los dientes; luego, como si le costara un gran esfuerzo, se encogió de hombros.

El sonoro llamado del capitán Montoya desde el otro extremo de la oficina distrajo al teniente, quien se dio la vuelta y derramó estrepitosamente, de paso, el café en la mesa y sobre el pantalón de Gonzaga, quien dio un brinco hacia atrás mirando el lamentable estado de la prenda.

—Ya perdonará usted —le dijo—. Limpie la mesa mientras veo qué se le ofrece al capitancito —y atravesó el bodegón con un humor más negro que ese otro café que, en su escritorio de cortinilla, apuraba ya su jefe.

El segundo cadáver fue encontrado por el propietario del viejo hotel del pueblo, un vizcaíno obeso y colorado, sorprendido de que el inquilino no hubiera salido en casi dos días ni para comer. Suspica, había tocado repetidamente la puerta del cuarto, para regresar después con la llave maestra con la que la abrió pensando que el viejo se había fugado por la ventana sin liquidar la cuenta. Cuando vio el cuerpo, aterrado, envió a la mucama a avisar a la policía.

—En todos estos años no me había ocurrido algo semejante —se quejaba ante Gonzaga, que había llegado primero que nadie; éste, lívido por la impresión, no quiso tocar el cadáver esperando el arribo del teniente Cipriano o del capitán Montoya. Después de un rato llegó el primero de ellos y procedió a examinarlo buscando alguna herida de arma blanca o de fuego. El hombre estaba echado boca abajo en la cama, vestido por completo e incluso con zapatos y un corbatín de moño. De hecho, había puesto el sombrero en la silla que estaba al lado del lecho. No se veía una sola gota de sangre por ningún lado, o por lo menos era difícil verla —si es que había alguna— entre la suciedad que cubría el tapete, la sobrecama y las paredes.

—Parece que se murió solito hace tiempo, pues ya está muy tieso y nada está desarreglado —informó Cipriano a Montoya cuando éste llegó minutos después—. No tiene tampoco heridas de ningún tipo.

—¿Entonces para qué me llamaron? —dijo Montoya—. Hubieran traído mejor al médico o al sacerdote. Este hombre se ha de haber muerto del corazón o algo parecido.

Montoya se acercó al cuerpo y lo volvió de espaldas con alguna dificultad por la posición de los brazos rígidos. Era un hombre viejo y escuálido, de unos sesenta años.

—Eso pensaba hacer, mi capitán —contestó Cipriano—, si no fuera porque en estos casos tenemos que dar parte de lo acontecido. Por otro lado, a lo mejor lo envenenaron. O lo estrangula-

ron, aunque no tiene huellas visibles. Pero sobre todo, mi capitán —reiteró—, lo llamé porque encontré un papelito igual al que estaba en el cuerpo de la mujer, metido también entre el cinturón y la barriga. Eso ya se me está haciendo sospechoso, pues parece una marca, una señal... yo qué sé.

—¿Me dice usted que tal vez anda por aquí un asesino que deja esos papeles a propósito, como si quisiera enviarnos un mensaje? —El capitán Montoya miró a su subalterno con el sarcasmo que acostumbraba y se echó el sombrero de ala ancha hacia la nuca.

—Pues yo no me lo explico de otra manera. No sé usted... con su gran experiencia allá en la capital. Porque, a ver, dígame, ¿cómo se explica usted que dos cadáveres distintos tengan un papelito igual?

—Estarán seguramente relacionados entre sí de algún modo —respondió confundido. Después se volvió a Gonzaga—. ¿Sabemos ya quién es?

—Sí, mi capitán. Es don Obdulio Vargas, un boticario de la capital. A pesar de su edad, dicen que andaba en malos pasos con una cantinera llamada Consuelo. Todo el mundo lo sabía.

—Menos yo, por lo que veo. ¿Y dónde está la tal Consuelo? —inquirió Montoya—. ¿Estuvo también hospedada aquí, por decirlo de algún modo?

—Ha de estar en su casa. Ya la fueron a buscar. El dueño del hotel dice que venía con frecuencia acompañando al viejo, pero que ahora lo dejó plantado —contestó el teniente Cipriano—. Así que el señor Vargas la estuvo esperando todo el tiempo. Si es que se murió del corazón, fue por eso. Pero de todos modos está el asunto del papel doblado.

—A lo mejor hubo un pacto mortal entre los dos muertitos —se entremetió Gonzaga.

—No sea usted bruto —dijo Cipriano volviéndose hacia él—. En primer lugar, don Obdulio se entendía con la mentada Consuelo, no con la otra víctima, que según me acuerdo se llamaba Ernestina Ascencio, a la que tal vez ni conocía. En segundo lugar, ya estaba muy viejo el señor para andar degollando sirvien-

tas. En tercer lugar, ya tiene casi una semana que encontramos a Ernestina, y para pactos suicidas de amor ya es mucho tiempo.

—¿Y qué tal si don Obdulio mató a Ernestina por alguna razón que desconocemos, y después, agobiado por los remordimientos, se suicidó aquí? —protestó Gonzaga.

—¿Y cómo se suicidó o con qué? —intervino el capitán Montoya—. No hay navajas de rasurar, ni frascos de medicinas ni cuerdas para ahorcarse, ni nada que haya servido para dejarlo como está.

—Si usted lo dice, teniente... aunque quizá ya venía envenenado, y solamente llegó a morir aquí —repuso derrotado Gonzaga—. Era boticario, ¿no? Tenía que conocer venenos y esas cosas, digo yo.

—Pues entonces, para dejarnos de hipótesis, lo primero que se tiene que hacer es la autopsia —terció Montoya—. Si resulta que murió envenenado, pondremos a prueba las tuyas, Gonzaga —concluyó abandonando la sórdida alcoba.

\*\*\*

Sólo transcurrieron cinco días para encontrar el tercer cuerpo. Correspondía a un joven de unos veinte años, hallado en la ribera del río que pasaba al norte del pueblo. Tenía puesto el pantalón, una camisa ligera y los zapatos. A primera vista, era evidente, dada la apariencia del cadáver, que se había ahogado y que la corriente del río lo había hecho recalar finalmente en ese lugar.

El capitán Montoya se había enterado de este nuevo suceso al recibir una llamada telefónica de Gonzaga desde una casa muy cercana al lugar.

—Es otro cuerpo —le había dicho tembloroso.

Montoya llamó al teniente Cipriano y ambos salieron a toda velocidad en el Studebaker 1946 del capitán.

—Éste se ahogó, que ni qué —dijo Montoya cuando vieron el cadáver del joven en un recodo del río ancho e impetuoso. Los

restos del muchacho yacían en la fina arenilla que cubría la orilla. Estaba inflado, verdoso y todavía húmedo.

—Es Dagoberto Ceballos, según creo —informó Gonzaga, quien se hallaba tremendamente pálido y con rastros evidentes de haber vomitado—, aunque está casi irreconocible por lo hinchado que está. Éramos casi de la misma edad.

—¿Ya lo revisó? —preguntó Montoya a gritos para hacerse oír entre el estruendo de la corriente, mientras bajaba con dificultad por el accidentado declive.

—No, mi capitán, lo siento. Usted perdonará. Ya se me irá pasando este maldito malestar.

—Pues a ver si ya se va haciendo hombrecito, y entre más pronto, mejor —Montoya se volvió hacia Cipriano y le indicó con la vista que registrara el cadáver del chico—. Por favor, teniente.

Cipriano se aproximó al cuerpo y comenzó a tocarlo aquí y allá para buscar alguna huella que denotara las posibles causas de la muerte. No halló nada, salvo algunos raspones en los brazos y las manos, así como un golpe en la cabeza que no tenía mucha importancia.

—No hay nada, mi capitán. Parece que sólo se ahogó y ya. Tal vez no sabía nadar y se lo trajo la corriente hasta acá —hizo una pausa—... Espéreme tantito.

El teniente se agachó más y, tras darle vuelta al cuerpo, exclamó:

—Malas noticias, mi capitán. Otra vez el dichoso papelito.

El teniente Cipriano levantó la mano y la agitó de un lado a otro; entre los dedos asía una hoja de papel doblada del mismo modo que las encontradas antes en los cadáveres de Ernestina Ascencio y de don Obdulio Vargas.

—Esto ya no me está gustando nada —dijo preocupado el capitán Montoya—. Como que ya es mucha coincidencia. A ver, tráigamelo aquí.

El teniente se aproximó al capitán y le entregó la hoja de papel. En efecto, era del mismo tipo que las que tenían aquellos en la cintura, encajadas entre el cinto y la piel, los mismos dobleces y tamaño. Pero esta hoja —según vio Montoya— tenía una par-

ticularidad que la hacía distinta de las otras. Se prometió pensar en ello más tarde, cuando se tomara un café cargado en la oficina.

Ordenó a Gonzaga y al teniente Cipriano que buscaran en la arena huellas distintas a las suyas y a las que habían dejado marcadas los dos policías que hacían guardia. No había el menor asomo de lucha, ni tampoco más rastros que fueran útiles, de modo que ordenó por tercera vez en menos de dos semanas que recogieran el cuerpo y se lo llevaran al doctor Antúnez para que le practicara la autopsia de ley.

\*\*\*

—Como ya le dije, capitán —dijo el viejo médico legista—, a Ernestina Ascencio la mataron con una cuchillo de carnicero o algo semejante; don Obdulio Vargas murió de un infarto, no por envenenamiento ni por ninguna otra causa, y este muchacho se ahogó sin remedio, sin duda por andarse metiendo al río sin saber nadar o porque alguien lo empujó. Las lesiones que tenía en los brazos y las manos, así como el golpe en la cabeza, me llevan a pensar que, a menos que lo hayan empujado quién sabe dónde, sufrió una caída accidental, golpeándose ligeramente —lo que tal vez le provocó algún mareo—, tras de lo cual quiso asirse a las ramas de los matorrales para salvarse, aunque sin mucho éxito, por lo que se ve. No encuentro nada más. En todo caso —prosiguió el médico—, sólo tiene que hallar al asesino de la mujer, porque los otros dos casos, aunque lamentables, no nos hablan aparentemente de crimen alguno.

—¿Y entonces los papeles que encontramos en los tres cadáveres?

—Esa es la otra cosa que tiene usted que averiguar.

El capitán Montoya salió del consultorio de Antúnez, subió a su Studebaker 1946 y se dirigió pensativo a la oficina formulándose mil hipótesis distintas. ¿Qué tenían en común los tres casos, se preguntaba, además de la hoja de papel doblada en ocho? Algo tenía que relacionarlos entre sí, pero no veía por ningún lado qué

podía ser. Ernestina Ascencio provenía de un pueblo cercano —ahora lo sabía gracias a los informes que le habían llegado esa misma mañana—, donde había tenido amoríos con un pescador llamado Martín Zambrano. Después lo había abandonado, así como a sus hijos, para venirse al pueblo a trabajar como sirvienta en la casa de una familia devota y sin visos de que sus miembros (un hombre inválido, una mujer hogareña y una hija adolescente) fueran criminales en modo alguno. El tal Martín Zambrano, el amante de la occisa, era otra cosa: irascible y arrebatado, podía muy bien ser el culpable del atroz crimen, razón por la cual se le buscaba desde hacía varios días por los pueblos de la costa. Sin embargo, no era factible que la pobre mujer hubiera conocido a don Obdulio o al joven Ceballos. En cuanto a don Obdulio —reflexionaba Montoya—, nada había que revelara relación alguna con Ernestina pese a su fama de galán otoñal, y mucho menos con Martín Zambrano. Era de todos conocido, y él se encargaba de divulgarlo, que su corazón pertenecía absolutamente a Consuelo la cantinera y, tal como había dicho atinado Cipriano, no tenía ni fuerzas ni motivo aparente para degollar a la Ascencio. En cuanto a conocer don Obdulio al joven Ceballos, era posible, pues en el pueblo casi todos se conocían entre sí, pero no era probable que tuviesen relación alguna un hombre maduro, casi decrepito, y un mozalbete. Y si la había, tampoco adivinaba Montoya cuál podía ser. Por último, tampoco había nada en apariencia que ligara a Ernestina y al joven Ceballos. ¿Algún romance quizá, se preguntó Montoya? Difícilmente, pues la muchacha no frecuentaba los alejados rumbos de los Ceballos, según se sabía, ni éstos los de la casa donde trabajaba aquella, ocupados como estaban en su rancho, en el que trabajaban a diario de sol a sol barbechando, sembrando o levantando la robusta caña que crecía ahí.

Así que no había nada, al final de cuentas, concluyó el capitán. Pero nuevamente lo asaltaba la coincidencia en los tres casos de la hoja de papel doblada en ocho, que era el único elemento que los conectaba.

Montoya llegó a su oficina malhumorado, le pidió a Rosita el café más cargado y más dulce que le fuera posible hacer, abrió la persiana del viejo escritorio de madera, colocó ante sí los tres pequeños pliegos y se puso a revisarlos con extremo cuidado.

\*\*\*

Cipriano dormitaba en una silla apolillada de la oficina cuando recibió un recado, gracias al cual pudo encontrar el cuarto cadáver. Desde el hallazgo del primero no había pasado siquiera una semana.

—Cabo —le dijo al hombre medio dormido que en ese momento se llevaba a la boca una taza de atole—, vaya a la casa del capitán Montoya y comuníqueme que lo espero en el jardín de La Gacela. Dígame que hay otro muertito por allá.

Dicho esto, salió de la oficina, topándose en la puerta con Gonzaga. Fumaba éste un Tigres que dejó caer de inmediato al ver a su superior.

—Usted, Gonzaga, dígame si se va conmigo o espera al capitán.

—Nomás dígame adónde, mi teniente.

—Al jardín de La Gacela. Acaban de encontrar otro cadáver en una de las casas de por ahí cerca.

La sonrisa en los labios del teniente confundió a Gonzaga.

—No la friegue, mi teniente —repuso espantado—. ¿Otro muerto?

—Pues si dije cadáver, se entiende que es un muerto ¿no? Tengo prisa. ¿Viene o se queda?

—Mejor espero al capitán; hasta es posible que me vaya en su auto último modelo, a ver qué se siente.

—Como quiera —y Cipriano emprendió un pesado trotecillo entre la pertinaz lluvia matutina.

Era una vieja. Estaba boca arriba inmediatamente después de la entrada de un zaguán; sus pies cubrían los primeros escalones de madera que servían para ascender al primer piso, al que se entraba por una reja. La cabeza rota se hallaba casi en el umbral de la

puerta y había mucha sangre coagulada bajo el cuerpo de la mujer. Uno de los vecinos la había visto casi por accidente al salir de la casa de enfrente gracias a que la puerta estaba abierta, después de lo cual había llamado a gritos a los demás vecinos, quienes no la habían querido mover desde entonces porque ya estaba rígida y fría, y no tenía mucho caso llamar a un doctor porque era obvio que ya había fallecido. Además, el raudal de sangre confirmaba esa conclusión. Así que había optado por enviar el recado a la policía.

Para el teniente Cipriano la cosa estaba clara. La mujer se había desnucado al caer hacia atrás mientras subía. Era, en efecto, una anciana a la que seguramente le había fallado el pie al subir los escalones. Al menos eso es lo que podía entenderse dada la posición del cuerpo. No obstante...

El capitán Montoya arribó solo en su auto, sin Gonzaga, quien se divisaba a lo lejos viniendo a la carrera y transpirando profusamente.

—¿Y ahora qué, teniente? —preguntó Montoya apeándose. El abrigo que le cubría el corpachón apenas se daba abasto para cubrirlo por entero.

—Pues nada, mi capitán. Otro muertito, como le dije al cabo que le dijera. Bueno, una muertita en este caso.

—¿Qué le pasó?

—Pues parece que se cayó de las escaleras. Sin embargo...

—No me diga que halló otro papelito —se adelantó ciscado Montoya.

—Pues sí. En el mismo lugar. Entre la enagua y las carnes —y le mostró otra hoja blanca cortada y doblada igual que las tres anteriores.

—¡Me lleva...!

—Usted dirá qué hacemos, mi capitán —respondió Cipriano cruzándose de brazos.

—¿Ya revisó todo, teniente? Y aunque ya lo haya hecho, vamos otra vez a revisar la casa de arriba abajo, a interrogar a todos los vecinos sin que nos falte uno solo. Quiero saber quién era la vieja, a qué se dedicaba..., en fin, todo lo que haya que saber. Ya

está aquí Gonzaga –continuó Montoya–, así que entre los tres haremos todo eso y mucho más. ¿Me entiende?

—A la orden, mi capitán.

La mujer era doña Cristina Bermúdez, una santa mujer, al decir de sus vecinos, por lo que no se le conocían enemistades. Salía a misa de cinco todos los días, y regresaba de la iglesia antes de que amaneciera, sobre todo en esos días de pleno invierno en que el alba se retrasaba más de la cuenta. En los últimos tiempos se hacía acompañar de una nieta que vivía con ella debido a que padecía de mareos ocasionales; pero eso no había ocurrido hoy porque la pequeña estaba en cama con fiebre de garrotillo de cuarenta grados, quien dijo al ser interrogada por el capitán Montoya que no se había dado cuenta de nada porque estaba completamente dormida cuando su abuela había salido a la iglesia, ni tampoco de la caída por la misma razón. “Era muy temprano” –se disculpó entre lágrimas.

\*\*\*

El doctor Antúnez dejó el escalpelo junto a las pinzas que reposaban en la mesilla vecina a la plancha de granito.

—¿Qué quiere que le diga, capitán? ¿Qué un asesino profesional se ha cargado a las cuatro personas? Yo no encuentro señales de que algo así haya ocurrido.

—Lo que pasa es que usted no ve más allá de sus narices, médico –dijo Montoya con tono agrio mientras se estiraba hacia el mentón de las puntas los negros bigotes.

—¿Qué es lo que no veo? En este caso –y puede usted verlo con sus propios ojos–, doña Cristina sufría vahídos desde hace por lo menos treinta años debido a un problema de oídos que le venía desde que era joven y que nunca pude curarle. La pobre quiso subir la escalera sin ayuda, y, pum, se cayó hacia atrás causándose esa abolladura en el cráneo y los moretones en la espalda.

—¿Y qué tal si alguien la golpeó para robarle algo, que no sabemos qué es? –intervino Gonzaga–. Porque aunque es cierto

que encontramos su bolso cerrado, no es posible saber qué otras cosas guardaba en él.

—Usted sueña, joven. La mujer vivía al día —respondió intranquilo el viejo galeno mientras limpiaba sus lentes con un pañuelo. Y añadió—: Y también delira, capitán, dicho sea con todo respeto, viendo crímenes donde no los hay, a no ser el de Ernestina Ascencio. Si hubiera sido robada, no se habrían encontrado esas monedas y la llave de su casa en el bolso, pues el ladrón se habría quedado con todo, en especial con la llave para poder regresar después y saquear la casa.

—Entonces nuevamente le pregunto, médico: ¿y qué con la hoja de papel? Ya son cuatro cadáveres que encontramos con esas hojas en la cintura dobladas en ocho.

—Eso no lo sé, ni me concierne tampoco averiguarlo —dijo el forense yendo hacia la puerta del pequeño anfiteatro en actitud de franquear la salida a los policías—. Y ahora, si me perdonan...

Montoya y Gonzaga salieron a la calle empapada. La tarde se había limpiado y se podían ver las montañas cercanas entre los nubarrones que se alejaban por el horizonte. El primero de ellos abrió la portezuela de su vehículo mientras Gonzaga daba un rodeo a la espera de que su superior desactivara el seguro del lado del pasajero.

—Un favorcito —le dijo el capitán bajando el cristal de la ventanilla—. Cómpreme una cajetilla de cigarros y llévemela a la oficina. Allá lo espero.

“Ya será para la próxima. Ni modo”, pensó éste acongojado emprendiendo la marcha hacia el estanquillo de la esquina.

Montoya condujo muy despacio por las estrechas y empedradas calles del pueblo. Caviló escrupulosamente sobre lo ocurrido ahí desde la primera muerte. No había una relación entre los cuatro casos que él, de momento, pudiera columbrar. Don Obdulio y doña Elvira sólo se dirigían el saludo cuando se topaban en la calle, pero no pasaba de ahí, ni siquiera por la semejanza de edades. Además, la mujer únicamente salía de su casa en

las mañanas, y el resto del día lo pasaba haciendo crochet o pasteles, que era de lo que vivía; por si fuera poco, Antúnez decía que tres de las cuatro muertes habían sido por accidente o enfermedad.

Dobló la esquina, se estacionó afuera de la oficina y entró en ella caminando tan lentamente como había llegado. No vio a Cipriano, por lo que se detuvo en la mesa de su subordinado para recoger algunos documentos y continuó su marcha hasta su escritorio.

—¡Café negro, Lupita! —ordenó a la mujer, que en esos momentos se llevaba un gran taco a la boca repintada, y agregó—: Y no coma aquí, ya se lo he dicho muchas veces.

Sacó el llavero que pendía de una cadena y abrió la cerradura de la persiana del escritorio; después extrajo las cuatro hojas de papel dobladas en ocho de uno de los cajoncillos y una gran lupa con la que se puso a observarlos con el mayor cuidado. “Algo tengo que encontrar en ellos”, se dijo, mientras sorbía un trago del fuerte café atemperado con panela que le había llevado la secretaria, tarea de la que fue interrumpido por una llamada telefónica que entró en el viejo aparato Ericson de manija y que lo mantuvo interesado varios minutos.

\*\*\*

—¿Qué es lo que ve? —le dijo a Gonzaga cuando éste le entregó todavía sudoroso la cajetilla de cigarrillos que le había encargado.

—Perdón, mi capitán. No fue mi intención.

—Le pregunto qué es lo que ve en estas hojas de papel —insistió entregándole la lupa y cediéndole la silla.

Gonzaga se sentó tímidamente, colocó frente a sí el instrumento y analizó con detenimiento cada una de las hojas.

—No veo nada, mi capitán, salvo esas manchitas de color café que hay en tres de ellas. La otra no tiene nada.

—¿Se da cuenta ahora? —lo interrogó Montoya.

—¿Darme cuenta de qué, mi capitán?

—De quién es el culpable de todo esto. Es muy fácil cuando se atiende a los detalles.

Gonzaga lo miró sin comprender.

—Vamos a esperar a que llegue el teniente Cipriano para que le explique todo —dijo haciendo la lupa a un lado—. Y ahora levántese, que tengo que trabajar.

—Sí, mi capitán —respondió Gonzaga abandonando al instante el asiento de su superior y dirigiéndose a la mesa del teniente. En el techo giraba cansinamente un ventilador que levantaba las hojas del calendario de Cementos Tolteca, correspondiente al año que corría, 1947, el cual colgaba de la pared clavado con gruesas y brillantes tachuelas.

Cuando el teniente Cipriano llegó pocos minutos después, Montoya lo llamó con un enfático ademán.

—Tráigase a Gonzaga —le dijo.

Los dos policías llegaron hasta el escritorio del capitán y, obediendo la indicación de éste, aproximaron sendas sillas y tomaron asiento.

—¿Le gustaría tener mi puesto, teniente? —le preguntó a Cipriano mirándolo directamente a los ojos.

Éste se revolvió en la silla sin entender.

—¿Qué dice, mi capitán?

—Que si le gustaría tener mi puesto, ya que se ha dedicado a confundirme en las cuatro muertes que ocurrieron. Pero no se preocupe. La culpa ha sido sólo mía por ser un imbécil y no haber prestado atención a los detalles, como debí hacerlo desde el principio. Si tengo alguna excusa —prosiguió—, es que nunca pensé que hubiera crímenes aquí como los que comencé a imaginarme. No lo culpo, teniente, por sus afanes, pero sí por hacerme quedar mal ante los demás y ante mí mismo.

—No entiendo lo que me quiere decir —dijo Cipriano mientras extraía nerviosamente un Montecarlo de una arrugada cajetilla. Gonzaga no daba crédito a lo que escuchaba.

—Se lo explicaré con la mayor minuciosidad posible, aunque, al saberlo usted tan bien como yo, no le veo mucho caso. Pero lo

haré en honor de Gonzaga, pues ha estado invariablemente al pie del cañón en todos estos casos.

Debo confesarle que me confundió por completo, como le dije antes —continuó—. ¿Cómo era posible encontrar una relación entre las cuatro muertes si en realidad no la había? Me empeñé como un idiota en que debía existir, toda vez que los cuatro cuerpos mostraban una característica común: las hojas de papel dobladas en ocho, y las cuatro colocadas en el mismo sitio, es decir, en la cintura, entre la piel y la falda o el pantalón. Estaba seguro, hasta hace unos momentos, que merodeaba por aquí un asesino que dejaba esas señales, aunque ignoraba lo que significaban, pues nada tenían escrito los malditos papeles.

El capitán Montoya se levantó de su silla y apoyó un brazo en el escritorio, de modo que ante los ojos de sus subalternos se veía aún más alto y más grueso.

—Transcurrieron casi dos semanas en las que persistí en la misma creencia, dando palos de ciego aquí y allá, y siempre centrado en el hipotético vínculo que nos llevaría a resolver los cuatro casos. Fui un verdadero estúpido. Otras cosas en qué pensar, desidia, simple necedad, qué sé yo, me cegaron ante lo evidente, lo absolutamente evidente. ¿Recuerda cómo sangró Ernestina Ascencio cuando la degollaron? Al llegar donde estaba el cadáver, me entregó la primera hoja cuando Gonzaga dijo que era precisamente usted quien la había encontrado. Es posible que Ernestina lo tuviera ahí para algún propósito, pero lo dudo, pues no tenía la menor huella de sangre a pesar de que el cuerpo casi estaba anegado en ella.

Entretanto, la faz morena de Cipriano comenzó a adquirir un color gris terroso. Apagó el cigarrillo en el piso y encendió uno nuevo.

—La segunda hoja es esta —y el capitán señaló una de las que permanecían en la cubierta del escritorio. Como pueden ver, a ambas les puse una seña para indicar cuál era cuál: un punto en la que tenía Ernestina, dos en la que se la halló a don Obdulio, hechas con mi pluma fuente. Verán que la primera no tiene sangre alguna, ni tampoco la segunda; son indistinguibles entre sí no obstante ser esas muertes tan distintas: una absolutamente brutal,

la de la muchacha, y la otra totalmente incruenta, la del viejo. La hoja que se encontró en el cuerpo del joven Ceballos es esta otra. Tiene, como verán ustedes, tres puntos. Pues bien, no tiene el menor rastro de haberse mojado alguna vez, al contrario de lo que se esperaría si hubiera sido colocada en un ahogado reciente. A pesar de que la ropa que cubría el cadáver estaba húmeda, la hoja que supuestamente había en él estaba por completo seca. Sabrán ustedes que el papel humedecido nunca recupera su antiguo estado, pues quedan en él las huellas del agua, y se ve que esta hoja, si bien con algunas arrugas y pliegues, jamás se ha mojado. Pues bien, aunque desde entonces me pareció extraño, en ese momento no me di cuenta de algo tan obvio, absorto como estaba en el papel y no en las particularidades que pudiera tener. La última hoja, la hallada en el cuerpo de doña Elvira —ésta que tiene cuatro puntos—, es idéntica a las otras dos: las halladas en los cuerpos de don Obdulio y de Ceballos, e idéntica también a las hojas que usted, teniente Cipriano, tiene en su mesa de trabajo. ¿Por qué digo esto? Porque esas hojas están impregnadas de minúsculas gotitas de café, ocasionadas por el derrame de una taza...

—¡Es cierto! ¡Fue cuando me echó el café en el pantalón! —casi gritó Gonzaga.

—... y también se les puede ver en estos expedientes que recogí de la mesa hace unos minutos, que fueron los que me dieron la clave, aunque ya me había extrañado la hoja seca que me entregó después de inspeccionar el cuerpo de Ceballos —prosiguió el capitán Montoya—. La hoja de papel hallada en el cadáver de Ernestina no las tiene, lo que me llevó a pensar que las demás se mancharon posteriormente. Las manchas de café en el papel no se eliminan por los medios corrientes, como supondrá usted, teniente. Es más, con el paso del tiempo se oscurecen más, que es justamente lo que ha pasado aquí. Casi imperceptibles al principio, adquieren después de secarse el color oscuro que podemos ver.

Así que se le ocurrió la idea de confundirme. Tomaba una hoja de su mesa, la doblaba en ocho y cuidadosamente la colocaba en el cadáver, pues siempre fue usted el que revisó a los cuatro, no

Gonzaga. Muy ingenioso. Lo felicito, teniente Cipriano. Mientras yo estaba perplejo, usted se reía de mí como loco, ¿no es cierto?

—Capitán... yo...

El capitán Montoya atajó con la mano lo que Cipriano iba a decir, hizo una pausa para tomar un gran trago de café y centró la mirada en su desconcertado subordinado:

—¿Por qué lo hacía? Por simple envidia, creo yo. No soportaba la idea de que un fuereño llegara a este pueblo a ocupar un cargo que suponía corresponderle por antigüedad o por derecho, y más aún propietario de un auto por el que se le iban los ojos, como muchas veces lo noté. Quería ponerme en ridículo y, tal vez, hacer que me despidieran para ocupar mi cargo. Pero, mire, teniente, se lo cedería con gusto... si no fuera porque a partir de este momento está usted despedido.

Por último —siguió—, en cuanto al asesinato de Ernestina —este sí muy real—, tengo ya todo dispuesto para traer a Martín Zambrano, su amante, de quien primero sospeché que era el causante de las demás muertes. Lo es, en efecto, pero sólo la de la muchacha, que lo abandonó para venirse a vivir aquí y escapar de los celos enfermizos de aquél. Ya ha sido detenido y ha confesado, y es únicamente cuestión de unas horas para que lo traigan, según me acaban de informar por telégrafo. Este fue el elemento final que me permitió aclarar su burla, señor Cipriano.

El exteniente Cipriano se levantó de la silla, apagó su último cigarrillo restregándolo en el suelo con el zapato y, pálido, se encaminó hacia la salida del bodegón sin decir una palabra. Ni siquiera volvió la cabeza cuando llegó a la puerta.

—Por cierto, Gonzaga, ¿le gustaría ocupar el puesto que tenía el señor Cipriano?

Gonzaga lo miró incrédulo.

—Señor..., si usted lo dice...

—Pues bien, se lo daré, siempre y cuando prometa tomar leche de magnesia antes de ver un nuevo cadáver —concluyó Montoya, sonriendo.

# Índice

Un efecto pernicioso de la fuerza de gravedad . . . . .	9
Los pies y sus inconveniencias . . . . .	13
El correo electrónico y los avatares de la “ñ” . . . . .	17
Mi locutor preferido . . . . .	21
Los oficios impensables . . . . .	27
Mi idea de la muerte . . . . .	31
Rosas salvajes . . . . .	35
Las modas de los siglos . . . . .	39
Cosas de la edad . . . . .	45
Ejercicio sobre el poder . . . . .	49
Los otros juguetes . . . . .	53
Cosas graves sobre el turismo . . . . .	57
Los demonios deben morir . . . . .	61
La aventura gastronómica . . . . .	65
De héroes y bellacos . . . . .	69
Dos profundas reflexiones . . . . .	73
El poder femenino . . . . .	77
Diez instrucciones para parecer culto . . . . .	83
La tele en el restaurante . . . . .	89
La coronación de Gladys XVI . . . . .	93
La última vez . . . . .	97
La Mujer Araña . . . . .	103
La familia está reunida . . . . .	109
El guardián de la justicia . . . . .	113
El dedo prodigioso . . . . .	117
Un concierto de Brahms . . . . .	121
Un crimen no tan famoso . . . . .	125
Una vieja amistad . . . . .	131
“Pero sólo a mí me pega” . . . . .	137
Una noche de cine . . . . .	141
“Si con tres no puedo...” . . . . .	145

Así no se puede . . . . .	149
Terpsícore . . . . .	151
Ilegalidades . . . . .	155
La réproba Friné . . . . .	159
El elíxir de Mariani . . . . .	167
El niño alucinado . . . . .	171
Esa vieja medicina o cómo superar el temor a las inyecciones . .	175
El caso de los papeles doblados . . . . .	185

Siendo rectora de la Universidad Veracruzana  
la doctora Sara Ladrón de Guevara,  
*Arcón de trebejos*, de Rafael Bullé-Goyri, se terminó de imprimir en abril  
de 2014 en Master Copy S. A. de C. V., av. Coyoacán núm. 1450, col. Del Valle,  
del. Benito Juárez, CP 03220, México, DF, tel. 55242383.  
En la edición, impresa en papel cultural de 75 g, se usaron tipos AGaramond  
de 8/10, 10/12, 12/13.7 y 14 puntos.  
Edición y formación: Víctor Hugo Ocaña Hernández.